

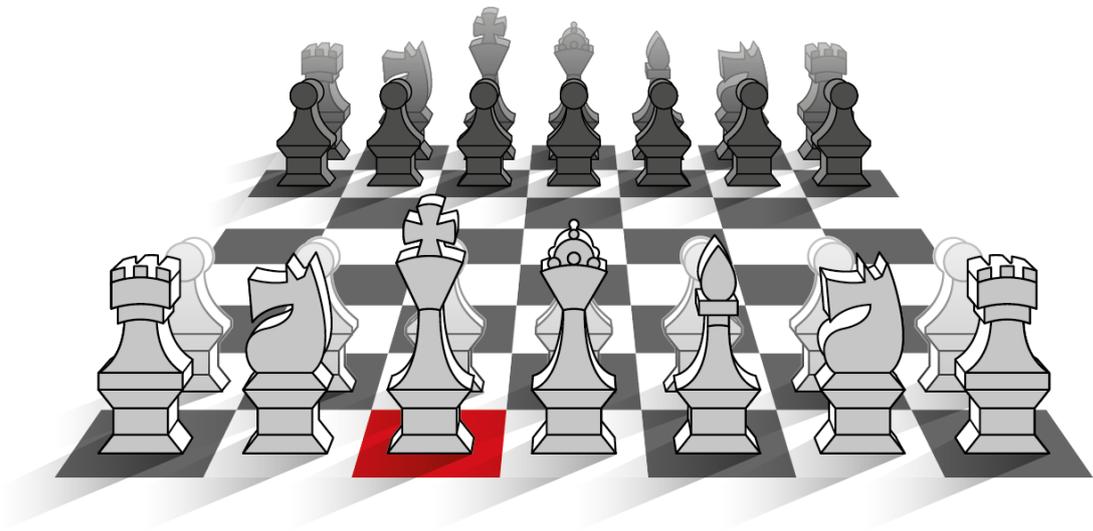
AJEDRECISTA

UN CUENTO DE MONSTRUOS

de

Carlos Alejandro Ruiz Pérez

I
El sol tras el horizonte



El sol tras el horizonte

El 6 de septiembre de 2015 fue un día histórico, que marcó el triunfo de la Coalición Insurgente de México (CIM) sobre el gobierno del Presidente Jesús Martino, durante su tercer año al poder. La explicación oficial que emitió la CIM en un comunicado de prensa, establecía que la renuncia del jefe del Ejecutivo, y su posterior huida del país, se habían concretado gracias a la incesante presión ejercida por las decenas de grupos organizados de manifestantes y disidentes que trabajaron en conjunto por un fin común.

Esta declaración era, por decirlo con sutileza, reduccionista. Si bien es cierto que las manifestaciones que se llevaron a cabo, de manera simultánea en las ciudades más grandes de México, causaron gran agitación y cautivaron la atención de medios de comunicación de todo el mundo, la transición se había dado por causas más profundas y complejas.

La “Revolución de Verano”, como llegó a llamarse al suceso, representaba la coyuntura de múltiples intereses, favores prometidos y cobrados, visiones y objetivos compartidos que encontraron en la Coalición el brazo fuerte, y en su dirigente, Alberto Lujano, el líder que necesitaban para concretar sus intenciones.

Al menos, hasta esa misma mañana yo estaba seguro de ello. El problema era que no tenía forma de comprobar mis sospechas, ya que los personajes

principales de la trama se encontraban fuera de mi alcance y aquellos con quienes podía hablar, se negaban a declarar algo más de lo que se sabía públicamente.

Esa noche, mientras estaba sentado frente a mi computadora, ante una hoja digital en blanco; frustrado por la imposible simpleza de las declaraciones de la CIM y el hermetismo de todos mis canales de información, alguien tocó a mi puerta, justo cuando el reloj marcó las doce y el calendario saltó al día 7.

Me sobresalté al escuchar el timbre, pero me alegré al salir del aletargamiento en el que había caído las últimas horas. Tenía que escribir algo para publicar en unos días, había prometido una investigación exhaustiva sobre la Coalición y sus líderes, que abordaría aspectos profundos y articulaciones omitidas en la prensa tradicional, pero me encontraba completamente perdido.

Al menos, una visita inesperada me ayudaría a pensar en otra cosa durante un tiempo. Salí de mi habitación y bajé las escaleras. Cuando llegué a la sala, el timbre sonó de nuevo, con mayor insistencia, lo que me hizo dudar si era buena idea abrir. Repasé rápido las notas más agudas que había escrito, tratando de discernir si había en ellas algún involucrado que deseara tomar represalias contra mi persona justo en ese momento, pero no se me ocurrió nadie.

Pensé en que mi vida sería más interesante si tuviera algún enemigo, pero el visitante desesperaba y esta vez, en lugar del timbre, la puerta retumbó con una serie de golpes. Se hizo un silencio y escuché que alguien murmuraba.

Me asaltó un miedo profundo. Las luces seguían apagadas y, si no respondía, tal vez pensarían que estaba ausente y se irían. Al menos, traté de convencerme de ello hasta que una voz me arrancó la esperanza.

—¿Hola? Luis Alberto, sé que estás en casa. Abre, por favor.

Era un hombre mayor, su tono era conciliador e inofensivo, lo que contrastaba con los golpes en la puerta. Dudé unos segundos, aún de pie entre las escaleras y la entrada principal.

—Luis, tengo algo muy importante que decirte y hace frío. Por favor, déjame pasar.

Fui hacia la entrada y, no estoy seguro si fue por curiosidad o impaciencia; por enfrentar lo que temía de una vez por todas o saber de qué se trataba, pero encendí la luz del recibidor y abrí.

Del otro lado se encontraba un hombre cercano a los 70 años, de cabellera plateada, escasa, y estatura media. Vestía un traje hecho a la medida, de tres piezas, negro sobre negro, que resaltaba la palidez de sus manos y su rostro. Me llamó la atención la cicatriz alargada en su mejilla izquierda y la oreja del mismo lado, a la que le faltaba un trozo. Llevaba bajo el brazo una caja de madera.

Traté de identificarlo en mi memoria, quizá se trataba de algún político menor, sobre el que había escrito alguna vez, o se encontraba involucrado en una de mis investigaciones abiertas. Sin embargo, tuve poco tiempo para pensar en esto, ya que los dos escoltas que acompañaban al sujeto me empujaron a un lado y entraron sin decir palabra. Revisaron toda la planta baja de forma exhaustiva.

Me sentí invadido y amedrentado, pero no me moví. Miré al viejo y noté que sonreía, tratando tal vez de aligerar la tensión, pero su expresión tuvo el efecto opuesto: me hizo ver que estaba acostumbrado a hacer las cosas a su modo y en el momento en que se le ocurrieran, sin pedir permiso ni considerar los deseos ajenos.

Por fin, los hombres salieron y él les hizo un gesto con la mano, tras lo que se alejaron de la casa y subieron a una camioneta negra, del tipo que usan quienes ostentan el poder en anonimato. El viejo me miró, su expresión era distinta a la anterior. Se notaba cansado, pero de buen humor.

—Alberto...

—Luis, por favor.

Me descubrí en plena corrección y me sonrojé, tenía miedo de incurrir la ira del desconocido, pero él sonrió ampliamente y continuó.

—Disculpa, Luis. Sé que no son horas de visitas y que no me conoces, pero quisiera que me regalaras un poco de tu tiempo. Tengo algo importante que decirte.

Me quedé pasmado durante unos segundos, él miró su reloj y, luego, a mí, esperando una respuesta.

—¿Me invitas a pasar, por favor? —Su paciencia duró poco- Hace frío y mis huesos no son lo que eran.

—Eh, sí, claro. Adelante, por favor.

En realidad, no quería hacerlo, pero me parecía que no había más opción que acceder. Él entró y miró a su alrededor; encendí la luz del comedor y la sala.

Me avergoncé porque la casa se encontraba en condiciones poco propicias para recibir visitas.

No era que viviera rodeado de suciedad, sino que me importaba muy poco el orden; sin embargo, al viejo pareció no incomodarle el caos. Quizá ocultaba su desagrado por cortesía.

Cerré la puerta y lo guie hacia la sala. Corrí para llegar antes que él y recoger un poco. Agradeció y se sentó en el sillón; yo, frente a él, en el sofá de tres plazas.

Puso la caja, de superficie ajedrezada, sobre la mesa de centro; luego, se movió y removió en el asiento con gesto de inconformidad mientras yo lo miraba, asustado. Mi imaginación insistía en que el tipo sería capaz de matarme en cualquier momento sin más preocupación que mantener limpio su traje.

Cuando por fin encontró una postura adecuada, el viejo se quedó quieto y sonrió, satisfecho. Yo aguantaba la respiración, tenía los ojos muy abiertos.

Esperaba que hablara, que me aclarara lo que estaba sucediendo, pero cuando abrió la boca casi me voy de espaldas.

—Luis, ¿cómo estás? ¿Qué tal va tu noche?

¿Era broma? Una rabia súbita me inundó desde el estómago.

—¿Viene a cobrarme algo?

El sujeto rio abiertamente. Para mí era imposible encontrar lo gracioso de la pregunta.

—Directo al punto —Asintió de buena gana—. Tienes razón, Luis, es mejor hablar sin rodeos.

Hizo una pausa, se frotó las manos y miró a su alrededor. Me puse en guardia y volteé a ver las ventanas, la puerta, esperando la entrada de algún comando.

De nuevo, sus palabras me desconcertaron.

—¿Tienes café? He tenido un día de perros y me gustaría tomar algo.

—¿Café? —Se me ocurrió de pronto que estaba soñando, pero no dije nada-

—Sí, ¿tienes?

—¿Viene a medianoche para tomar café?

—No exactamente —El viejo se mantenía amable, lo que me ponía los nervios de punta-, pero las palabras difíciles pasan mejor con una bebida caliente.

“Palabras difíciles”, repetí en mi mente. Una amenaza solapada, supuse en ese momento, pero no se me ocurrió ninguna respuesta, así que accedí.

—Sólo tengo soluble.

Su gesto era el de un padre decepcionado, pero sonreía.

—Lo que tengas está bien, muchas gracias.

Me levanté casi de forma mecánica y fui a la cocina. Cuando regresé, el viejo había abierto la caja y ordenaba piezas de ajedrez sobre su superficie, con las negras de su lado. Puse dos tazas sobre la mesa.

—¿Sabes jugar?

Asentí, pero de inmediato me di cuenta que era un gesto inútil, pues me encontraba a su costado y él no me miraba.

—Sé mover las piezas —Me apresuré a decir-, pero no conozco ninguna estrategia.

—Está bien —Respondió sin quitar los ojos de las piezas, que acomodaba con cuidado y precisión en el centro de cada cuadro-. No es nada para avergonzarse. Lo cierto es que yo mismo solía verlo como algo aburrido.

—¿Y ahora?

Sólo entonces volteó a verme, noté que se había puesto anteojos.

—Ahora considero que ilumina una conversación.

—¿Cómo?

—Es una forma de guiar el pensamiento, ayuda a identificar con claridad cuando nos encontramos a la ofensiva o, al contrario, si estamos defendiendo algo.

Hizo una pausa cuando terminó de colocar el último peón blanco. Miró su tarea concluida, corrigió la posición de un par de piezas y, cuando estuvo contento con el resultado, terminó su comentario.

—También es un buen lubricante social, aunque poco popular.

Cuando calló me di cuenta de que seguía junto a él, de pie. Me sonrojé de nuevo y fui a sentarme. El viejo tomó su taza y bebió; hizo un gesto de desagrado, pasó el trago con dificultad y rio. Me encogí en el asiento, ya no asustado, sino avergonzado; sabía que era un café corriente, pero era incómodo que me lo echara en cara.

Él notó mi expresión y respiró profundo, por alguna razón parecía estarlo pasando muy bien, lo que me molestó.

—Perdón, Luis —Dijo, como si leyera mi mente-, es terriblemente descortés de mi parte, pero no lo pude evitar. La verdad es que este café, tu casa, todo esto me recuerda a mí mismo hace... tremenda cantidad de años.

Me crucé de brazos, cada vez más increpado.

—¿Ya me puede decir qué hace aquí?

El viejo dejó la taza sobre la mesa y volvió a su postura. Aún sonreía. Se quitó los anteojos y los miró contra la luz, luego sacó un pañuelo de su solapa y comenzó a limpiarlos.

—Sí, tienes razón —Afirmó con resignación-. Disculpa, es que ha sido un día ajetreado. Tengo tantas cosas en la cabeza que a veces divago.

Sopló ligeramente en uno de los lentes y continuó la limpieza.

—Vengo a ofrecerte una oportunidad, Luis.

—¿Qué clase de oportunidad? —Pregunté con suspicacia-.

—De esas que llegan sólo una vez en la vida, por supuesto.

Terminó con los anteojos y se los puso de nuevo. Sus movimientos eran ligeros y fluidos, su expresión denotaba una levedad inquietante. Mi gesto debió ser todo lo contrario, pues trató de tranquilizarme.

—Yo sé que suena dramático —Agregó-, pero es como todo en la vida: mucho más aburrido de lo que parece.

Quise ganar tiempo, generar suspenso con mi silencio, pero me ganó la curiosidad.

—¿De qué se trata?

Se inclinó hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas, los dedos de las manos, entrelazados.

—Luis, eres periodista, ¿cierto?

—S-sí —Dudé-.

—Has estado investigando a la Coalición Insurgente de México desde hace tiempo, ¿correcto?

—Sí. Años, de hecho —Estas palabras captaron mi interés. Sin darme cuenta, también comencé a inclinarme hacia adelante-.

—¿Te gustaría saber lo que realmente sucedió ayer?

Sentí cómo la sangre abandonaba mi rostro. Se me secó la boca y me fue imposible articular palabra. Asentí. El viejo sacó de un bolsillo una tarjeta negra, sin marcas, y la puso junto al tablero. Apoyó sobre ella su dedo índice.

—Esta es la llave a toda la información que buscas y mucho más.

Miré el objeto con avaricia, salivé como animal hambriento. De pronto me asaltó la duda y retrocedí. Era demasiado bueno, debía haber un precio o alguna condición.

—¿La quieres? —El viejo me miraba como un depredador que acorrala a su presa. Sonreía con malicia-.

—¿Qué está pasando? —Me sudaban las manos. Me invadió un vértigo súbito-

.

—Esto es lo que deseas, ¿no?

Miré al sujeto, sus ojos clavados en los míos. Levantó su mano de la tarjeta y se echó hacia atrás en el sillón.

—Prometiste un reportaje exhaustivo —Expuso-, con información que nadie podría obtener. Ni tú. Al menos, no antes de este momento.

Hizo una pausa para analizar mi reacción. Imagino que obtuvo lo que esperaba de ese momento, pues continuó, satisfecho.

—Llevas meses siguiendo la pista de Alicia Santana y Alberto Lujano.

—Años —Corregí por impulso. Él asintió-.

—Sabes que hay algo bajo la superficie, pero no puedes atinar a lo que es y nadie está dispuesto a hablar contigo —Percibí una sensación acumulada en mi pecho, era como si bullera-. Estás a punto de reventar por la frustración y por eso, en lugar de escribir, te conformas con sentarte frente a tu computadora y ver pornografía.

Como una bomba, la última frase estalló en mi cabeza y me devolvió al momento. Un apretón en las tripas sustituyó al vértigo.

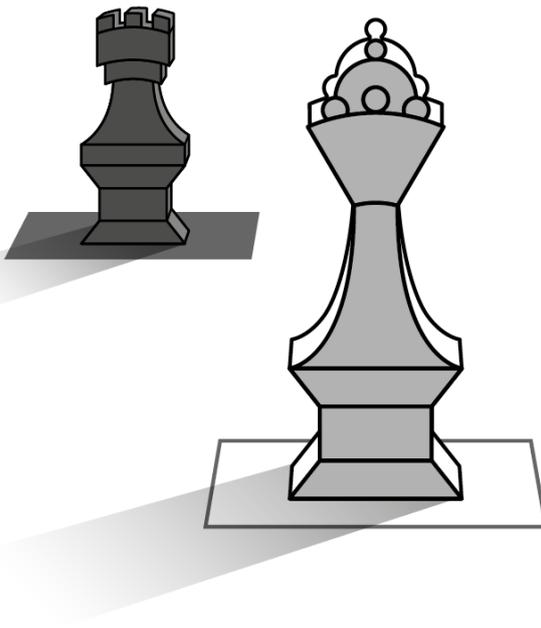
—Lo que te ofrezco es cambiar eso, Luis. Lo que tengo para ti es la oportunidad de saber y, por fin, entender.

Me vi alzar los brazos, voltear la mesa y gritar. Me vi desenfundar un arma inexistente y disparar contra el invitado forzoso. Me vi perder el control de mil maneras, pero me quedé muy quieto, mudo.

—¿Lo quieres, Luis?

Sudaba frío, fascinado ante la posibilidad de que esos fueran mis últimos momentos en el mundo o, tal vez, el “tal vez” más pequeño de todos, conocer la verdad.

II
Primavera



Primavera

La mañana del 6 de septiembre acudí al campamento permanente de la Coalición, desde donde partiría el contingente más grande de manifestantes hacia el zócalo de la capital. Noté gran agitación, buen humor y esperanza, tanto en la actitud como en las palabras de la gente que ahí se encontraba. Este sentimiento se había contagiado a otros estados del país, donde se realizarían manifestaciones en sincronía con la presente.

Había, incluso, pueblos muy pequeños de los que surgían noticias sorprendentes, como había sucedido años atrás, durante la debacle de las defensas civiles que se levantaron contra el narcotráfico.

Los resultados de esos levantamientos habían sido diversos, desde los grupos que crecieron para convertirse en nuevos cárteles hasta los líderes que renunciaron a las armas para iniciar una carrera política, aprovechando el respaldo que les brindaron algunos nombres importantes en el ámbito.

Uno de estos personajes, que gozaban de la amnistía otorgada por la administración anterior a la de Martino, era Gerardo Gutiérrez, quien en ese momento ejercía como Secretario de Seguridad Interior, cargo de reciente creación. Por sus antecedentes, su origen humilde, así como su valor y compromiso con la gente de Santiago de Flores Magón, de donde era originario, este hombre gozaba de gran popularidad entre el público.

Había sido reconocido y condecorado a nivel internacional, mientras que sus detractores esparcían rumores sobre su involucramiento con organizaciones criminales y políticas subversivas, aunque no tenían forma de comprobar ninguno de sus alegatos.

Gutiérrez debía toda esta atención a la estrategia que implementó durante el llamado “Sitio de Flores Magón”, un periodo de varios meses en que su pueblo natal se vio asediado por uno de los cárteles más agresivos de occidente, mientras que el contingente militar que se encontraba en la región se retiró, supuestamente, para apoyar en labores de rescate en otro sitio.

Aunque esta joya, que era el estandarte de los fanáticos del Comandante Gutiérrez, fuera siempre precedente para definir las inclinaciones políticas del individuo en cuestión, Gerardo mantenía la discreción.

Era un hombre astuto, sumamente inteligente y leal a sus principios. Al recibir su nombramiento por parte del líder del Ejecutivo, decidió sentar cabeza: se casó con la actriz Adriana Zsterna, de quien antes se había declarado admirador; tuvo un hijo, con quien disfrutaba pasar el tiempo libre, y le gustaba montar a caballo cuando tenía oportunidad de visitar su terruño.

Durante los tres años que Jesús Martino fungió como Presidente de México, Gutiérrez se mantuvo a su lado, aconsejándolo y apoyándolo en todo lo que correspondía a su cargo.

Ellos dos tuvieron múltiples enfrentamientos en privado, pero cuando se le cuestionaba sobre su opinión acerca de las múltiples reformas impulsadas por el gobierno de Martino, con las que disentían la gente y múltiples analistas, el Comandante respondía con una sonrisa, ecuánime y carismático, que “El gobierno tiene en mente un panorama completo de la situación nacional. La

visión que respalda estas propuestas y planes no se limita al periodo presidencial actual, sino que representa un deseo a largo plazo, el deseo de ver a México como una potencia mundial”.

Sus palabras no daban ninguna respuesta, lo que para otros personajes de la vida pública habría causado problemas de relaciones públicas, pero la audiencia se encontraba tan encantada por Gutiérrez que le perdonaban todo. Con esto en mente, la mañana del 6 de septiembre llamaba la atención que el Comandante Gerardo Gutiérrez estuviera desaparecido, su teléfono celular apagado y el de su domicilio particular, desconectado. De su familia tampoco se sabía nada desde el fin de semana anterior, que supuestamente habían salido hacia Flores Magón para pasar unos días de vacaciones.

Desde las primeras horas de la madrugada, grupos de personas comenzaron a reunirse en las calles cercanas al Monumento a la Revolución, donde se encontraba el campamento de la CIM. Algunos llegaban de las colonias vecinas y otros sitios de la ciudad; otros, de poblaciones cercanas, arribaron en contingentes de camiones y autos particulares. Se unieron a quienes habían pasado la noche en el lugar, aguardando en vigilia el momento de iniciar la marcha histórica.

El plan suponía reunir a más de un millón de personas antes y durante la movilización hacia la plancha del zócalo, donde se preparaba un escenario, equipo de sonido y espacio privilegiado para los medios. Una vez en el sitio, se externaría el ultimátum del Movimiento para el gobierno federal, en voz del líder, Alberto Lujano, quien se encontraba en su punto máximo de popularidad en ese momento.

Hacia el mediodía, después de acompañar al contingente y grabar todo lo que consideraba relevante, consulté lo que reportaban los medios sobre el suceso y me sorprendió enterarme de que, tan solo en ese lugar, se estimaba una asistencia cercana a 2 millones de personas, mientras que el acompañamiento coordinado en otras partes del país hacía que el número de manifestantes llegara al doble.

Me acerqué lo más que pude al tablado, lo cual era difícil porque no contaba con acreditación de prensa, pero logré llegar a una distancia suficiente para distinguir los rostros que se movían no sólo arriba del escenario, sino tras bambalinas. Reconocí a los dirigentes de varios grupos integrantes de la CIM, a Fernando Arana, mano derecha de Lujano, y a otros personajes de ámbitos diversos, entre artistas, celebridades de televisión, deportistas y algunos políticos oportunistas.

Al que no vi fue al cabecilla, a quienes todos esperábamos para expresar el sentimiento de la nación.

A nivel de piso, la gente estaba alegre, esperanzada; cantaban y lanzaban vítores. Inventaban porras y rimas que se confundían con las consignas y los reclamos. En general, el panorama dejaba ver un México vivo, activo como nunca antes.

Se encendió el micrófono y tomó la palabra Fernando Arana, que llevaba en las manos una carpeta gris. Se paró frente a la gente con aplomo y habló con pasión contenida.

—¡Buenos días, México!

La gente le respondió con ganas, aplaudiendo y gritando, celebrando ya lo que vendría a continuación.

—Primero que nada, quiero agradecer el apoyo de todas y todos ustedes, desde los vecinos de esta ciudad, quienes se han mantenido siempre firmes y a la orden, hasta los miles que vienen de lejos, unidos en el sentimiento de que algo no funciona y está en nuestras manos arreglarlo.

El público seguía a Fernando, pero se notaba la impaciencia que comenzaba a esparcirse entre ellos. Ansiaban ver y escuchar a su líder.

—Estamos todas y todos juntos, compañeros, en esta lucha por el futuro de México, por una vida digna para nosotros, pero sobre todo para los que vienen detrás, para quienes van a heredar una nación que, si fallamos, podría quedar en ruinas, consumida por la avaricia de unos cuantos que sólo buscan dinero y la ineptitud de quienes, teniendo el poder en las manos, fingen estar ciegos y sordos ante las injusticias.

Arana hizo una pausa para observar a la multitud. Había fuego en sus ojos y su voz traicionaba la inflamación de su ánimo. Los asistentes reaccionaban ante su pasión, pero se les notaba a punto de perder la paciencia.

—Sé lo que están pensando. Como ustedes, yo también espero escuchar las palabras de nuestro compañero, Alberto Lujano.

Al nombrarlo, la gente estalló en gritos, porras y aplausos. Fernando tuvo que esperar cerca de un minuto antes de continuar.

—Es mi deber informarles que él llegará más tarde, ya que se encuentra dando cierre a las acciones que harán de éste, el primer día del México nuevo con el que tanto hemos soñado.

La gente guardó silencio. Las porras y vítores cedieron el paso a un murmullo generalizado. La incertidumbre era palpable, pero Fernando se mantuvo firme.

—Sin embargo, compañeras y compañeros, nos ha dejado un mensaje para que sepamos que hoy es el día, que este es el lugar y que lo que estamos haciendo en este momento es cambiar el futuro de nuestro país.

Arana abrió la carpeta que llevaba en las manos y leyó sin mayor preámbulo.

Hasta antes de ese día, la mayoría de los medios y la opinión pública habían considerado a la Coalición como uno más en una larga lista de intentos fallidos, de acciones sin consecuencia que se habían ido acumulando con el paso del tiempo.

Es fácil comprender el cinismo y el escepticismo que inundaba las conversaciones sobre la CIM, pues muchos líderes anteriores pasaron a la historia jugando de forma descarada con las ilusiones de un pueblo que, muy por encima de buscar riquezas y lujos, lo que deseaba era tranquilidad y seguridad en su vida diaria.

Muchos estaban cansados de la situación tan precaria en la que se encontraban, no sólo en cuestiones de trabajo y remuneración económica, sino por la imposibilidad de habitar sin preocupaciones, por la absoluta falta de confianza en un gobierno que había demostrado, en repetidas ocasiones, que sólo tenía interés en llenarse los bolsillos.

Era ese mismo cansancio y hastío lo que daba fuerza a sus voces, lo que impulsaba sus pasos aún ante el riesgo de perder un empleo que apenas les daba para sobrevivir, de ser expulsados de su casa de estudios, levantados en la calle por hombres encapuchados, o incluso, asesinados a plena luz del día sin consecuencias.

Las vidas de muchos seguidores del Movimiento se encontraban en peligro constante, pero su hambre de bienestar era tal que su disposición a pagar el precio era mayor que el miedo.

Sin embargo, eran pocos los que se atrevían a soñar con un cambio real, con un ajuste en la balanza del poder, pues antes se habían movido las cuerdas de la disidencia sólo para que unos cuantos se hicieran de un puesto público u obtuvieran alguna clase de remuneración; un hueso del banquete político, a costa del pueblo.

Esto cambió con Lujano y su pareja, Alicia Santana, cuya presencia llenó de ánimo y pasión el corazón del pueblo. Eso mismo fue lo que las palabras de Alberto, en la voz de Fernando Arana, buscaban reflejar.

Fernando miró el papel que tenía en las manos, por un momento su rostro mostró sorpresa y después, determinación. Cuando habló de nuevo, parecía haberse olvidado de los millones de miradas que le observaban, como si se concentrara en escuchar la voz de su líder a través de las letras, en una conversación personal.

“Compañeras y compañeros luchadores”, iniciaba el documento, “agentes del cambio, protectores del futuro:

“Lamento encontrarme ausente en éste, el momento más importante de nuestra lucha. Sé que muchos de ustedes dudarán de mis motivos y, con ello, de la legitimidad del Movimiento, pero les aseguro que he tomado esta decisión para dar el paso definitivo hacia los objetivos que nos mueven, como grupo y como individuos.

“Hoy, que marca el segundo mes desde la desaparición de la compañera Alicia Santana; hoy, 6 de septiembre, las cartas están sobre la mesa y estamos por alcanzar el horizonte, firmes en nuestra postura como ciudadanas y ciudadanos, como punta de lanza de un cambio total en beneficio del pueblo, tanto en lo presente como hacia el futuro.

“Quiero decirles a todos los que nos escuchan en el Palacio de Gobierno, en sus casas y oficinas; en el país y el extranjero, que estén preparados para lo que viene, pues si hasta ahora no pudieron callarnos, a partir de aquí será imposible detenernos. Tenemos la razón y la justicia de nuestro lado. El pueblo está unido y su voluntad es ley suprema.

“A ustedes, compañeras y compañeros, les hago saber que hoy es la víspera del cambio y, por ello, también es nuestra responsabilidad alistarnos para recibir el mañana, que será muy bueno, pero requiere de trabajo arduo, compromiso, transparencia y vigilancia constante.

“Construir una nación libre, soberana y segura para vivir, no es cuestión de unos días ni algunos años, sino que requiere la vida entera, pero lo vale.

“Recordemos la máxima zapatista: ‘Para todos, todo; para nosotros, nada’. Ese es el espíritu en que debemos involucrarnos en este momento, con la disposición de darlo todo por quienes nos rodean, por aquellos que vendrán más adelante y seguirán nuestros pasos.

“Debemos tener confianza en nosotros mismos y en el otro, en quien nos acompaña hombro a hombro en esta lucha, porque sólo así triunfaremos de verdad. Sólo unidos lograremos la victoria que hoy, más que nunca antes, tenemos al alcance de la mano.

“Por eso, hoy les pido que crean en mí; no como líder, sino como su hermano. Les ruego que confíen en que éste, el más importante de los días, estoy con ustedes.

“Y que hoy comienza una nueva era para todos.”

Fernando leyó las últimas palabras pausadamente, con intención, aumentando el énfasis en cada sílaba conforme se acercaba a la oración final, que terminó gritando con voz gruesa, lleno de emoción.

La gente le respondió con un estallido de aplausos y gritos que se prolongaron durante varios minutos. Las banderas ondearon con fuerza, el ánimo general se elevó hasta los pisos más altos de los edificios circundantes, donde muchos miraban a través de las ventanas.

Las palabras de Alberto Lujano se leían como una sentencia inminente. No como la tormenta que se dibuja en el horizonte, sino como el temblor que ha iniciado y sacude ya los cimientos de la tierra.

Sin embargo, el líder del movimiento había omitido detallar las acciones que realizaba, el porqué de su ausencia, y aunque esto no tuvo ninguna relevancia para la multitud, fue suficiente para despertar mi curiosidad.

Fue este mensaje lo que me hizo ver que el verdadero espectáculo del día se presentaba en otro lugar. Motivado por esta revelación, me acerqué a los operativos allegados a Lujano.

Tardé cerca de media hora, en la que algunos oradores, entre periodistas, artistas y políticos, pasaron por el micrófono para dar testimonio de su lucha y su visión sobre el futuro del país, enmarcados por cánticos y un ambiente de fiesta.

Eran tales la alegría y la esperanza que resultaba difícil mantener la ecuanimidad; por momentos, mi cinismo habitual se reblandecía al grado de pensar en dejar mi investigación de lado para unirme al fandango. Sin embargo, el hambre y la falta de trabajo me recordaban que había agotado mis ahorros tiempo atrás y debía vender una buena historia pronto.

Me moví entre la multitud hasta llegar a un costado del escenario, detrás del cual se había dispuesto una zona exclusiva para el personal encargado de la producción y los participantes en el evento. Ahí se encontraban figuras destacadas con las que nunca antes pude tener una entrevista, acompañados por múltiples agentes de seguridad privada.

A unos metros de mí, en el borde del cerco, los encargados de medios y comunicación de la CIM, se preparaban para emitir el comunicado de prensa basado en las palabras de Lujano. La urgencia con la que trabajaban me dejó claro que el líder había mantenido en secreto la decisión de ausentarse hasta poco antes de iniciar la marcha.

Traté de llamar la atención de este grupo, pero ninguno se detuvo ni volteó a verme, lo cual era comprensible por el caos que había generado la sorpresa, así que aproveché para ingresar a la zona restringida mientras ellos corrían de un lado a otro, atendiendo llamadas, mensajes de texto y preguntas de reporteros de medios establecidos.

El mensaje había resultado incendiario y sus implicaciones aún eran incalculables, pero cuando Fernando Arana bajó del escenario se veía tranquilo. Saludó a algunos miembros del Movimiento, entre abrazos y sonrisas, y luego se alejó a un espacio más o menos aislado bajo el tablado,

donde encendió un cigarrillo del que chupó con fuerza, mirando el Palacio Nacional con ojos entrecerrados. Se notaba tenso, pero controlado.

Imaginé que sabría algo y, aprovechando su instante de lejanía, me acerqué con sigilo y agilidad. Antes de alcanzarlo volteó a verme, como si hubiera escuchado mis pasos en medio del bullicio. Me miró directo a los ojos, fumó una vez más y exhaló el humo hacia un costado; después, volvió su atención al palacio.

Di mis últimos pasos hacia él con cuidado, midiendo cada movimiento con precisión, como un gato que trata de alcanzar un platillo prohibido en mesa ajena.

Era probable que él no lo recordara, pero había conocido a Fernando muchos años atrás, en la universidad. Él se encontraba un par de generaciones delante de la mía y destacaba por sus logros, tanto académicos como extracurriculares. Siempre se le relacionó con grupos de influencia política en las facultades, aunque nunca se le vio dirigir ni mantenerse cercano a los reflectores. Se le hacía referencia como un secreto a voces, como el hombre detrás de la cortina. Incluso había quien consideraba que él era el verdadero autor de muchas resoluciones en pro del cuerpo estudiantil.

En ese momento, bajo el escenario, su mirada me hizo pensar que me reconocía de esos tiempos.

Cuando lo abordé me di cuenta que sí me recordaba, pero no por las razones que había considerado.

—¿Fernando Arana?

La interrogante en mi tono arruinó la imagen de profesionalismo que había querido mostrar. Él me miró de nuevo, exhaló despacio.

—Si no estás seguro, debes estar en el lugar equivocado.

Volvió la mirada al palacio, aunque parecía ver más allá, hacia un horizonte desconocido. Sonreí, nervioso, y proseguí.

—Soy Luis Alb...

—Luis Alberto Enrique, periodista y columnista independiente —Atajó con frialdad-. Escribes en algunos blogs y vendes reportajes a medios. Conozco tu trabajo.

Me sonrojé. Era difícil aceptarlo, pero me enorgullecía el reconocimiento de este hombre, aunque la ilusión duró poco.

—Creo que escribes bien, pero te esfuerzas demasiado por ser imparcial y lo que publicas, en especial tus columnas, se vuelve una pila de datos sin análisis. Es aburrido.

Cuando terminó de hablar, chupó del cigarrillo de nuevo.

Mi pecho se contrajo y tuve que concentrarme mucho para contener la rabia. Mi orgullo herido trataba de brotar por la boca, pero respiré profundo una, dos, tres veces. A Fernando le pareció divertida mi reacción, lo supe por su sonrisa.

—No te ofendas —Ordenó con amabilidad, exhaló y, con toda calma, aclaró-, es sólo una opinión entre muchas. Además, no te diría nada si no creyera que tienes futuro.

Dio una última fumada y tiró el cigarrillo, lo pisó y exhaló con una lentitud casi dolorosa. Cuando terminó, metió sus manos a los bolsillos de su pantalón y dejó caer sus hombros. Este Fernando era distinto al que había estado en el escenario, al que unos segundos atrás oteaba el otro lado de la calle. Me miró con gesto interrogante.

—Dime, Luis, ¿en qué puedo ayudarte?

Sorprendido, tardé un segundo en recordar lo que iba a preguntarle, pero fue suficiente para que se adelantara.

—Si vienes a preguntar por Alberto, no tengo idea dónde está, mucho menos lo que está haciendo en este momento.

Cerró los ojos y negó con la cabeza, como regañándose.

—Es decir, sé que se trata de algo imperativo. De otro modo estaría aquí, con nosotros.

De pronto me pareció que estaba triste, como si lamentara quedarse fuera de la jugada.

—Es lo más honesto que voy a escuchar —Traté de sonar empático-, supongo.

Fernando sonrió, sabía que había cometido un error, pero vio mis manos vacías y se tranquilizó. No grabé ni anoté nada de ese momento, lo cual fue poco profesional de mi parte.

Arana asintió con tranquilidad y resignación.

—Sí, es probable.

—Entonces...

—Pues eso, Luis —De nuevo me atajó-. Nos dejó una carta donde no explica nada, pero confío en él y sé que dará resolución a la situación del Movimiento.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Esta mañana, poco antes de iniciar la marcha. Me entregó la carta personalmente y me pidió que quedara a cargo de la manifestación.

—¿Crees que haya escapado?

Su mirada se afiló, como cuchillos listos para atravesarme, pero se limitó a sacar otro cigarrillo y encenderlo. Se tranquilizó después de la primera fumada.

—Alberto es la persona más obstinada que he conocido en mi vida.

Hizo una pausa para fumar de nuevo, el tema parecía causarle algo en lo profundo.

—Lo sigo porque he visto cómo lo consume la pasión por lo que hace, por el cambio que quiere ver en el país —Con cada palabra volvía a la vida el Fernando del escenario-. Conozco la forma en que se entrega a los ideales que defiende. Nunca supe de nadie que hiciera lo mismo. No con tanta intensidad.

—O sea que...

—O sea que nunca abandonaría lo que le ha tomado años construir.

—Entiendo.

—No, Luis, no entiendes —El regaño me pareció innecesario, pero guardé silencio-. Alberto Lujano es implacable. Cuando se le mete algo en la cabeza no hay forma de convencerlo de que es mala idea, que es imposible o que hay opciones distintas para lograr lo mismo. Siempre encuentra la manera de hacer realidad sus planes, sin importar lo que pueda costarle.

Ponderé unos segundos estas palabras, no sabía si Fernando admiraba el carácter de Lujano o lo criticaba.

—¿De verdad crees que cumpla su palabra? —Me atreví a cuestionar con petulancia- ¿Crees que hoy se llegue a una resolución?

—Si Alberto decidió hacer público ese mensaje es porque tuvo tiempo de planear sus movimientos y garantizar una conclusión. ¿Qué está haciendo? No lo sé; tampoco puedo especular sobre el tiempo que lleva planeando y trabajando en lo que sucederá hoy, pero puedo asegurarte que será un hecho determinante, algo que nunca hemos visto antes.

—¿Para bien o para mal?

Fernando sonrió, irónico. Asintió lentamente mientras fumaba, consciente de que me hacía esperar, saboreando cada segundo que ganaba con su silencio. Yo había perdido la impaciencia tiempo atrás, así que podía esperar en calma. Finalmente habló.

—Depende del lado en que te encuentres, Luis. Hay quienes saben más que yo, estoy seguro, y ya tomaron sus decisiones con base en este momento. Lo que hayan elegido está más allá de mi conocimiento, pero sé que, tras leer la carta de Alberto, las cosas han empezado a cambiar, aunque no nos demos cuenta de ello.

—¿Hablas de alguien en particular?

—Ya dije mucho, Luis —Concluyó—. En resumen, no sé nada. Lo que sí te recomiendo es que prestes atención a lo que se dice; pero sobre todo, a lo que se calla. Ahí está la verdadera historia del día.

Fumó de nuevo y tiró el cigarrillo al suelo sin terminarlo. Lo pisó y me extendió su mano.

—Fue un gusto conocerte, Luis. De verdad te veo buen futuro si te animas a tener tu propia opinión.

Estreché la mano de ese hombre que me intrigaba. Quise preguntar más, pero era evidente que mi tiempo se había terminado.

—Gracias, Fernando. Espero nos encontremos en otra ocasión.

Rio con sinceridad y pesadez, dejando ver que estaba exhausto.

—Veremos, compañero. Por ahora, si me disculpas, debo volver al trabajo.

Dio media vuelta y se dirigió hacia un grupo de invitados que se notaban muy desubicados, los saludó y dirigió hacia las escaleras del escenario. Antes de subir con ellos, lanzó una mirada más al palacio; fue algo muy sutil, pero noté

en su rostro una preocupación súbita, sólo por un instante. Después, subió los escalones.

La multitud estalló en aplausos entonces, al reconocer a los personajes que continuarían con la siguiente etapa de la manifestación.

Miré con atención el Palacio de Gobierno, tratando de dilucidar lo que veía Fernando y pensando en sus palabras. Saqué el teléfono y busqué las noticias del día, en particular si había declaraciones de alguna instancia del gobierno sobre lo que sucedía en ese momento.

Nada.

El único boletín que había emitido la oficina de relaciones públicas ese día se limitaba a afirmar que las autoridades se dedicarían a garantizar el orden y la seguridad de los ciudadanos, tanto manifestantes como quienes no estaban involucrados. Me sonó a chiste malo, considerando los antecedentes. Sin embargo, no encontré ninguna declaración sobre la postura del gobierno ni nada relacionado.

Eso era lo que le preocupaba a Arana: el silencio. Era en la ausencia de Lujano, en lo opaco de su mensaje, donde se peleaba en realidad la batalla por el futuro del Movimiento y del país entero.

Mientras derivaba en estos pensamientos, orbitando las preguntas que me era imposible responder, creí ver un rostro familiar a un costado del palacio.

Pensé que, dada la distancia y con el ajetreo, era riesgoso confiar en mi vista, pero estaba casi seguro de que el hombre que salía del edificio, seguido por un grupo de escoltas, era Gerardo Gutiérrez, quien supuestamente se encontraba fuera de la ciudad desde el fin de semana.

Con mucho esfuerzo salí del cerco y me dirigí hacia allá tan rápido como podía, pero el sujeto y su contingente avanzaban a toda velocidad en un pasillo abierto por elementos del ejército. Pronto los perdí de vista.

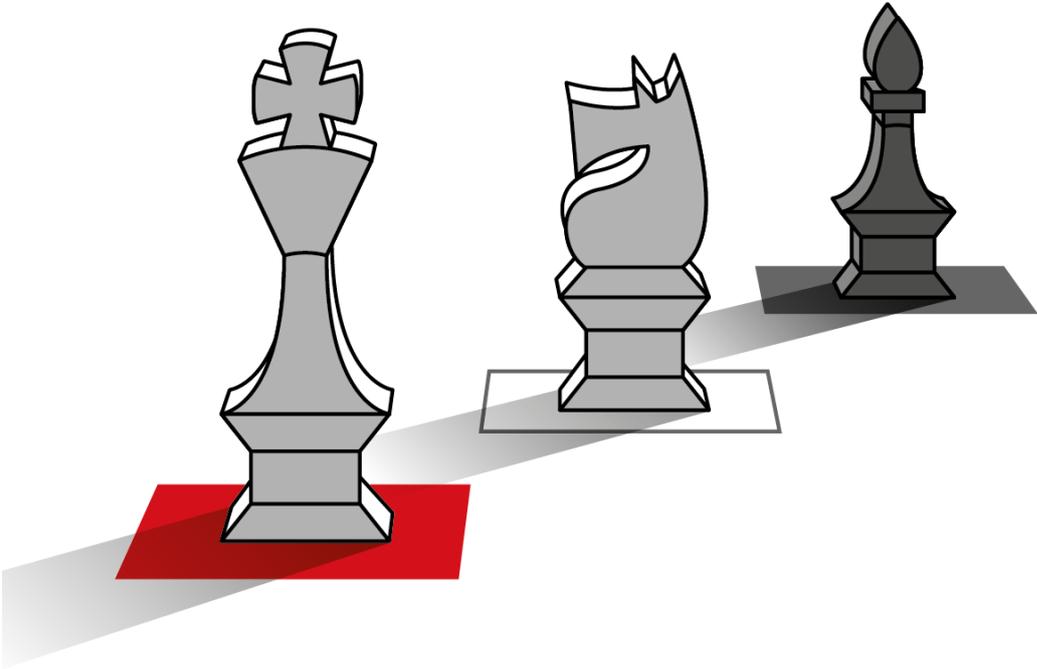
Adiviné la dirección en la que avanzaban y traté de sortear el complejo laberinto de la multitud para seguirlos, pero fue imposible. Cuando llegué a la valla humana formada por los militares, había perdido por completo el rastro.

Busqué con desesperación, pero lo único que logré fue recibir un fuerte empujón de uno de los soldados, quien me advirtió que me retirara de inmediato.

Algunos de los asistentes a la manifestación vieron la acción y se inició un pequeño enfrentamiento que, por fortuna, no llegó a nada más, pero me permitió escurrirme entre la gente y salir de ahí.

Sin declaraciones, sin hipótesis, sin nota, fui a comer algo.

III
Confianza en el enemigo



Confianza en el enemigo

La primera vez que Alberto Lujano se reunió con el Comandante Gutiérrez fue en un estacionamiento del centro de la ciudad, seis meses antes de revelarse como dirigente de la Coalición.

Esa noche, Alberto llegó acompañado de Santiago Reddell, su mejor amigo y cofundador de la CIM, a quien conocía desde que estudiaban la licenciatura.

El lugar estaba a media luz, lo que exacerbaba la opinión negativa que tenía Santiago sobre Gutiérrez y sobre la reunión en sí. Sólo había accedido a asistir porque Lujano le había prometido que no tomaría ninguna decisión con la que él no estuviera de acuerdo.

Santiago, un hombre brillante y de familia muy bien acomodada, era una pieza clave en la estructuración de la Coalición, debido a su incansable búsqueda de la justicia a través del balance entre derechos y obligaciones. Fue él quien organizó los estatutos que regían la vida del Movimiento, quien mediaba entre el pragmatismo de Alberto y el idealismo de Alicia.

Lujano lo respetaba y admiraba. Le asombraba que pudiera mantener su matrimonio y dedicar gran parte de su tiempo al trabajo de la CIM, además de dirigir negocios importantes en las empresas de su familia.

Para Reddell, la situación era de lo más ordinario, pues estaba acostumbrado a organizarse siempre con un cronograma estricto, sin tiempo para retrasos ni

cuestiones imprevistas. Confiaba plenamente en sus colaboradores y esto se extendía, sin duda alguna, a Alberto y Alicia.

Sin embargo, con el Comandante Gutiérrez la situación era distinta. El problema que Santiago tenía con él no se limitaba a la oposición de sus bandos, sino que además, su origen y su forma de resolver las cosas en Flores Magón, por medio de la violencia, hacían de él un sujeto de cuidado, y de la reunión un riesgo inaceptable.

—No sólo nos ponemos en riesgo al confiar en una persona así —se quejó Santiago-; aparte, el tipo es impuntual.

Estaba claramente agitado y nervioso, y sacaba su frustración en forma de enojo. Alberto conocía bien ese mecanismo de alivio de presión, por lo que sonrió y trató de calmarlo.

—Ya viene, Santi. Piensa que no debe ser fácil escabullirse sin llamar la atención. Seguro que todo está bien.

—No sé. Así es como desaparecen personas, Beto. ¿Y si mejor nos vamos?

—Que no. Tranquilo, ahorita llega. Vas a ver que vale la pena.

—¿Y si no? ¿Qué tal si es una trampa? Dices que él nos encontró, ¿no?

—Sí, pero por eso mismo debemos esperar. Al menos, hay que sacarle cómo dio con nosotros. Se supone que estábamos haciendo todo para que no pudieran señalarnos.

—Pues no es tan difícil, Beto. Entre la gente del Sindicato y los que están en contra de un liderazgo unificado, tenemos sospechosos de sobra.

Alberto chasqueó los labios y negó con la cabeza, estaba seguro de que había sido algo distinto.

—No, no tiene sentido —Lujano dudaba-. Ninguno de ellos llamaría a este *güey*. Nos echarían al ejército o la policía, pero no al Supervisor de Seguridad Interior.

—Secretario.

—Eso.

Santiago trató de debatir, pero a pesar de su incomodidad, tuvo que aceptar que las palabras de Alberto tenían lógica.

—Bueno, sí; en eso tienes razón.

—Además —Continuó el otro-, si tuvo el tiempo de llamarnos y citarnos, seguro habría podido mandarnos desaparecer, ¿no?

—Ni digas, que estamos al menos diez metros bajo tierra, en un estacionamiento mal iluminado y solitario. Todavía puede hacer eso.

Alberto miró a su amigo, condescendiente, y bajó la mirada. El espacio se iluminó con las luces de un automóvil que bajaba por la rampa. Los dos se irguieron, Santiago en actitud defensiva y el otro, tratando de aparentar calma, aunque su corazón latía rápido.

El vehículo se detuvo frente a ellos, a unos metros de distancia; tenía los cristales polarizados, por lo que era imposible discernir el interior. Se apagó el motor y se abrió la puerta del conductor. Descendió el Comandante Gerardo Gutiérrez, alto y moreno, de hombros anchos y postura sólida, a sus casi 40 años.

Cuando vio a los jóvenes, sonrió y abrió los brazos mientras caminaba hacia ellos.

—Santiago, Alberto. No saben el gusto que me dio cuando dijeron que sí a la reunión.

Hablaba con voz gruesa, a volumen elevado, que hacía eco en todo el espacio. A Santiago le chocó esto porque rompía su idea de sigilo, pero se reservó los comentarios al respecto. Alberto se adelantó unos pasos y ofreció su mano a Gutiérrez, que la tomó y jaló para abrazarlo.

Reddell se quedó atrás, la distancia le hacía sentir menos inseguro. Abrumado, Lujano trató de hablar.

—Comandante, buenas noches.

Gutiérrez se alejó, pero sostuvo al joven por los hombros; sonreía ampliamente.

—¿Cómo que “comandante”? Díganme Gerardo, caramba. ¿O qué, no hay confianza?

—Claro que sí, Coman... Gerardo. Lo que pasa es que...

—Lo que pasa es que usted trabaja para el otro bando, Comandante.

La intervención de Santiago le borró la sonrisa a Gutiérrez, que por un momento se mostró serio, pero volvió rápido a su gesto amigable. Alberto miró a su amigo con rabia.

—¿Qué es lo que quiere? —Exigió Santiago- ¿Por qué nos citó aquí?

—¿Cómo? Si ustedes fueron los que me citaron, ¿qué no?

Santiago y Alberto se miraron mutuamente, preocupados. Gutiérrez soltó una carcajada y le dio un manotazo en el hombro a Lujano.

—¡No hombre! ¿Cómo creen? ¿Qué dijeron, “este vato ya nos agarró en curva”, no?

Santiago apretó los puños y la quijada, Alberto trató de forzar la risa, pero apenas logró sonreír de forma miserable. El Comandante siguió, de pronto más serio, pero siempre amable.

—Pues miren, la cosa está dura, muchachos. Como ya se imaginarán, la verdad es que tengo toda su información. Todita. No me falta nada.

Santiago y Alberto intercambiaron una mirada, los semblantes de ambos, pálidos de pronto.

—Eso es un problema —Atinó a decir Santiago-.

—Pues sí —Repuso Gutiérrez, aún con ligereza ensayada-, muy grave, muchachos; pero no se preocupen. Yo tengo apalabrado al único contacto que puede dar con ustedes; al menos, por ahora.

—¿Cómo? —Alberto tenía curiosidad por conocer la identidad de quien los había denunciado-.

—Pues con dinero, ¿cómo va a ser? —Gutiérrez frotó su pulgar contra sus dedos índice y mayor- Ahora, no les puedo decir quién ni cómo, ¿verdad? Espero entiendan que es una cuestión de seguridad mía, de ustedes y del tercero en cuestión.

Santiago comenzaba a perder la paciencia, se cruzó de brazos. Alberto se llevó una mano a la barbilla y la otra a la cintura. Anduvo unos pasos, pensativo.

—¿Y qué es lo que quiere?

La voz de Santiago era acusatoria, casi violenta. Gutiérrez lo miró, sus ojos reflejaban una inteligencia profunda.

—Pues fácil, Santiago —Sonrió el Comandante-. Quiero que seamos amigos. Las palabras le perforaron los oídos a Reddell, que casi hizo un gesto de dolor. Alberto intervino antes de que pudiera responder.

—Santi, por favor —luego, a Gutiérrez-. ¿Qué significa eso, Gerardo? Disculpa que estemos tan tensos, pero tú entiendes.

—Sí, yo entiendo. Pero bueno, a lo mejor ustedes no lo saben porque he sido muy discreto, pero mi relación con el *presi* va de mal en peor. Lleva así mucho tiempo. Para no aburrirlos con detalles, digamos que mis intereses y los de la presidencia ya no coinciden, pues, y es mi parecer que no hay forma de reconciliarlos.

—¿Qué tan mal está la situación? —Alberto se mostró más interesado, dejando a un lado sus reservas-.

—Pues imagínense que los cité aquí para ver en qué podemos ayudarnos mutuamente —Repuso Gutiérrez-. Yo creo que ambos lados tenemos algo que ofrecer y algo que queremos del otro.

Santiago avanzó hasta donde estaban los otros dos.

—¿Así, como si nada, cuando su gente ha arrestado a decenas de nuestros compañeros?, ¿cuando han violado y torturado durante tanto tiempo? ¿Ahora vamos a ser amigos, así nada más?

—No, Santiago —Gutiérrez alzó las manos en señal de paz-. Cálmate, por favor, si yo no tengo nada que ver con el ejército ni con la policía. Yo hago otras cosas.

—Puede ser —Santiago replicó, molesto-, pero eso no le quita que sea representante del mismo gobierno represor, comandante.

—¡Santiago, por favor! —La voz de Alberto resonó en el estacionamiento entero- Estamos teniendo una conversación amigable.

Gutiérrez levantó una mano y, con el índice, señaló que esperaran un momento. Dio media vuelta y fue al automóvil, metió medio cuerpo por la puerta y luego, volvió con tres carpetas en las manos, que le ofreció a Reddell.

—¿Qué es eso? —Preguntó Santiago, casi con asco-.

—Una prueba de amor, digamos.

Santiago quiso escupirle en el rostro a Gutiérrez, pero se controló. Tomó las carpetas y abrió una. La sangre se le fue a los pies. Alberto lo miró, preocupado.

—¿Qué es, Santi? A ver.

Reddell le mostró el expediente de Alicia, a quien habían decidido dejar fuera de la reunión con la excusa de que su reacción podría ser emocional en exceso, sobre todo porque había sido gran admiradora del Comandante por su defensa de Flores Magón, pero nunca perdía la oportunidad de expresar cuánto lo repudiaba desde que había aceptado el cargo en el gobierno.

Gutiérrez los miraba con atención. Habían reaccionado tal como lo esperaba.

—Muchachos, créanme que yo sé de lo que la gente en el gobierno es capaz.

Cuando en Flores necesitábamos ayuda del ejército, el General Pech ordenó a sus hombres que se retiraran, pero no nada más se fueron. Eso hubiera estado bien. Lo malo es que a cada rato mandaban gente a rompernos algo. Nos dejaron sin luz, sin teléfono, hasta sin agua estuvimos una semana, en lo que aguantábamos los golpes del *narco*. Les prometo que yo lo he sentido y, aunque ahorita parezca que represento al otro bando, lo que de veras quiero es cambiar las cosas.

—¿Cómo consiguió esto? —Alberto, asustado por Alicia, no había prestado atención al discurso del Comandante-.

—Ya les dije, es una persona con la que tengo un trato. No va a decirle nada a nadie más que a mí.

—¿Por qué? —Preguntó Santiago-

—¿Por qué, qué? —Gutiérrez lo miró, desconcertado-

—¿Por qué nos busca en lugar de denunciarnos? ¿Qué quiere ganar?

—Santiago, lo que quiero es que ganemos todos.

—¿Pero usted cómo ganaría?

—Eso está muy claro, Santiago: yo quiero un cambio y ustedes necesitan un brazo fuerte.

—¿Un brazo armado?

—No, no tanto. Agarrar y ponerse a los balazos con el ejército no sólo sería malo para su salud, sino también para su reputación. Lo que necesita el pueblo son representantes buenos, no terroristas.

—¿Entonces?

—Pues que tengan a alguien que les ayude a estar seguros, Santiago

—Gutiérrez hizo una pausa y señaló a los dos jóvenes antes de continuar-.

Mira cómo se pusieron ahorita, nomás de ver el expediente; imagínate ahora, si les llegara a pasar algo. ¿Qué harían? ¿A quién le dirían que les pudiera ayudar? Si los desaparecen, ¿quién los busca?

A Santiago las palabras le sabían a amenaza, pero Alberto sintió, en lo profundo, alegría. Le alegraba la idea de contar con alguien como el Comandante, de tener de su lado a una pieza clave, que podría ayudarles a efectuar un cambio contundente en un momento dado. Gutiérrez continuó.

—Miren, yo sé que es una venta difícil, que lo que traigo puede sonar riesgoso para ustedes, pero nomás piensen que he tenido esos expedientes durante dos semanas —levantó una mano con dos dedos alzados, para enfatizar-. Si quisiera hacerles daño, ya no estarían aquí, muchachos.

—¿Eso se supone que es una garantía? —Santiago se mostraba más agresivo en cada intervención-.

—Pues están aquí, ¿no? Vine sin guardias y pueden irse cuando quieran. Es más, podemos dejarlo hasta aquí por ahora, para que tengan *chance* de pensarlo.

—Si aceptáramos —habló, por fin, Alberto-, ¿qué pediría a cambio de mantenernos seguros?

Gutiérrez sonrió, había logrado su objetivo inicial. Santiago apretó los labios, mirando a su amigo con enojo.

—Pues miren —Empezó el Comandante-, la cosa está todavía muy indefinida, pero podemos ir viendo conforme avancen. Yo tengo fe en lo que hacen. Veo que han reunido a muchísima gente que antes ni se paseaba por la misma calle, por eso quise acercarme y ver qué onda con ustedes. Por hoy, digamos que hay química, ¿les parece? Piensen. Yo tengo que regresar a mis cosas y los busco pronto, para ver qué deciden.

—Está bien —Alberto, que tenía los expedientes, se notaba contento; Santiago, todo lo contrario-.

—Sale, pues. Váyanse con cuidado, muchachos, que aquí afuera luego asaltan.

Gutiérrez volvió a su automóvil y arrancó. Mientras lo veían subir por la rampa de salida, Santiago se llevó las manos a la cabeza y resopló; estaba claramente molesto con Alberto, que apretaba los expedientes contra su pecho.

—Beto —reclamó Reddell-, ¿qué te pasa?

Lujano lo miró, extrañado.

—¿Qué me pasa de qué?

—¿Por qué te pusiste así? ¿No ves con quién estamos tratando?

—¿Y tú? ¿Ya viste lo que tienen sobre nosotros, sobre Alicia?

—Sí, ya vi —Santiago dijo con pesadez-. Tienen todo, pero no es para que nos pongamos *de pechito*, a ver qué nos piden.

—¡Alicia, Santiago! Tienen toda la información sobre su familia, su domicilio, sus estudios, ¡hasta la primaria!

—Pues sí, ya sé, pero...

—¡Pero nada, Santiago! La única cosa que me ha quitado el sueño todo este tiempo es cómo mantenerla segura, y ahora se presenta este señor con la oportunidad perfecta. No voy a decirle que no nada más porque desconfío.

—¿Qué? ¡Es la razón perfecta para decirle que no! ¿No ubicas en lo que estamos metidos?

Alberto notó hasta ese momento el eco de sus voces, que resonaba en todo el espacio. Se sintió observado de pronto y bajó la voz.

—Oye, no es por cortarte, pero, ¿te parece si discutimos esto en la oficina? Como que aquí no es el mejor lugar.

Santiago reaccionó entonces, volteó a su alrededor y asintió con la cabeza, de pronto más tranquilo, como si se hubiera disuelto el enojo.

—Sí, tienes razón. Mejor vámonos.

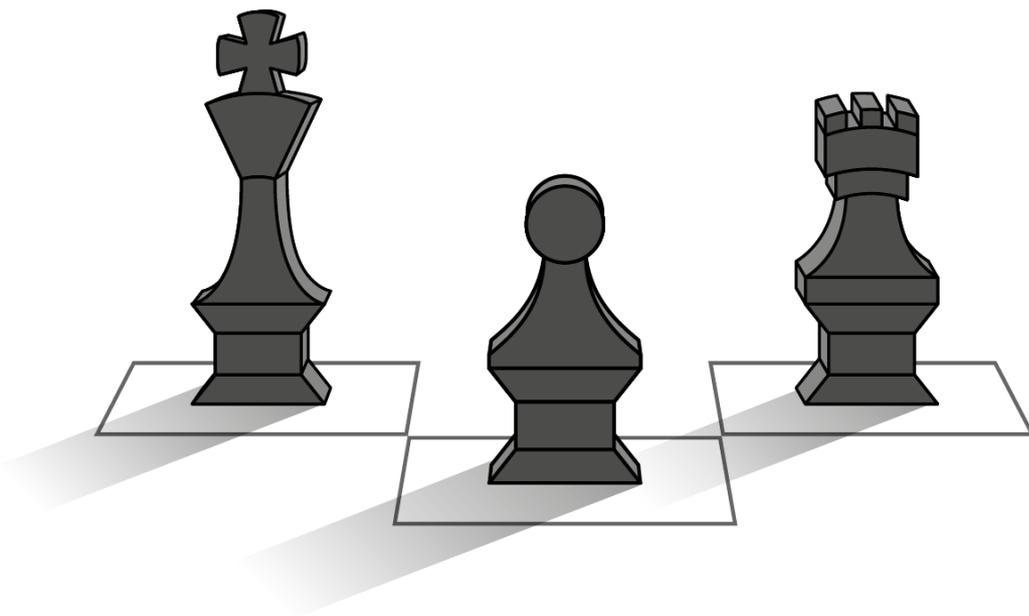
En silencio, salieron en el auto de Santiago, que mientras conducía trató de hablar, pero no sabía cómo abordar el tema sin provocar una discusión.

Alberto, por su parte, ponderaba las implicaciones de lo que acababa de suceder.

La situación era grave, sin lugar a dudas. Durante casi un año habían logrado mantenerse en el anonimato o, al menos, así lo habían creído. A Lujano, lo que le preocupaba, además de Alicia, era la información que podría haberse filtrado sin que ellos se dieran cuenta.

Se imaginó en casa, durmiendo mientras que un comando armado entraba y se los llevaba. Gutiérrez tenía razón: ¿a quién acudirían?, ¿quién iría a buscarlos? Su destino sería similar al de las miles de personas que desaparecían sin dejar rastro cada año, a quienes lamentaban familiares y amigos que, en general, no tenían ningún poder para rescatarlos ni, al menos, dilucidar su destino final. Para Alberto, la decisión era clara e, incluso, inevitable, pero tendría que encontrar la forma de convencer a Santiago.

IV
Una corona de estrellas



Una corona de estrellas

De los tres líderes originales del Movimiento, Alicia Santana era, en diversos aspectos, la más capaz. Su carácter amigable y su actitud asertiva le permitían ganarse la confianza de las personas con las que trataba, por lo que su trabajo principal era extender el alcance de la organización mediante la creación de alianzas entre grupos sociales de intereses muy diversos.

Sin ella, la existencia de la Coalición sería imposible y lo más probable es que Santiago y Alberto, por sí mismos, se hubiesen retirado de los asuntos sociales sin mayor éxito que algunos recuerdos para contar a sus nietos.

Alicia siempre buscaba conciliar las intenciones de la gente con la que trabajaba, pero se mostraba firme si detectaba alguna injusticia o inequidad en el trato que se daba entre las personas, por insignificante que pareciera.

Corregía estas situaciones no a través de acciones punitivas, sino con propuestas que permitieran a las personas conocerse en el diálogo, que compartieran sus experiencias de vida en reuniones donde ella actuaba como mediadora.

Esto se le facilitaba porque ella misma había vivido muchas experiencias en sus casi 30 años, tanto positivas como negativas, y en comparación con Alberto y Santiago, sabía mucho sobre las dificultades de la clase media, ya que era la única del trío que no había nacido en cuna de abundancia.

Desde que tuvo uso de razón, se dio cuenta de que las cosas no eran fáciles para sus padres, que trabajaban de sol a sol mientras ella pasaba el día con su abuela.

Siempre estuvo rodeada de cariño, tanto de su familia como de los amigos que encontró en el camino; sin embargo, fue esto mismo lo que la convirtió en objetivo de envidias y acoso en más de una ocasión.

Unos meses antes de cumplir quince años, su madre murió a causa de un accidente. Fue un golpe duro que superó con el apoyo de su padre y su abuela, con quien tenía una relación tan cercana que llegaba a llamarla “mamá” en algunas ocasiones; no por sustitución, sino porque era la persona que la había acompañado durante toda su vida.

Con un esfuerzo significativo, el señor Santana logró reunir dinero suficiente para celebrar el tercer lustro de su hija y le ofreció dos opciones: una fiesta tradicional, con vestido y chambelanes, o un viaje por Europa. Sin pensarlo mucho, Alicia eligió lo segundo, pero decidió esperar hasta tener un logro que, en su opinión, fuera realmente significativo, así que los Santana abrieron una cuenta de ahorros donde depositaron el regalo.

Dos años más tarde, Alicia comenzó la carrera de sociología y armó un plan que implicaba mantenerse estudiando durante los próximos diez años de su vida mientras trabajaba en el negocio familiar, una ferretería que su padre había abierto antes de que ella naciera y que, a base de mucho cuidado, excelente administración y la visión de la difunta señora Santana, había crecido lo suficiente para abrir un par de sucursales en su natal Guadalajara.

Su idea era buena, muy optimista y productiva, pero durante su primer semestre en la carrera, el negocio empezó a tener dificultades importantes.

Cuando Alicia le preguntó a su padre qué estaba sucediendo y si podía hacer algo más para ayudar, aparte de su turno habitual, él afirmó que sólo se trataba de una baja en las ventas y dio otras excusas que no hicieron más que avivar la curiosidad de la chica.

Terminó por enterarse de la verdad pronto, al escuchar una conversación entre su padre y su abuela, donde se quejaban del grupo criminal que, tras notar la prosperidad del negocio, había comenzado a cobrar *plaza* a la familia.

Alicia convenció a su padre de hacerles frente a los maleantes. Acudieron a las autoridades para denunciarlos y pronto se arrepintieron, pues no sólo los trataron con desprecio, sino que los amenazaron, de forma solapada, con cerrarles las tiendas si seguían “inventando chismes”.

La cosa dio un vuelco terrible cuando, una tarde en que Alicia se encontraba atendiendo la caja de la ferretería y su padre había salido a surtir algunos materiales, los extorsionadores llegaron a cobrar y ella se negó a darles un solo peso, lo que al principio les pareció simpático.

Sin embargo, después de tratarla de forma condescendiente empezaron a molestarse por la actitud férrea de la chica que, con sus apenas 160 cm de estatura, se había plantado con firmeza en su negativa, por lo que le pusieron un arma contra la frente y se la llevaron.

Minutos después, el señor Santana recibió una llamada donde los criminales le notificaban que tenían a su hija y que tendría que pagar una cantidad exorbitante de dinero para verla de nuevo con vida; incluso, como “les cayó bien”, tuvieron la atención de ofrecerle un “paquete Premium” por 20 mil pesos más, que incluía la entrega de la secuestrada sin causarle ningún daño físico; pero debía apresurarse, porque la oferta expiraría pronto.

Como pudo, Santana reunió la cantidad que le exigían y acudió al lugar indicado, donde depositó una bolsa negra llena de billetes y aguardó la llamada en la que, sin mayor comentario, le dieron un domicilio para recoger a su hija y colgaron.

El hombre, temeroso de dejar el rescate ahí, sin mayor garantía que las palabras de un extraño, se dio cuenta que no le quedaba más opción que seguir las indicaciones y esperar que Alicia estuviera bien.

Durante las horas que estuvo secuestrada, Alicia guardó silencio y mantuvo un estoicismo heroico. Sus captores la amenazaron con violarla y torturarla de formas terribles; llegaron también a bromear con hacerle lo mismo a su abuela y al cadáver de su madre.

La tocaron, la estrujaron, la lamieron, pero ella se mantuvo inmutable, firme en su convicción de perseverar ante la más adversa de las situaciones. Se había dado cuenta de que lo único sobre lo que tenía control era su propia voluntad y que los animales que la habían capturado se excitaban con el miedo que sus acciones generaban, por lo que ella no les daría el gusto.

Pronto, los extorsionadores se aburrieron de su actitud, la amordazaron, le cubrieron los ojos y la dejaron sola. Alicia dejó de escucharlos y poco tardó en habituarse al nuevo ambiente sonoro que la rodeaba: había gritos en la distancia, de madres que llamaban a sus hijos; niños que jugaban, y pasos que iban y venían. Escuchó también algunos perros y, al fondo, automóviles que pasaban a toda velocidad.

Notó que se hacía de noche porque sintió frío. Su mente trataba de convencerla de que la matarían, o peor, que en cualquier momento volverían

los sujetos para cumplir sus amenazas. Ella hacía todo lo posible por enfocarse en algo productivo, como desatarse y salir de ahí, pero estaba agotada, sólo quería llorar, darse por vencida y dejar que las cosas terminaran, de una u otra forma, pero que lo hicieran ya.

Lo que la mataba era la zozobra.

Se tensó de nuevo cuando escuchó que el cerrojo de la puerta se abría. Una mano levantó de sus ojos la venda y lo primero que vio fue la sombra de un hombre. Sintió que el final la encontraba en ese momento y se paralizó por el miedo. Reconoció entonces la voz de su padre, que la abrazó y después, la liberó de sus ataduras. Sólo entonces pudo llorar de miedo, de rabia.

Lo que sentía en ese momento era la más terrible impotencia, la absoluta incapacidad de hacer algo para protegerse contra las personas que se la llevaron esa tarde, como si nada; la certeza de que podrían haberla matado o algo mucho peor, y seguirían con sus vidas sin tener que rendir cuentas ni pagar por sus crímenes.

Alicia lloró, ya con sus manos libres, en el abrazo de su padre, que parecía verla por primera vez en su vida. Su llanto lavó la ingenuidad y descubrió su determinación, en un juramento por su vida y la de la gente que amaba.

Durante los dos meses posteriores al secuestro, los Santana vendieron todas sus posesiones y su negocio, y proyectaron irse de Guadalajara con la intención inicial de abandonar el país y apostar por una vida en el extranjero; sin embargo, Alicia estaba preocupada por retrasarse mucho en sus estudios, así que investigó por su cuenta y encontró razones suficientes para cambiar el plan y mudarse a la Ciudad de México, donde podría continuar con su carrera.

Encontraron un departamento a buen precio, en Tlatelolco, y comenzaron la nueva etapa con buena actitud y mucha esperanza.

La situación laboral fue difícil al principio, pero con inteligencia, constancia y mucho trabajo, padre, hija y abuela lograron activar un flujo de dinero suficiente para salir adelante. Poco a poco construyeron un hogar y dejaron en el pasado las malas experiencias.

Alicia retomó sus estudios tan pronto como le fue posible. Durante este periodo conoció, primero, a Santiago Reddell, quien le llevaba algunas generaciones de ventaja, pero con quien coincidía en intereses extracurriculares. Era un sujeto de carácter sereno y actitud pasiva, pero convicciones profundas, casi inamovibles.

Desde el primer día se generó entre ellos una amistad honesta y clara, sin intenciones ocultas ni posibilidad de malentendidos.

Unos meses después de conocerse, para el cumpleaños de Reddell, Alicia visitó por primera vez su hogar y conoció a su pareja, Samantha. Cuando entró a la casa quedó pasmada, pues aunque ya sabía que su amigo pertenecía a una familia adinerada, no se había imaginado a qué grado.

Lo que para Santiago era algo habitual, para Alicia parecía un palacio, de espacios imposibles de llenar, por más que se imaginara comprando muebles y adornos. Había estancias y cuartos y jardines, autos y motocicletas en un garaje enorme. En los muros había una guitarra enmarcada, jerséis de estrellas deportivas y otros ornamentos.

La familia Reddell, le quedó claro entonces, tenía muchísimo dinero.

Esa noche conoció a Alberto Lujano, el mejor amigo de Santiago, cuya primera impresión fue pésima. Le parecía un sujeto insoportable, pedante y

pretencioso, gracias a que las primeras palabras que escuchó de él formaban una extensa cita de un filósofo contemporáneo.

Alicia detestaba cuando la gente hablaba con palabras ajenas en lugar de expresar sus ideas con recursos propios.

Sin embargo, para Alberto el flechazo fue inmediato, quizá porque era la única persona, entre los invitados, que lo evitaba activamente. Se dispuso a captar la atención de Alicia a como diera lugar, mientras que ella comenzó a divertirse con el juego de evasión en el que se había convertido la fiesta hasta que, pasada la medianoche y con la mayoría de los invitados ya sumergidos en los efectos del alcohol, se quedó sin desconocidos con los cuales fingir una conversación y tuvo que enfrentar a Lujano.

Al principio se comportó agresiva, le impuso la condición de no hablar sobre libros ni usarlos para argumentar nada. Esto, para Alberto, fue problemático durante la primera hora, que trató de hilar una conversación sencilla sin gran éxito.

Cuando él se metía solo en un callejón sin salida, Alicia reía con fuerza; él se sonrojaba, pero le animaba pensar que había logrado conectar con ella sin deslumbrarla con sus conocimientos, ni dominar la atención de los invitados con palabras grandilocuentes y constantes referencias. Se sintió afortunado por haberla encontrado.

Poco a poco fueron descubriendo su ritmo compartido y, lo que había iniciado como una persecución, pronto se convirtió en un intercambio sincero, profundo, donde expusieron parte de su vida, de sus ideas y sentimientos. Encontraron lugares en común, deseos e inquietudes que los acercaban como individuos en un océano de anonimato.

Hablaron hasta el amanecer y, cuando ella trató de despedirse, él se ofreció a llevarla, ansioso por prolongar el momento lo más posible.

El camino a casa transcurrió en silencio, como si se les hubiesen acabado las palabras y sólo les quedara la serenidad conjunta. Se despidieron con un abrazo prolongado, sonriendo con serenidad; pero cuando llegaron a sus respectivos lechos, les tomó mucho tiempo conciliar el sueño mientras repasaban en su mente todo lo sucedido.

Alberto la llamó esa misma tarde, decidido a declarar sus intenciones, y así comenzaron a salir.

El cortejo duró más de un mes, en el que Alicia dejó muy claras las condiciones de la relación: ella tendría el control y no aceptaría menos que una fidelidad incondicional. Para Alberto, obtener el “sí” fue el momento más feliz de su vida.

Pasó el tiempo, que trajo múltiples aventuras, estudio intenso y romance abundante para esta pareja, pero también para Santiago y Samantha, que se comprometieron.

Alberto y Alicia crecieron, tanto individualmente como en pareja, y con Reddell formaron un equipo fenomenal. Juntos, los tres comenzaron a explorar su interés por cambiar el mundo de alguna manera. Se involucraron con grupos activistas, participaron en manifestaciones, exploraron vías artísticas y pronto experimentaron con sus propias acciones.

Alicia siempre había considerado que faltaba mayor organización y una visión más generalizada, tanto de los problemas como de las soluciones. Le parecía que muchos de los grupos se enfocaban demasiado en lo que les aquejaba

sólo a ellos, en lugar de proponer opciones para resolver las cosas. No veían, en las inquietudes ajenas, la posibilidad de mejorar una situación compartida. Santiago y Alberto tenían sus propios puntos de vista al respecto y, por lo general, se oponían entre sí de forma muy clara, ya que lo que a Reddell podía parecerle la idea más innovadora y efectiva, a Lujano le incomodaba por considerarla pasiva, poco contundente.

Sin darse cuenta, se vieron envueltos en un ciclo vicioso que siempre seguía el mismo orden: los tres se unían a las acciones de una organización activista, Alicia y Alberto participaban con mucha pasión durante algunos meses; luego, se les escapaba el encanto y llegaban a la conclusión de que era inútil seguir activos, tras lo cual se retiraban, mientras que Santiago mantenía la fe durante unas cuantas semanas más hasta abandonar y reunirse con sus amigos.

Esto les ayudó a pasar el tiempo y generar un sentido propio de propósito, con la idea de hacer algo por mejorar la situación del país, pero para Alicia esto se diluyó pronto y, al darse cuenta de que no llegaban a nada, sintió en su mente un cambio difícil de definir.

Pasaron algunos años. Los tres amigos se mantuvieron unidos e independientes, y pronto llegó la graduación de Alicia, donde Alberto, con la aprobación del señor Santana y su colaboración para cumplir la promesa de los quince años, la sorprendió con boletos de avión para irse a Europa durante dos meses. Los acompañarían Santiago y Samantha, que habían decidido celebrar su luna de miel de forma prematura y se casarían al regresar.

El viaje fue una experiencia inolvidable. Visitaron Portugal, España, Francia, Italia e Inglaterra. En ningún momento dejó Alicia de expresar su emoción y

agradecimiento, pero se reservó la decepción que sentía al descubrir que la gente, donde quiera que fuera, era sólo eso: gente, con las mismas cualidades y defectos que todas las personas que había conocido en su vida.

Le fue fácil distinguir las curiosas diferencias en el carácter de los pueblos, como el desorden inherente a la cultura mexicana en contraste con la civilidad serena, asentada en el comportamiento de los europeos; sin embargo, esto le parecía algo superfluo, que no afectaba si los individuos eran buenas o malas personas.

En muchas ocasiones, durante su tiempo en la universidad, había hablado sobre lo que deseaba ver, las ganas que tenía de visitar el *viejo mundo*, cuna de grandes filósofos y revolucionarios que inspiraron a múltiples generaciones en todo el mundo.

La experiencia turística fue exactamente lo que esperaba, pero no logró encontrar aquellas ideas que habían resonado en lo más profundo de su espíritu. Así, apenas tres semanas después de salir de México, se descubrió cansada, anhelando volver.

Pensaba con frecuencia creciente en su padre y su abuela, en los trámites de titulación y el ingreso a la maestría, y sentía algo oculto en un rincón de su mente, que le molestaba, como una piedra en el zapato.

Era el deseo de encontrar una razón personal para luchar. Lo mismo que le había faltado al involucrarse en las causas de otras personas era aquello cuya ausencia notaba en ese momento. Necesitaba algo que la empujara, sin remedio, hacia el precipicio; que la obligara a comprometerse a fondo con un movimiento social; que la moviera a andar hombro a hombro con personas en quienes pudiera depositar su fe y su confianza.

Se le ocurrió que, al regresar a casa, iniciaría algún movimiento con Alberto y Santiago, en lugar de unirse a una organización ajena. Necesitaba diseñar su propio discurso para dar salida a las ideas que tanto tiempo habían permanecido atrapadas en su mente, sin forma clara para expresarlas porque pertenecían al reino de los sentimientos. Eran intuiciones, más que otra cosa. No tenía ninguna estrategia, pero sabía que debía hacer algo y que podía lograr lo que se propusiera si tenía la disposición de apostar todo.

Durante los últimos días del viaje, eso era lo único en lo que pensaba. Le pasaban desapercibidos los paisajes, las ciudades, los idiomas. Sólo quedaban las ganas de regresar y ver su país de nuevo, descubrir la forma de moverlo hacia un lugar mejor para todos.

Por fin llegó el día del regreso y, al abordar el avión, Alicia sintió algo muy cercano a la vergüenza al percibir la comodidad de los asientos de primera clase. Alberto notó su malestar y le preguntó si había algún problema, pero ella logró convencerlo de que no era nada.

Mientras se encontraban en el aire, Alicia reflexionaba sobre lo que había vivido y se dio cuenta que, aunque su padre le había prometido el viaje al cumplir 15 años, nunca había esperado realizarlo. En su visión de la vida no había espacio para esa experiencia, mucho menos de la mano de alguien como Alberto.

En su imaginación, un viaje por Europa involucraba una mochila, hostales, quizá algunos trabajos como mesera, cuando se agotara el dinero, y mucho tiempo a solas para reflexionar, escribiendo ideas en un cuadernillo.

Se burló de sí misma por caer en el cliché de la mujer joven que viaja a otro continente para “encontrarse”.

Estaba contenta, agradecida por haberse quedado en hoteles, compartido cenas gourmet y experiencias de lujo con sus amigos, pero le ganaba la impaciencia por llegar a casa y comenzar la nueva etapa que había construido en su mente.

Durante las semanas posteriores al regreso, se descubrió comparando todo lo habitual con lo que había experimentado en el extranjero: los hábitos, las formas de caminar, de conducir, de hablar. Le parecía que México era una sociedad más primitiva, de menor refinamiento. No consideraba que fuera una sociedad inferior, sólo estaba muy sensible ante las diferencias.

Le despertaba una curiosidad particular ver la reacción de los turistas extranjeros al conocer la Ciudad de México, al explorar sus calles. Había cosas que le avergonzaban y otras que la hacían sentir orgullosa de pertenecer a una raza mestiza, y notó que lo que realmente quería lograr con sus acciones, era incitar a la gente a mostrar lo mejor de sí mismos en todo momento. Lo que más deseaba era que las personas se trataran bien unos a otros, que pensarán antes de actuar, que consideraran a quien tenían a un lado antes de empujarse.

Era una cuestión sencilla de expresar y, en un ambiente ideal, podría lograrse con facilidad, pero la vida rara vez es propicia e, incluso cuando lo es, cambia de manera vertiginosa.

Poco a poco, la inquietud que había iniciado del otro lado del Atlántico se convirtió en algo pesado, que la mantenía en cama más horas de lo debido.

Era una crisis de identidad que nada tenía que ver con una falsa idea de “creerse europea”, por más que su padre le reclamara eso. El asunto era que

no sabía cómo lograr sus objetivos porque se trataba de ideas abstractas, relacionadas con las acciones y pensamientos de los demás, sobre los que ella no tenía ningún control, y buscarlo implicaba ir contra el principio de libertad. Alicia estaba frustrada, llena de ideas y deseos, pero sin una vía concreta, efectiva, para llevarlos a cabo en el mundo. Esto afectó su relación con Alberto, que trataba de darle espacio para aclararse, pero su paciencia pocas veces alcanzaba para este fin y, entonces, le era imposible contenerse. Su intención era entenderla, pero en su mente no había ninguna razón que justificara su depresión.

Ella optó por probar con distintas formas de expresión como fotografía, pintura, incluso escultura, pero se rendía al darse cuenta de que lo único que lograba era esquivar la necesidad de terminar su tesis. Se mantuvo activa y trabajando, pero estaba bloqueada, incapacitada para crecer más.

Estuvo así, sin rumbo, durante casi un año, trabajando en algunas traducciones para mantenerse y ayudar en su casa, pero sin mucha iniciativa. Terminó con Alberto y su condición se agravó. El futuro le parecía desolador y el presente, vacío.

Una mañana que tenía libre, se reencontró con un *podcast* que había dejado de escuchar tiempo atrás. Le llamó la atención el título: “Fuego sobre Santiago”. Descargó el archivo y lo reprodujo en su portátil. Escuchó de corrido los 90 minutos que duraba la grabación, recostada en su cama, completamente cautivada por la voz del locutor, que narraba con pasión lo sucedido en Santiago de Flores Magón, la estrategia implementada por el Comandante

Gutiérrez durante todo el conflicto y la forma en que los narcotraficantes se quedaron sin más opción que retirarse, después de varias semanas de asedio. Alicia se levantó de la cama mientras sonaba la música de cierre del programa y fue hacia la ventana de su habitación. Miró, a través del cristal, la inmensa ciudad que se extendía más allá de lo que sus ojos alcanzaban a ver; en parte, por la contaminación.

Repasó en su mente la narración del heroico grupo de autodefensa de Santiago de Flores Magón, que había decidido poner alto a los abusos del narcotráfico y el ejército que, supuestamente, estaba ahí para combatir al cártel.

Bajo el liderazgo de Gerardo Gutiérrez, estas personas, que habían sido sitiadas en su propio pueblo, se negaron a darse por vencidas, aunque las condiciones eran más que adversas, ya que los *narcos* habían bloqueado accesos carreteros y acechaban las tierras más expuestas, obligando a los dueños a dejar sus campos y refugiarse con familiares y amigos.

Por otro lado, las fuerzas armadas se habían retirado públicamente de la zona, por órdenes del General Hugo Pech, quien asignó al regimiento una tarea de rescate y estabilización en otra región, aunque los rumores decían que algunos operativos clandestinos se habían quedado atrás para mantener un cerco de vigilancia y ejecutar golpes furtivos contra los vecinos.

Sin embargo, los habitantes de Flores Magón mantuvieron la frente en alto y lograron salir adelante, contra toda esperanza.

Alicia sintió algo distinto a la pesadez que se había asentado en su mente, algo que despertaba por la inspiración de un triunfo real. La historia de Gutiérrez y su gente era el caso de éxito que necesitaba para aclarar su horizonte interior.

Tomó su teléfono para llamar a Alberto, pero dudó y, en su lugar, marcó el número de Santiago. Miró el reloj en la pared y dedujo que quizás lo encontraría antes de llegar a su trabajo.

El tono sonó una, dos, tres veces, luego se activó el mensaje del buzón de voz. Alicia colgó e hizo ademán de marcar una vez más, pero se detuvo; se llevó el aparato a la boca y estuvo a punto de morderlo, pero se dio cuenta de ello y lo puso sobre la cama.

Tomó su computadora y comenzó a investigar todo lo que pudiera encontrar sobre Flores Magón, pero le era imposible concentrarse. Miraba una y otra vez el celular, con la esperanza de que vibrara por una llamada o un mensaje. Se había clavado en su mente el rostro de Alberto, a quien no había visto en meses. Se dio cuenta que lo extrañaba y puso la laptop a un lado; intentó recordar las razones por las que habían terminado, lo cual fue inútil porque sólo recordaba las cosas buenas que vivió con él: el viaje por Europa, las fiestas, las tardes de la mano y, por encima de todo, la pasión compartida por cambiar el mundo.

Sacudió su cabeza y retomó la investigación. Encontró una biografía resumida del Comandante Gutiérrez y leyó con atención; le parecía interesante su origen humilde y su educación en el extranjero. Se descubrió queriendo saber más sobre ese hombre para entenderlo, meterse de lleno en su mente y así, experimentar su motivación.

La historia del Comandante la inspiraba, por lo que decidió que lo conocería algún día, sin importar lo que tuviera que hacer. No imaginaba que pronto sería nombrado Secretario de Seguridad Interior, un cargo improvisado, diseñado

específicamente para él, con el fin de sobornarlo con parte del pastel presupuestario.

Comenzó a planear un viaje a Flores Magón, pero se detuvo al cuestionarse si realmente podría ofrecer algo de ayuda estando allí, si acaso lograba evadir los bloqueos que aún permanecían activos.

Entonces se le ocurrió algo brillante, justo en el momento en que su teléfono cobró vida y emitió el tono particular que había asignado a Santiago; era una cumbia anticuada que, según él, le recordaba los buenos tiempos del matrimonio de sus padres.

Alicia dejó que sonara, esforzándose por conservar la idea en su mente, desarrollarla lo suficiente para recordarla después de la llamada; sin embargo, la insistencia de la música y su ansiedad por escuchar la voz de su amigo triunfaron. Dejó la computadora y tomó el móvil.

—¡Santiago! Hola, ¿cómo estás?

—¡Alicia, qué milagro! Pensé que ya te habías olvidado por completo de mí. Disculpa que no te tomara la llamada, estaba en plena junta.

—¿Junta? ¡Si apenas van a dar las nueve!

—Ya sabes cómo es esto de la vida adulta. Pero dime, ¿cómo estás?

Alicia titubeó, no sabía por dónde comenzar.

—Pues bien. Algo desanimada todavía, pero inspirada.

—¿Inspirada?

—¡Sí! No sé bien cómo explicarlo. ¿Sigues juntándote con los punks?

Santiago rio con franqueza.

—¿Los punks? No, ya no. Se pusieron muy pesados la última vez que los vi, ya estaban hablando de quemar Palacio Nacional y cosas parecidas, pero nomás por hacerlo, sin propuesta ni nada.

—Qué violentos.

—Sí, y ya sabes que a mí no me gusta andar así, prefiero cosas más constructivas. ¿Tú andas con alguien?

Alicia se sonrojó.

—¿Qué? Este, no. No, para nada, ¿cómo se te ocurre? Si apenas corté con Alberto, no tengo ganas de nada ahorita.

—No, *teta*; con algún grupo.

—Ah, ya. No, tampoco, pero estaba escuchando algo que me despertó las ganas de involucrarme otra vez.

—¿Qué escuchabas?

—Pues me encontré el podcast del Conejo en la Luna, ¿lo ubicas?

—Sí, creo. Es uno que hace cosas clavadas, como documentales, ¿no?

—Ándale, ese, que dice que es “ultraindependiente”. Me cae bien, creo que no es tan amarillista como otros y su material siempre está muy bien investigado.

—Alicia.

—¿Qué?

—No divagues.

—Ah, sí, perdón. Es que me puse a escuchar su podcast sobre el sitio de Flores Magón y las autodefensas de otros pueblos. Explicó que un tal Gerardo Gutiérrez dirigió las operaciones para combatir al narcotráfico.

—Suena bastante fuerte.

—¿No habías oído nada?

—No, la verdad es que he andado muy desconectado de las noticias últimamente.

—¿Y eso?

—Pues la chamba, sobre todo, pero también Samantha, que no le gusta que me acerque a nada social ni por error. Por alguna razón, estar casado es muy diferente a ser novios, aunque hayamos vivido juntos desde antes. Aparte, muchos de los grupos que frecuentábamos se han ido apagando. ¿Sabías que los amigos de Playa se separaron?

—¿De plano?

—Sí, al final no llegaron a nada y se fueron disolviendo poco a poco, hasta que nada más quedó Juan Carlos, pero solo no pudo organizar nada.

—Qué mala onda.

—Pero bueno, así pasa, por desgracia: la gente crece y las responsabilidades les van robando el impulso.

Estas palabras tocaron la profundidad más sensible de Alicia, que sintió la acumulación de sus años de pronto. Se inflamó algo en su pecho.

—Pues justo por eso te llamé, Santi. Quiero que hagamos algo.

—¿Algo? ¿Como qué?

—Pues no sé, algo. Quiero que ayudemos a la gente de Flores Magón o tomemos acción de alguna forma.

—¿Ya le llamaste a Alberto?

Alicia quedó en silencio, se sentía descubierta.

—¿Ali?

—No, no. Todavía no. Primero te marqué a ti.

—Pues llámale ahorita mismo, seguro le dará gusto saber de ti y creo que podría emocionarse si le platicas esto que me estás diciendo.

—¿O sea que no cuento contigo?

—No, pues claro, pero primero quiero ver cómo quedan ustedes dos, para no *regarla*.

—Te iba a pedir que tú le llamaras.

—Ya sé, por eso me adelanté. ¿En serio crees que voy a andar entregando tus recados?

—¡Pues sí! Para eso somos amigos.

—¡Nada! Llámeme a su ex y póngase de acuerdo con él.

—¡Pero me da cosa!

—Y con razón, pero no te hagas mensa y márcale, lo peor que puede pasar es que te mande al diablo y que ya tenga novia.

Alicia abrió mucho los ojos, asustada.

—¿Tiene novia?

—No te voy a decir nada, Santana. Llámale y hablen de sus cosas.

—¿No podemos hacerlo tú y yo nada más?

—¿Es en serio?

—Es que no sé si me va a gritar.

Santiago rio, condescendiente, pero su tono cambió de pronto.

—Alicia, lo quieres; él te quiere. Son un par de pendejos que ni siquiera saben por qué se separaron. Seguro antes de marcarme lo llamaste y colgaste sin hablar, o algo así.

—Pues casi, pero no me animé.

—Mira, es muy fácil: o le hablas y se arreglan de alguna forma, o no cuentas conmigo.

—¡Ay, Santiago, no seas malo!

—Sí soy. Ándale, ya.

—Está bien, pero entérate de una cosa.

—¿Me odias?

—Te odio.

—Ya sabía. Yo también.

—¡Osh!

—¡Ya, no te hagas! Háblale, que me tengo que ir. Apenas va empezando el día.

—¡Suena padrísimo! —Alicia respondió, sarcástica. Santiago rio-.

—Ya en serio, qué bueno que me hablaste; a Beto también le va a dar gusto escucharte.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

—Bueno, ahorita mismo le llamo.

—Bien. Te abrazo.

—Yo a ti.

Alicia cortó la llamada y se quedó pensativa. Su corazón latía muy rápido y sintió un ligero desvanecimiento que amenazaba su conciencia, pero resistió. Se levantó y fue hacia el espejo del buró, donde se contempló de la cabeza a las rodillas, porque el mueble bloqueaba el reflejo más abajo.

Se percibió pálida, flacucha y carente de atractivo. Su cabello, enredado y tieso, delataba la situación emocional y mental que había arrastrado durante el periodo transcurrido desde su regreso de Europa.

Aún tenía el teléfono en la mano, lo levantó y buscó el número de Alberto.

Contempló la pantalla durante varios minutos, su dedo pasó sobre el botón de llamada varias veces, sin presionarlo.

De pronto la asaltaron múltiples recuerdos de su vida, tanto positivos como negativos. Sintió el tacto de su exnovio, lo escuchó hablarle de cerca; recordó también el secuestro, las amenazas y la impotencia. Vio de nuevo a su madre y su muerte. Recorrió mentalmente los grupos activistas con los que se había involucrado, sin llegar a comulgar por completo con sus ideales ni sus acciones.

Sintió que se acumulaban lágrimas detrás de sus párpados y tuvo el impulso de lanzar el celular contra el espejo. Su brazo se movió por sí mismo y, estando a punto de soltarlo, el aparato comenzó a vibrar.

Alicia salió del trance en ese instante. Se le abrió un hueco en las entrañas, imaginando que era Alberto quien la buscaba, quien sin saberlo, la salvaba de la súbita e incomprensible agonía. Su cabeza se llenó de esperanza y, antes de ver si tenía razón, aguantó la respiración.

Lo que vio en la pantalla la hizo sentir estúpida y la tranquilizó. Era un mensaje de texto, de Santiago, que contenía una sola palabra: "Háblale".

Inhaló profundo y exhaló con fuerza. Volvió al contacto de Alberto y, por fin, presionó el botón. Se llevó el móvil a la oreja y cerró los ojos, nerviosa, mientras el tono sonaba.

Una.

“No contestes”, pensó.

Dos.

“Por favor”.

Tres.

“Contesta, ¿sí?”

La llamada conectó.

—¿Bueno?

Alicia sintió su cuerpo vaciarse por completo. La voz de Alberto le era tan familiar, tan profundamente cercana, que se quedó muda al principio.

—¿Bueno, quién habla?

Hasta que escuchó esa pregunta.

—¿Cómo que quién habla? —Preguntó ella, indignada-.

—¿Alicia, eres tú? ¿De verdad eres tú?

—¿Pues quién más iba a ser, tu nueva novia?

Alberto rio, nervioso.

—No, espérate, ¿cuál novia? ¡Qué bueno que me llamaste!

—¿Sí, en serio? ¿Por eso finges que no sabes quién habla?

—No, perdón, es que... es que cambié de celular y perdí tu contacto. No sabes las que he pasado.

—Ajá.

—¡Es en serio!

—¿Y luego?

—Pues no sé. Te extraño.

Alicia se sonrojó, peleó con toda su fuerza contra la sonrisa que se formaba en sus labios, pero fue inútil, aunque procuraba hacerse la difícil.

—¿Ah, sí?

—Sí, mucho. No sé qué nos pasó, pero te juro que yo no quería terminar.

Discúlpame, por favor.

Ella sabía que era cierto porque se había esmerado en convencerlo de que la decisión había sido de los dos, cuando fue iniciativa suya; había estado segura de que romper la relación era lo mejor para su vida.

Era incierto si Alberto se había dado cuenta de ello en algún momento, pero se notaba que no le importaba ni un poco.

—Quiero verte, Alicia.

Alicia guardó silencio, notó que su orgullo le exigía jugar un poco más con él.

Quería torturarlo por diversión, pero prefirió ser sincera.

—Yo también. Tengo algo que contarte.

—¿Es algo bueno?

—Pues es... ¿Bueno? No sé. Es algo que me inspira, que me recuerda que quiero cambiar el mundo.

—Entonces sí es bueno.

Ella sonrió.

—Quiero hacer mucho, Alberto. Quiero llegar lejos.

—Y yo también, mi amor; sobre todo si es contigo.

—¿Puedes hoy?

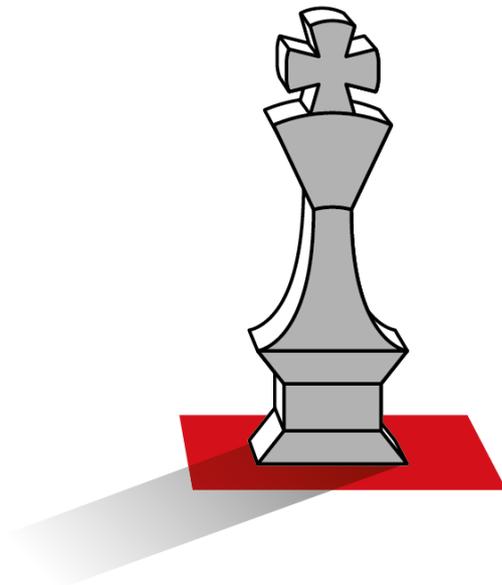
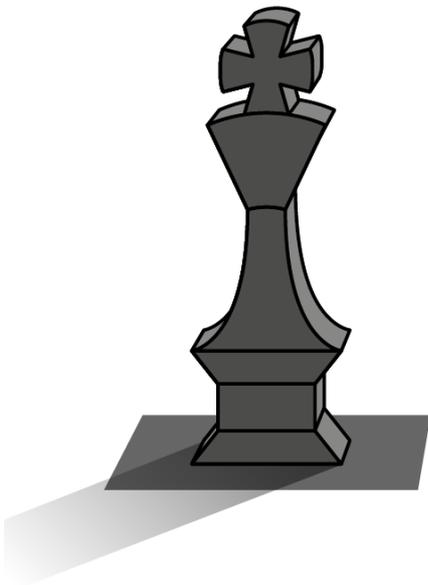
—Cuando quieras. Si es ahorita mismo, mejor.

Hablaron unos minutos más y se encontraron esa misma tarde, en un parque que habían visitado en muchas ocasiones. Era el sitio más emblemático de su relación, donde se besaron por primera vez y donde, en ese nuevo comienzo, retomaron la historia que se había truncado casi un año atrás.

Alberto, como cualquier hombre que desea algo con toda su voluntad, prometió más de lo que podría cumplir en su vida, y Alicia dijo creerle, ciega ante el hecho de que lo fingía.

Se enamoraron de nuevo entre sueños de cambio, de insurgencia contra un sistema corrupto y despreciable.

V
Tableros sobre tableros



Tableros sobre tableros

Mientras las calles vibraban con las emociones de millones, mientras el bullicio y la incertidumbre paralizaban a un país al borde de lo desconocido, Alberto Lujano entraba en una sala amplia, similar a una bodega industrial, iluminada de manera parca por lámparas que colgaban de cables muy largos, los cuales ascendían hasta perderse en la oscuridad.

En el espacio había filas de mesas cuadradas, de aproximadamente 1 metro por lado; sobre ellas, tableros de ajedrez con partidas jugadas y, siempre, un rey rendido. En casi todos los casos, el perdedor era el blanco, pero algunos mostraban un rey negro recostado.

En el centro del lugar, detrás de una mesa muy similar al resto, cuyo tablero presentaba las piezas en su posición inicial, se encontraba el Ajedrecista.

Vestía el mismo traje que le conocí, pero se veía diferente, más imponente, con la mirada de un cazador que aguarda a que su presa caiga por sus propias acciones en la trampa dispuesta.

A la derecha de este hombre había una columna de mármol, de unos 40 cm de diámetro y 1 metro de altura, sobre la cual se encontraba un teléfono de disco que simulaba un estilo de principios del siglo XX. A la izquierda, un pequeño bar móvil con frascos de cristal que contenían licores de distintos colores y algunos vasos limpios.

Alberto miró a su alrededor, siempre alerta. Se notaba inseguro sobre lo que podía esperar de la reunión, pero se esforzó por mantener una postura erguida, mostrarse como un líder con la autoridad para negociar.

Avanzó con aplomo hacia la silla reservada para él, frente a su anfitrión. Llegó a la mesa y miró con atención el tablero. Parecía algo corriente, del tipo que podría conseguirse en cualquier tienda. Luego observó al sujeto que le recibió y extendió la mano.

—Buenos días.

El Ajedrecista se puso de pie y estrechó la mano del joven.

—Alberto, qué gusto verte. Eres tan puntual como esperaba.

—Bueno, es difícil llegar tarde, o temprano, cuando sus hombres controlan el trayecto.

Lujano era irónico. El viejo sonrió y replicó con serenidad.

—Aun así, es un placer hablar por fin con una persona tan formal y comprometida como tú. Bien podrías haberte negado a venir aquí, tan profundo en las entrañas de esta organización.

Alberto miró a su alrededor, inquieto.

—Usted sabe que no podía negarme, en especial en este momento. Estoy seguro de que ya sabe lo que busco y tiene algo preparado para mí.

El Ajedrecista se alejó de su asiento y fue al carrito de bebidas; abrió uno de los frascos, que contenía whisky, y lo olfateó con gusto.

—En efecto, Alberto —Y con total desfachatez cambió de tema-. ¿Bebes?

—Sí, gracias —Alberto, desconcertado, prefirió dejarse llevar, al menos en ese momento-. Lo mismo que usted.

Con una sonrisa, el viejo sirvió dos vasos; le entregó uno a Alberto, que lo olió primero e hizo un gesto. El otro lo miró, sorprendido.

—Pensé que todos los jóvenes de hoy en día disfrutaban de sabores y aromas fuertes.

—No bebo mucho, a decir verdad. Entre las actividades de mi organización y los planes para el futuro, queda poco tiempo para relajarse.

—Se me ocurre todo lo contrario, Alberto. Me parece que una revolución o, en este caso, un golpe de estado, es una cuestión imposible de planear sin el acompañamiento de un buen trago.

—¿Cómo es eso?

—Sencillo: el alcohol apacigua el sentido común y propicia la ebullición del ánimo; inflama el espíritu. Si bien, la pérdida del buen juicio puede ser nociva en el exceso, la medida correcta es una gran herramienta.

Alberto rio por cortesía, inseguro sobre la seriedad del comentario.

—Supongo que tiene razón. A fin de cuentas, ha vivido mucho más que yo.

—No tienes una idea, Alberto —El tono del Ajedrecista parecía ocultar una amenaza—.

El silencio siguiente puso en alerta a Lujano. El viejo bebió despacio, mirando a su interlocutor con mucha atención. Bajó el vaso y habló.

—Pero claro, el secreto del negocio está en controlar lo que se dice, ¿o no?

De nuevo se hizo el silencio. El anfitrión respiró profundo y sondeó las mesas que los rodeaban. Cuando volvió a hablar, lo hizo muy bajo, más para sí mismo que para continuar la conversación.

—Todos tenemos historias que preferiríamos olvidar porque, en el fondo, lo que nos atormenta es no poder cambiarlas.

Parpadeó con pesadez, la mirada nublada. Por un instante se vio acabado.

Volvió a la vida al instante y recuperó su perspicacia. Miró a Alberto y sonrió.

Señaló la silla frente a él.

—Pero empecemos, por favor. Estoy seguro de que deseas volver a tus actividades lo antes posible.

Alberto se sentó y miró el tablero, puso su bebida a un lado.

—Sí, cuanto antes —Lujano respondió, aliviado-. De hecho, el Comandante Gutiérrez me comentó sobre el juego y me gustaría pedirle que lo omitamos por esta ocasión. La situación es crítica y el tiempo es crucial. Sé que una derrota implica que el precio se eleve al doble, pero eso no es problema.

El Ajedrecista se sentó, dejó su vaso a un lado y acomodó al milímetro algunas de las piezas mientras escuchaba; luego, habló.

—Por supuesto, entiendo, pero lo consideraría una cortesía importante; digamos, un favor personal de tu parte, si jugamos la partida de cualquier modo.

—Lo lamento —Alberto se esforzaba por mantener la ecuanimidad-, no pretendo parecer descortés, pero de esto depende el futuro de mucha gente y me parece injusto arriesgarlo todo por un juego.

—Me queda muy claro y sé de lo que hablas —Concedió el Ajedrecista, pero continuó-. ¿Has visto las noticias del día? El mundo entero está volcado sobre la manifestación. Al parecer, los medios repiten una y otra vez las palabras que le dejaste a Fernando. Por cierto, qué mensaje más adecuado. Me movió emocionalmente. Aunque pudiste haber manejado mejor la incertidumbre que provocó tu ausencia.

Alberto se sonrojó, pero su rostro carecía de expresión.

—Escribí lo que consideré suficiente para mantener la llama viva mientras asistía a esta reunión. Lamento estar ausente ahora mismo, pero el momento es clave. Por eso mismo quisiera pasar al asunto sin mayor preámbulo.

—¿Sabes cuál es la verdadera clave en este momento?

—El tiempo.

La respuesta de Lujano había abandonado su boca de manera furtiva. El Ajedrecista sonrió.

—Es una buena respuesta, pero no. La clave es la oportunidad, Alberto. La oportunidad que tienes ahora, de obtener la información que deseas y, más adelante, la que tendrás de hacer con ella lo que necesitas para lograr tus objetivos.

—Pero la oportunidad depende del lugar y el tiempo adecuados.

—¿Crees que estás en el sitio correcto ahora mismo?

—Sé que nadie más podría darme la respuesta que busco.

—Me halagas, Alberto.

—No es mi intención.

—Lo sé —El viejo hablaba con parquedad-, sólo quieres obtener lo necesario para tu causa, para la revolución que has perseguido durante todo este tiempo, por la que tanto y tantos se han sacrificado.

—Es ahora o nunca.

—Suenan urgente. Por eso mismo, mejor será que iniciemos de una vez. Entre más pronto comience el juego, más pronto terminará.

Con esto, el Ajedrecista hizo un gesto e invitó a Lujano a realizar el primer movimiento. Alberto se notaba impaciente ya, pero accedió y movió uno de sus peones, casi sin pensarlo.

El anfitrión sacó sus anteojos de la solapa y se los puso. Miró el tablero con atención.

—Eres impulsivo, Alberto. Te recomiendo ser más cuidadoso.

—Sólo quiero terminar con esto para dar el siguiente paso.

—Sabes lo que pasa si pierdes, ¿cierto?

El Ajedrecista lo miraba con el rostro inclinado hacia abajo, por encima de sus gafas. Alberto evitó la mirada, hastiado, y cruzó los brazos.

—Sí, el precio se dobla. Lo tengo bastante claro, pero ya le dije que eso es irrelevante. Tengo dinero suficiente para pagarle tres o cuatro veces su tarifa normal.

—Ya veo —Sonrió el viejo, con cortesía profesional-. Está muy bien, Alberto, excepto que hoy no jugamos por dinero.

Al escuchar esto, Lujano se tensó. Su oponente hizo su movimiento, que reflejaba el del joven.

—Si no es por dinero, ¿de qué estamos hablando?

El viejo sonrió como lo haría un abuelo que enseña el ajedrez a su nieto.

—No te preocupes, sería incapaz de pedirte algo que no tienes. Sin embargo, intercambiar el futuro de una nación, ¡de un pueblo!, por algo tan mundano como dinero, me parece de mal gusto.

—¿Entonces?

El Ajedrecista señaló las piezas de Alberto, ignorando su impaciencia.

—Te toca, pero piensa un poco esta vez.

Lujano, pronto a reventar, movió otro peón sin quitar la vista de su oponente, que hizo un gesto de decepción, se quitó los lentes y se frotó la parte superior de la nariz con dos dedos.

—Alberto, te pido que tengas cuidado y mira lo que haces. No dejes que te gane la prisa, muchacho. Yo sé lo que te digo.

—¡Es que usted no comprende! —Reclamó el joven- Necesito que me diga cuál es el precio, de otro modo no puedo concentrarme en el juego.

El Ajedrecista apoyó sus codos sobre la mesa y entrelazó los dedos de sus manos frente a su rostro. Miró al joven con ojos entrecerrados, midiéndolo con mucho cuidado; luego, resopló y se palmeó los muslos.

—Está bien, está bien; pero primero, necesito que me respondas algo.

—Dígame.

—¿Estás en paz con las muertes de Alicia y de Santiago?

La pregunta atravesó el ambiente como un relámpago que deja tras de sí un silencio denso. La tensión entre los dos jugadores era palpable. Alberto se quedó tan quieto que, por un instante, pareció dejar de respirar, su rostro petrificado en una mueca indeterminada.

El Ajedrecista tomó su vaso y bebió un sorbo con ligereza, como si se lavara el mal sabor de su propia voz. Miró el tablero y pensó unos segundos; después, tomó uno de sus caballos y lo adelantó. Lujano tenía la mirada fija en sus piezas, pero miraba más allá.

—Eso... —Por fin habló, titubeando- No estamos seguros de que Alicia...

—¿No?

La sílaba se abrió paso en la mente de Alberto, que miró a su oponente como si suplicara. Cerró los ojos y trató de calmarse. Los abrió sólo para bajar la mirada de nuevo.

—Ese tema es irrelevante en este momento —Resolvió con puños apretados-.

Por ahora, lo que debo hacer se encuentra en este lugar. Nada más importa.

El viejo lo observó con curiosidad.

—¿No crees que encontrar a los culpables y hacerlos pagar por sus acciones sea importante?

Alberto volvió su atención al otro; sus ojos, dos pozos oscuros.

—Creo que Alicia y Santiago querrían que primero diera resolución a lo que nos unió en esta lucha, que es el bienestar de la gente.

—Por supuesto —Respondió el viejo, irónico-, el bienestar de la gente.

Entiendo.

El Ajedrecista bebió otro sorbo. El líquido intentó pasar por el conducto equivocado y le provocó un acceso de tos que le tomó varios segundos controlar. Carraspeó para limpiar su garganta y continuó.

—Respeto tu convicción, Alberto. De verdad. Me parece admirable todo lo que has hecho; incluso, las cosas cuestionables.

Las últimas palabras hicieron reaccionar al joven.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, las alianzas que has forjado con algunos ejecutivos de multinacionales. Las promesas que les has hecho podrían considerarse opuestas a los intereses del Movimiento, ¿no es cierto?

Alberto tocó un caballo, dudó y movió otro peón. El Ajedrecista sonrió, condescendiente. El otro habló.

—Es posible, pero hay muchos aspectos que no pueden moverse sin la influencia de agentes externos, que tengan un alcance mayor al nuestro y, sobre todo, que estén dispuestos a lograr un bien generalizado.

—¿Te refieres a una cuestión de nobleza?

—Más bien a una visión, perspectiva.

—¿Y qué perspectiva es esa?

—La que permite ver que las cosas pueden funcionar mejor para todos si nos ocupamos de lo que a cada uno le corresponde, si respetamos y potencializamos las relaciones de interdependencia que nos conectan como parte de una sociedad.

—¡Brindo por eso!

El Ajedrecista levantó su vaso, parecía disfrutar un poco más de lo debido.

Alberto imitó el gesto con pereza. Mientras el primero vació de un solo trago el líquido que le quedaba, el otro se limitó a sorber un poco.

—Entonces, ¿cuál es el precio?

Con una jovialidad que parecía traicionar su carácter, el Ajedrecista se levantó y fue a servirse de nuevo, luego volvió a la mesa con el vaso lleno más allá de la mitad y se sentó.

—¡Ah! El precio, sí. Es sencillo, Alberto, lo que quiero que pagues por consumir tus intenciones es Todo.

Alberto aguardó varios segundos a que el otro dijera algo más, pero eso era lo único que el Ajedrecista pensaba decir.

Desconcertado, el joven finalmente preguntó.

—¿Todo? ¿Todo qué?

Lujano estaba desorientado. El viejo se inclinó hacia adelante, con el vaso en la mano. La posición de su rostro generaba sombras alargadas bajo su frente y sus pómulos. Su voz sonó cavernosa, profunda, como la de un demonio que viene a cobrarse una deuda pendiente.

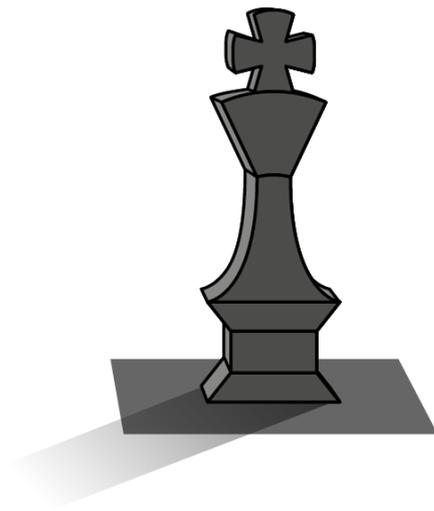
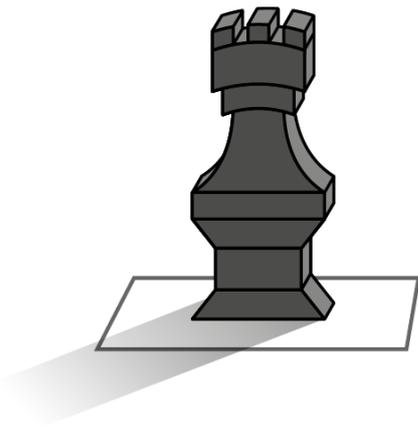
—Todo, Alberto. Todo lo que tienes, lo que has construido. Tu reputación de héroe, tu imagen de redentor. Quiero que confieses todos tus secretos e

intenciones, desde los pecadillos más vulgares hasta los más terribles. El precio de la información que deseas, esa pieza del rompecabezas que te permitirá terminar definitivamente con este conflicto y abrir la puerta al porvenir que has estado prometiendo, es todo lo que puede dañarte como dirigente de la Coalición.

Alberto se paralizó, como si su espíritu se refugiara en un sitio muy profundo de su mente, quizá planeando lo que diría a continuación, tratando de entender el alcance de las palabras del viejo.

El silencio se prolongó. El Ajedrecista bebió de nuevo.

VI
Horas perdidas



Horas perdidas

Le serví más café a mi invitado forzoso, ese sujeto de alrededor de 70 años que había invadido mi vida justo al final de uno de los días más importantes en la historia de México.

En lugar de aguardar mi respuesta, el Ajedrecista me había ofrecido tomar el primer turno en la partida, pero antes que hacer un movimiento, aún intentaba entender lo que sucedía, dilucidar la razón por la que había tocado a mi puerta, de entre todas las que pudo haber elegido a esa hora, esa noche en particular. Por un instante me permití imaginar que mi fama como periodista había alcanzado profundidades desconocidas, pero de inmediato recordé los meses transcurridos sin publicar nada para el mercado masivo y sentí una opresión en el pecho.

Debo haber hecho un gesto muy evidente, pues el viejo comenzó a hablar con un tono familiar, casi reconfortante, como el de un padre que trata de animar a un niño después de verlo sufrir una derrota.

—¿Sabes? Me recuerdas a mi hijo Armando, el menor.

Estas palabras me sacaron de balance. Puse mi taza sobre la mesa y traté de responder algo inteligente.

—¿Por qué?

Eso fue lo que salió de mi boca.

El Ajedrecista rio con franqueza durante unos segundos; yo no le veía lo gracioso al asunto, por lo que me sentí más confundido que antes.

—Es una excelente pregunta, Luis, y la respuesta es simple. La verdad es que me recuerdas a mi hijo sólo porque eres joven. Creo que sería un poco mayor que tú. Dudo que compartieran algún interés y, en realidad, tus facciones tampoco me traen su rostro a la memoria —Hizo una pausa breve—. Sólo te dije eso porque me gustaría que esta plática fuera un poco más personal.

—Pero, ¿por qué conmigo?

Respondí de inmediato, de pronto recordando que la computadora seguía encendida y el navegador mostraba una página de pornografía. Al menos, había pasado el tiempo suficiente para que el monitor se apagara, así nadie que entrara a la habitación vería de inmediato el último sitio que había visitado antes de ser interrumpido y, posiblemente, asesinado por el extraño, que ahora quería hablar como si nos conociéramos de tiempo atrás, como si hubiera algún lazo entre nosotros.

Una rabia súbita me subió por el cuello hasta invadir mis mejillas. Apreté los labios sin querer y sentí que los ojos se me secaban. Sabía que sus guardias estaban afuera y entrarían a la menor provocación, pero mi deseo más sincero era gritarle a ese hombre que me dejara en paz, que se fuera y me dejara masturbarme con tranquilidad, como lo había planeado.

—Háblame un poco de ti, Luis.

Dijo esto con amabilidad, interrumpiendo mi rabieta interna. Debía controlarme, al menos hasta entender bien lo que buscaba el viejo, pero mi boca se movió por voluntad propia.

—¿Qué puedo decirle que no sepa? Ya dejó claro que me ha estado vigilando un tiempo y sabe todo lo importante.

Abrí los ojos tanto como pude, sorprendido por el tono insolente de mi voz.

Sentí pánico al imaginar los días de tortura y mi posterior muerte a manos de los agentes del Ajedrecista. Visualicé con claridad mi desaparición, las preguntas que mis padres tendrían; la entrada de mis amigos al buscarme y encontrar la computadora encendida, en la pantalla una página para adultos y, en el historial, búsquedas de videos explícitos.

“No hemos sabido nada de él”, diría mi madre, “lo último que encontramos fue un video de dos mujeres haciendo cosas impropias con un hombre”.

Oh, el llanto, la tristeza; la vergüenza.

Me negaba a morir así, humillado, sin ganar ningún premio por mi escritura, sin llegar a ningún lado con mis letras y, lo peor, sin demostrarle al mundo que ser escritor es una carrera viable. Por otro lado, al menos sería tan ridículo que haría de mi muerte algo notable, por la ironía. Incluso, podría considerarse una declaración artística.

Me di cuenta, después de mucho, de que el viejo me miraba, desconcertado.

Sentí una oleada de calor en mi rostro entero. Si él tenía algún comentario al respecto, lo omitió y, en su lugar, respondió.

—Bueno, sí, tienes razón; sé mucho sobre ti, pero hay una gran diferencia entre consultar un expediente y escucharte hablar.

Se había acomodado en el sillón de forma tal que su postura parecía forzada, con la espalda completamente apoyada en el respaldo y los brazos, rígidos sobre los descansos laterales. Su taza se encontraba sobre la mesa y su pierna izquierda estaba cruzada sobre la derecha.

De pronto me sentí en una sesión de atención psicológica, listo para someterme al análisis del viejo experto. Odié la sensación, como había repudiado la idea de acudir a terapia en algún momento. Sin embargo, me mantuve bajo control.

—Señor, este... ¿Tiene nombre? —Hice una pausa y descarté la pregunta. Espero no me lo tome a mal, pero pasa de medianoche y, como puede ver, no estaba preparado para recibir visitas.

El Ajedrecista asintió, sonriendo.

—Sí, ya veo, y puedo entender tu incomodidad, pero te ruego consideres la situación poco común en la que también me encuentro yo.

—¡Pero es mi casa!

—Así es, y te ofrezco mis más sinceras disculpas por acudir a ti sin anunciarme

—Parecía sincero, al menos-. Lo cierto es que las circunstancias no me permitieron agendar una cita ni la cortesía de avisar con tiempo suficiente.

—Entonces, por lo menos deberíamos ver la forma de abreviar.

El hombre exhaló con fuerza y bajó la mirada, parecía decepcionado. Me miró a los ojos un momento después.

—Luis, por favor, eres la primera persona real con la que he hablado en años. Lamento que las circunstancias de nuestro encuentro sean lo que son, pero no puedo hacer nada por cambiarlo. Tampoco puedo nada más irme y volver otro día que resulte más conveniente. La verdad es que la balanza se ha inclinado y todas las implicaciones y consecuencias están por alcanzarnos. Sólo tenemos esta noche para hablar, porque lo que vendrá por la mañana será una hecatombe.

—¿De qué se trata?

—Sin entrar en detalles, saldrán a la luz hechos que ni siquiera puedes empezar a imaginar.

Si la intención del Ajedrecista era tranquilizarme, fracasó por completo, pues me sentía mucho más ansioso que antes. Más que temor, sus palabras despertaron mi hambre de conocimiento. Recordé el intercambio que tuve con Fernando al mediodía, su hermetismo y, al mismo tiempo, su sinceridad al aceptar que no sabía nada.

Que alguien tan cercano a la persona de interés no tuviera idea de lo que sucedía, era razón para preguntarse quién era el hombre sentado frente a mí y por qué parecía tener todos los hechos al alcance de su mano.

—Dígame claro lo que sabe —Exigí-. ¿Qué va a suceder?

El viejo metió las manos en los bolsillos de su pantalón y sacó un papel doblado en un cuadrado de aproximadamente 2 centímetros por lado, que puso junto a la tarjeta negra. Señaló ambos objetos con ligereza.

—Esto es lo que necesitas para encontrar la respuesta a todas tus preguntas.

—Ya me lo había dicho, pero no entiendo a qué se refiere.

Sonrió, sombrío.

—Es la llave a los secretos de los personajes más importantes en la vida política y económica de México, y el poder de hacer con ellos lo que consideres adecuado.

Me quedé sin palabras, en parte porque su expresión era muy dramática, lo que restaba seriedad al momento, y también porque cruzaron por mi mente muchas posibilidades.

Imaginé enviar todo lo que encontraría a los medios, de un solo golpe; abrir el grifo y dejar que la información fluyera sin control. Vi revoluciones, indignación,

miedo y represalias. Vi potencias caer, naciones derivar hacia la nada. Me brillaron los ojos, estoy seguro, porque las palabras siguientes del Ajedrecista fueron contundentes.

—La primera vez que tuve esta llave en mis manos, mi reacción fue similar a la tuya, Luis. Creí que podría cambiar al mundo o, mejor aún, divulgar todo lo que tenía entre la gente, para que ellos mismos ejercieran su justicia y, después, con ese conocimiento mejoraran su vida de alguna forma —El Ajedrecista hablaba con pasión y nostalgia-. Me imaginé derrocando regímenes injustos, mandando a prisión a quienes más mal le hacen a la sociedad.

Hizo una pausa, su semblante cambió de un momento a otro, como si el fuego se extinguiera.

—Después —Retomó-, recordé que la mayoría de las personas no buscan la verdad, sino que lo único que desean es vivir con tranquilidad, libres de asuntos complejos y retos profundos. Me sentí frustrado al pensar en ello, sobre todo por el precio que tuve que pagar por llegar a donde me encuentro. Sin embargo, aprendí a aceptar que las cosas son así, pues antes de convertirme en esta persona, yo también había deseado vivir tranquilo con mi familia, ocupado en cuestiones mundanas y mis propios problemas insignificantes, en lugar de saber todo lo que ahora sé.

—Tal vez así era en sus tiempos —Traté de rechazar su razonamiento-, pero hoy sabemos que el conocimiento es poder, que la sociedad no puede ser justa si la información no fluye libremente.

—El punto de la sociedad no es la justicia, Luis, sino el orden, la supervivencia y la capacidad de medrar.

—¡Pero nadie puede lograrlo si carece del conocimiento que le permita afrontar la realidad con objetividad!

—La gente no necesita conocer la realidad para vivir bien. Es más, hay quienes son miserables por saber. El conocimiento sólo da poder en tanto que sea posible ejercer acciones a partir de lo que se sabe; de otra forma, es peso muerto en la conciencia.

—¡La gente necesita saber, necesitan entender lo que sucedió hoy! —Estallé por una inflamación súbita en mi ánimo- ¡No podemos sólo estar contentos con pensar que algo cambió sin tener claro cómo fue, ni por qué!

—Todo lo contrario —Respondió el otro, y fue como un muro contra mi impulso-. Las personas necesitan olvidar pronto, es lo mejor. Todos, incluso tú y yo, nos ocupamos de resolver los asuntos incómodos tan rápido como es posible, para seguir con nuestras vidas. Hay cosas que dejan marcas en la memoria, Luis, y para la mayoría es mejor evitar el dolor que pueden ocasionarles.

—¡Esas cosas son parte de la vida! No se puede proteger a las personas, mucho menos contra la realidad en que viven.

—¿Tú crees que yo quería saber lo que veías en tu computadora antes de recibirme?

La pregunta fue como ponerme el pie para hacerme tropezar. Me crucé de brazos y me sonrojé.

—¿Eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Todo, Luis. Lo que descubrí sobre ti es información, conocimiento que no sólo resulta inútil para mí, sino incómodo para ti. Preferirías que no supiera, ¿o me equivoco?

—Bueno, sí, pero tampoco es como si guardara secretos que afectan la vida de todo un país.

El Ajedrecista me miró directo a los ojos, tenso. Mientras hablábamos, su postura relajada había ido cambiando; ahora se inclinaba hacia adelante, los codos sobre las rodillas, ambos pies en el suelo; estaba encorvado y su rostro, firme hacia el frente.

Vi que había tocado algo con mis palabras, con la fuerza suficiente para sacarlo de balance durante unos minutos; noté esto en su silencio, en la caída de sus párpados y la distancia escasa entre su boca y sus manos, con los índices rectos bajo la nariz y los dedos restantes, entrelazados.

Respiró profundo varias veces, como intentando calmarse; yo estaba impaciente, la discusión me había energizado y quería continuar, pero mi oponente había arruinado el ritmo de la partida. Pude haber seguido con mi monólogo, pero consideré que sería redundante y aburrido para ambas partes. De pronto, sonrió y agachó la cabeza. Cuando volvió a mostrar su rostro, se veía contento, lo cual me asustó un poco.

—Esta es la clase de conversación que nunca pude tener con Armando.

El cambio de tema me incomodó más, por lo que me puse en guardia.

—Yo no soy su hijo.

Quería lastimarlo, mostrarle que estaba harto, cansado de su presencia, y que lo único que deseaba era recuperar la normalidad de mi noche, pero él me miró con reproche.

—Vaya que eres insolente.

Reventé.

—¿Pues qué esperaba? He sido tan amable como me lo ha permitido el sentido común, pero no puedo tolerar que un extraño, que me ha estado vigilando, venga a mi casa a tratar de imponerme sus opiniones.

—Esa no es mi intención, Luis. Te juro que si hubiera tenido otra opción, habría hecho mejor las cosas.

—¡Entonces ya dígame qué quiere! Sólo dígame, sin acertijos ni sutilezas: “Luis, vengo a darte esta llave, pero a cambio me voy a quedar con tu alma para toda la eternidad”; así de simple. ¡Dígame!

—¿Quedarme con tu alma? ¿Por qué dices eso? No soy el diablo, Luis, ni vengo a matarte ni quiero hacerte daño. Al menos, no de la forma que te imaginas.

Me levanté, exasperado. Abrí los brazos y grité con fuerza.

—¿No de la forma que me imagino? ¿Qué significa eso? ¿Está pensando torturarme de formas creativas o qué?

El viejo se levantó también, sus manos al frente en un gesto que buscaba calmarme, pero yo había perdido el control de mis emociones, por lo que seguí gritando.

—¿Vino a amenazarme por algo que escribí? ¡Si nadie me lee! ¿Qué puede alguien querer con un fracasado como yo? ¡No he publicado en casi seis meses, vivo en una casa que me dejó mi madre y apenas tengo dinero suficiente para pagar internet y seguir viendo pornografía, cuando me siento demasiado deprimido como para ponerme a trabajar, lo que últimamente pasa casi todas las noches!

Mientras gritaba y agitaba los brazos, iba de un lado al otro en la sala. El otro se acercó a mí despacio, intentó detenerme poniendo sus manos en mis hombros. Habló con voz paternal.

—Tranquilo, Luis, nadie viene a cobrarte nada ni a tomar venganza. Nada de eso va a pasar, ¿entiendes?

Me contuve unos segundos, tratando de tranquilizarme, pero su expresión preocupada hacía que me hirviera la sangre. Me solté y fui hacia la ventana más cercana; grité mirando hacia afuera, como si al hacerlo sacara todos mis demonios y se disolvieran en el aire del exterior.

Me di cuenta, entonces, de lo mal que me encontraba en la vida, más allá de ese momento. Acepté, para mí, que había dejado entrar al Ajedrecista con la ilusión de que cambiaría mi situación, que me daría un empujón hacia algo desconocido, que me permitiría dejar atrás mi presente de alguna forma.

Y eso, precisamente, era lo triste del asunto: había perdido la esperanza de lograr algo por mí mismo, de mejorar mi vida por mis propios medios, a tal grado que aceptaría un destino fatal, a manos de un completo desconocido, como una resolución satisfactoria. Se me habían agotado las ganas de luchar. Sentí lágrimas tratando de escapar y apreté los párpados, pero la presión me superó y brotaron en abundancia; incluso me escuché gimotear. Me apoyé en la pared con los brazos y oculté mi cabeza entre ellos. Detrás de mí, el viejo habló.

—Está bien, Luis. Todo va a estar bien.

Escuché las palabras como un eco distante, incluso tardé en reaccionar cuando sentí que mi puño se clavaba en el muro junto a la ventana. Me erguí, di media

vuelta y lo enfrenté. Las lágrimas se detuvieron y se asentó en mi pecho un enojo frío.

—No necesito su consuelo —Declaré con firmeza-. No sé quién es, sólo que me ha estado vigilando y que vino aquí por alguna razón que sólo usted conoce, algo que aún se niega a decirme abiertamente por las dudas que tiene. Quizás le parece que no es el momento o que se equivocó de persona, y ahora se arrepiente de haber venido. Si ese es el caso, entonces váyase de una vez y busque a alguien más para molestar.

El viejo asintió, se llevó las manos a la cintura y accedió.

—Tienes razón.

Anduvo de vuelta al sillón y me señaló que hiciera lo mismo.

—Tienes toda la razón, Luis. Dudo de mi decisión de venir aquí, de haberte mostrado la llave de la bodega. Me preocupaba tu reacción, tus intenciones; al final, eres un hombre como cualquier otro, igual que yo, y sé que lo que te ofrezco puede ser una carga muy pesada.

—Sólo dígame y ya. No quiero más rodeos.

—Bueno, pues soy... —Se detuvo, hizo un gesto de incomodidad y corrigió- Represento a una organización invisible, encargada de controlar la economía de la información a escala mundial.

Dejé que las palabras se sumergieran en mi mente, como hacen los campos al beber el agua de riego.

Sonaba increíble.

Parpadeé varias veces, muy lento.

—A ver, más despacio. ¿Qué?

—En palabras simples —Empezó-, todo lo que ignoras sobre lo que sucedió el día de hoy; todas las negociaciones y los acuerdos que se cerraron para llegar a este punto, para que la Coalición tuviera su día de triunfo, los conozco yo. Es lo mismo con otros miles de asuntos en el mundo. Tenemos acceso a redes de internet, telefónicas, satelitales. Controlamos lo que sale a la luz, cuándo y con qué objetivo se divulga.

Crucé los brazos y me senté, recargué mi espalda en el respaldo y miré hacia el techo, tratando de dimensionar lo que acababa de escuchar. ¿Cómo responde uno a esa clase de declaración? Era claro que el sujeto tenía algo de poder, pero ¿era suficiente para creerle o debía cuestionarlo? ¿Había forma de probar lo que decía?

Lo que sabía sobre mis actividades domésticas daba algo de veracidad a lo que decía, pero no era suficiente; después de todo, yo era un don nadie, un cualquiera que ni siquiera se preocupaba por utilizar alguna forma de navegación anónima. Entrar a mi sistema debía ser una cuestión insignificante en comparación con la infraestructura necesaria para adquirir la información a la que presumía tener acceso; ni pensar en un alcance global.

Fue esa última noción de grandeza lo que me hizo aterrizar en el punto más importante para mí.

—¿Eso qué tiene que ver conmigo? —Dije, hastiado y más impaciente que antes- ¿Por qué me buscó en medio de la noche para decirme eso?

El Ajedrecista apretó los labios, insatisfecho con la respuesta. Se levantó de nuevo y dio vuelta alrededor del sillón, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Porque se me acaba el tiempo, Luis; sólo me quedan unas horas.

Me tallé los ojos, frustrado.

—Disculpe, pero eso no es mi problema.

Encogió ambos hombros y me miró con frialdad.

—Lo es, Luis, desde el momento en que abriste la puerta.

—¿Qué?

—Mis hombres tienen tu domicilio y saben lo que vine a decirte, que son cosas muy privadas. Cuando salga por la puerta sólo habrá dos opciones: la primera es que hayas aceptado mi oferta y te quedes con la llave.

Guardó silencio y me lanzó una mirada intencionada, como si dejara que mi mente resolviera el resto.

—¿La segunda?

Pregunté porque, aunque la amenaza era obvia, me resistía a aceptarlo.

—La segunda es... —Su afición por las pausas dramáticas comenzaba a colmarme la paciencia, pero tenía que escucharlo- Que tengan que entrar de nuevo.

Me hundí en el sofá al escuchar eso, como si mi cuerpo entero se hubiese reblandecido. Empezaba a dolerme la cabeza por el ir y venir de sensaciones.

Lo único que deseaba era terminar con ello de alguna forma. Me pasó por la mente la pantalla de la computadora, lo mundanas que habían sido mis últimas horas, entre la tarde que pasé tratando de averiguar el paradero de Alberto Lujano, sin éxito, y la llegada del extraño. Repasé los textos que había dejado a medias los últimos seis meses, las reparaciones que necesitaba hacer en la casa, que incluían el excusado del baño de la recámara principal y la tarja de la cocina, entre otras cosas.

Y de pronto, pensé, mi vida se acabaría así, sin mayor ceremonia, sin resolución a mis inquietudes, sin una conclusión explosiva, que cambiara la cara de la historia. Sería uno más entre millones.

—¿Cuál es la oferta?

Pregunté con voz apagada. Me había rendido al capricho del extraño, que volvió a su asiento. Su actitud solapada me incomodaba, pero aún no se me ocurría lo que podría hacer para librar el peligro.

—Necesito un reemplazo, Luis.

—¿Reemplazo?

—Sí, alguien que tome mi cargo.

—¿Como encargado de una red de espionaje internacional?

—Como representante, digamos.

—¿Así de simple?

—Así.

—¿Yo?

—Sí, tú. Eres inteligente, curioso al grado de ponerte en peligro; eres obstinado y, claramente, no tienes nada que te detenga en la vida.

Resentí la implicación del comentario, pero había aceptado que me encontraba en una situación muy precaria, en general.

—Pero no soy nadie —Interpuse—. No tengo idea de nada. Mis investigaciones recientes dan con callejones sin salida.

—Ser invisible y parecer irrelevante son grandes ventajas en este negocio.

Además, debo confesar que algunos de tus proyectos han sido bloqueados.

—¿Por usted?

—Por nosotros.

—¡Hijos de puta!

—Por favor, no lo tomes personal; te estabas acercando a información a la que todavía podíamos sacarle provecho.

—¿Tiene idea de lo frustrado que me he sentido los últimos meses?

—Sí, por supuesto, pero fue a partir de ese trabajo que decidí seguirte más de cerca. Podría decirse que fue tu primera prueba para el trabajo que ahora te ofrezco.

—¿Puedo, al menos, saber qué casos fueron?

—Lo verás cuando visites la bodega.

Miré la llave y el papel. Me invadió la curiosidad, pero sobre todo, alivio; si mi trabajo había incomodado a alguien lo suficiente como para bloquearme por completo, entonces lo estaba haciendo bien. Sentí que esa revelación me reivindicaba como periodista y, más aun, como persona.

Perdoné por un momento la intrusión de ese sujeto, la violación de mi privacidad; incluso las amenazas, porque por primera vez en mucho tiempo, sentí que la dedicación y el esfuerzo que había invertido en mi profesión daban frutos tangibles, más allá de un cheque.

Claro, era una recompensa poco ortodoxa, inesperada y más amarga que dulce, pero al menos era un resultado, consecuencia de mis propias acciones y, en mi desesperación, eso le daba sentido a los sacrificios, los desvelos y, sobre todo, la soledad.

Sonreí ante la ironía.

—¿Jugamos?

La pregunta del viejo vino de la nada, en ese tono amigable, casi paternal, que me reventaba. Señalaba el tablero de ajedrez.

—La verdad es que no —Respondí, casi con desprecio-. Quisiera hablar más sobre la oferta y todo lo que implica para mí.

—¡Bah! Podemos hacer eso mientras jugamos, además que nos ayudaría a conocernos mejor.

Nos desviábamos del tema que más me interesaba en ese momento.

—Imagino que ha estado esperando mucho tiempo para jugar —Dije, sin imaginar lo que había transcurrido durante el día-, pero realmente quisiera hablar sobre mi futuro.

El Ajedrecista rio de buena gana. Se levantó del asiento y estiró las piernas, lo que me dejó perplejo; luego, volvió a sentarse. Se veía más despierto, casi emocionado por iniciar la partida.

—Antes de empezar, ¿puedes servirme un poco más de café?

Me levanté de mi asiento y tomé su taza. Fui a la cocina, serví una porción más y regresé. Él acomodaba las piezas con precisión milimétrica, era como un niño emocionado, obsesionado por lograr la disposición perfecta.

Sólo entonces noté la austeridad del tablero y las piezas, de alguna madera barata, talladas apenas lo suficiente para afirmar su significado: la crin y el hocico de los caballos, la corona del rey, las torres. La sencillez contrastaba con la vestimenta, los escoltas y la tarjeta misteriosa.

Dudé por un momento de sus declaraciones grandilocuentes, de lo que decía hacer en su vida y lo que me ofrecía. Por otro lado, pensé que la soltura con la que hablaba, después de resistirse al principio, quizás era la confirmación de la verdad, e incluso podría ser que hablara con modestia.

El Ajedrecista me miró, expectante. Volví a mi asiento y hablé.

—Siempre he jugado con las negras.

—¿Por qué?

—Creo que empezar después del oponente tiene una ventaja importante.

—Supongo que puede ser benéfico para generar una estrategia de contraataque, tras ver lo que hace el otro, pero también implica que se mantiene a la expectativa, que depende de las decisiones ajenas.

El Ajedrecista asintió, sonriendo.

—En efecto —Respondió, contento-. ¿Seguro que no juegas?

—Nunca.

—Está bien —Concedió-. Lo que dices es correcto, pero también hay que considerar otras cosas importantes, como la necesidad de mantenerse siempre dos o tres movimientos por delante, en la mente. Si conoces al jugador que tienes frente a ti, puedes evitarte sorpresas desagradables. Es lo mismo en el negocio: la falta de información puede llegar a matarte.

Pronunció esa última parte de forma pausada, como para acentuar lo literal de las palabras. Fue algo muy sutil, pero estaba seguro de haberlo percibido.

Conté las veces que lo había visto ablandarse en el tiempo que había pasado en mi casa y empecé a dilucidar un patrón en los temas que parecían robarle más compostura que otros; eran detalles que revelaban parte de su naturaleza y su historia, pero aún me faltaba mucha información para ver las piezas con claridad y tener siquiera idea de la clase de rompecabezas que era su mente. Cuando terminó de corregir la posición de las piezas, miró con intensidad el tablero; por un momento pensé que haría algo súbito, como lanzarlo por los aires, golpearlo o tomarle fotografías. Su atención a los detalles era casi obscena, lo que me llevó a notar que su atuendo, más allá de la calidad y

elegancia, no llevaba ornamentos de ningún tipo; tampoco vestía anillos ni cadenas. Lo que resultaba imponente era su mera postura y su actitud.

Eso hizo más evidente el contraste en ese momento, en que se mostraba más como un niño que juega en serio, que culmina los preparativos para una ardua batalla en su imaginación y apuesta en ello todo lo que le importa en la vida.

Salí de mi trance cuando sentí su mirada; aún sonreía, pero se mostraba impaciente, alternando su atención entre mis ojos y el tablero.

—Empieza, por favor.

—¿Por qué yo? —Pregunté-

—Así es el juego, pensé que lo habías entendido.

—Ah, no. Pensé que era algo opcional.

—No, no. Pero vamos, dale.

Miré con atención las piezas, conté los espacios que podía avanzar y decidí ser fanfarrón: tomé dos peones, uno con cada mano, y los moví al mismo tiempo.

El rostro del Ajedrecista se retorció en una mueca.

—Disculpa —El insolente hablaba entre risas-, no es mi intención burlarme de ti. Lo que pasa es que eres muy transparente, Luis.

Solté las piezas y me eché hacia atrás en el sofá, con los brazos cruzados, como niño petulante.

—Pues ya le había dicho que no sé jugar.

—No, no es eso. Tu problema es que no sabes cómo obtener lo que quieres.

Lo tienes claro: quieres atacar y vencer lo más rápido posible, pero al mismo tiempo, te da miedo no ser capaz de defenderte.

Sentí que se me retorcían las entrañas por lo que me parecía un regaño injustificado.

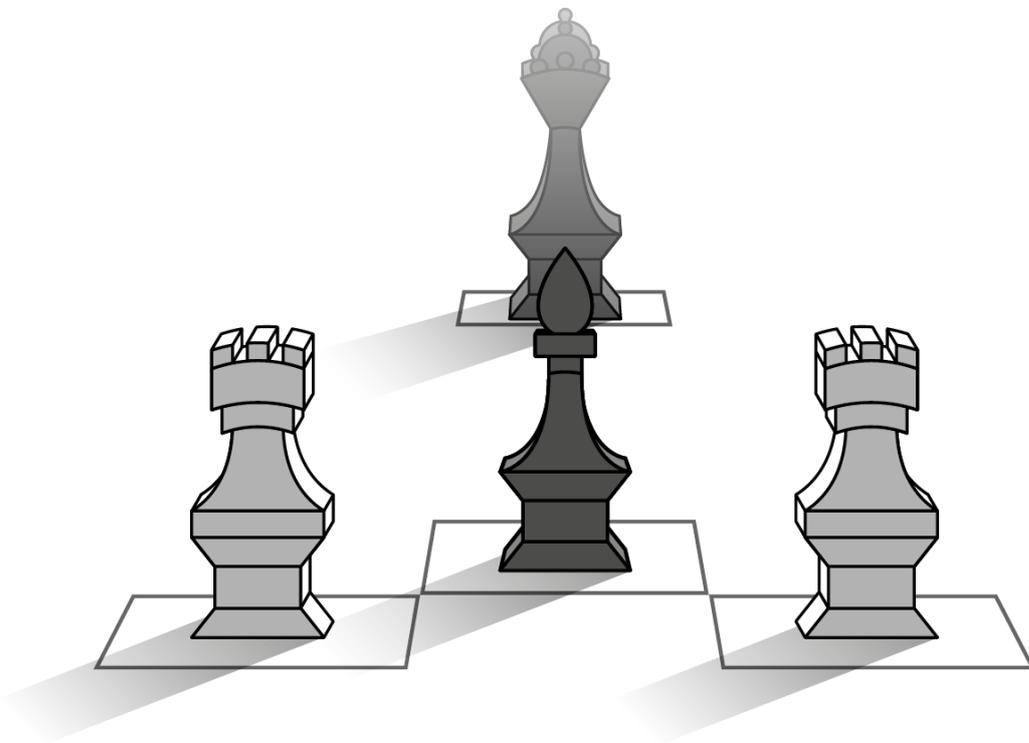
—No es tu culpa, no te ofendas —Continuó al adivinar mi reacción-. Te encuentras en una situación complicada, por decirlo con sutileza. Estás fuera de balance y es comprensible, pero debes aprender a mantenerte ecuánime, sobre todo a partir de ahora, que de eso puede depender tu vida.

Lo que en un principio me sonó como una amenaza se transformó en advertencia, en una lección de vida que no había pedido, ni de él ni de nadie más, y que aún me resultaba ajena, aunque podría servirme más adelante, si sobrevivía a la visita.

El Ajedrecista movió uno de sus peones un solo espacio. Noté que su juego era lo opuesto al mío: conservador, estoico; quería verme jugar primero, observar mis movimientos uno a uno, para entenderme. El triunfo no era cosa inmediata para él, a pesar de afirmar que se le acababa el tiempo. Jugaría con paciencia y determinación, y yo debía hacer lo mismo.

Moví otro de mis peones para imitar su estilo. Mi intención era dejarlo tomar la iniciativa, obligarlo a mostrarme su juego antes de que predijera mis movimientos; sólo así tendría una oportunidad de ganar.

VII
Oportuna es la muerte



Oportuna es la muerte

El General Hugo Pech, el “Tiburón del Caribe”, murió una noche a principios de agosto, el año anterior a la Revolución de verano. Se encontraba en su casa, a punto de dormir. Disfrutaba de un descanso antes de iniciar la última operación de su carrera, pues su retiro estaba por consumarse, dos semanas más adelante. Cayó junto a su cama, fulminado por un paro cardíaco.

Nadie fue capaz de prever su fallecimiento, pero muchos lo esperaban; por ello, las reacciones fueron casi inmediatas, diversas en su naturaleza y radicales en sus efectos. La primera llamada que hizo Raquel, la viuda, mientras el cadáver del General se enfriaba en el suelo de su habitación, fue a su abogado, para iniciar los trámites de la herencia y transferencia de propiedades. Más adelante, se fue del país con Gabriel, su hijo de 9 años.

Georgina, la primera esposa, luchó con uñas y dientes por parte del dinero, con el pretexto de hacer “justicia para sus hijos”, aunque los tres ya superaban los 20 años de edad. De lo que logró obtener, se quedó con más de la mitad, y el resto lo repartió entre ellos.

Sin embargo, la reacción con mayores repercusiones fue la de René Salvan y Matías Lamilla, coroneles que se protegieron bajo el ala de Pech durante casi dos décadas y que participaron en las operaciones más brutales que llevó a

cabo en su carrera, incluidas las acciones realizadas contra la gente de Flores Magón.

Al velorio del General asistieron figuras destacables de la política, espectáculos y la iniciativa privada, entre quienes destacaban el Presidente Martino, su esposa, Silvia Linera, y por supuesto, el Comandante Gutiérrez, quien no se esforzó ni un poco por ocultar su buen humor y dedicó el tiempo que estuvo en la funeraria a intimidar a los coroneles, a quienes había apodado “Las Rémoras”.

René y Matías estaban conscientes de la posición en que se encontraban sin la protección de su mentor. Su vulnerabilidad no se limitaba al poder que Gutiérrez pudiera tener en ese momento, sino a la cobranza de las deudas que ellos y el General mismo habían contraído con múltiples personajes, en sus momentos de mayor influencia.

Todo lo que alguna vez habían considerado su derecho estaba por aplastarlos, como lo que era en realidad: una obligación aplazada, en muchos casos heredada del Tiburón.

Así, decidieron que debían encontrar un nuevo árbol bajo el cual resguardarse de la tempestad y, para su sorpresa, lo encontraron en la persona más cercana al Presidente de la nación.

Silvia Linera se graduó de arquitectura en la Universidad Nacional Autónoma de México; poco tiempo después, mientras estudiaba la maestría, fundó su propia firma de diseño, donde empleó a varios de sus compañeros. Durante esos mismos años, comenzó a trabajar con su padre en el negocio familiar, un

imperio de desarrollo inmobiliario que heredaría cuando el señor Linera se retirara.

Siempre enfocada en las posibilidades comerciales y el crecimiento de su economía, todas sus relaciones se basaron en los beneficios tangibles que podría obtener; así fue como llegó a conocer a Jesús Martino, quien en ese entonces se postulaba como gobernador y cuya carrera prometía un futuro brillante.

Para Martino, que se consideraba un romántico, ganar el favor de Silvia era un reto inigualable y, aunque ella nunca se mostraba cariñosa, esto a él le despertaba una pasión irrefrenable en el afán de conquistarla por fin, y someterla con sus encantos.

No funcionó, pero Linera aceptó casarse con Martino porque sabía que pronto llegaría a la presidencia y, con ello, se abrirían nuevas puertas para ella, sus negocios y la descendencia que algún día llegaría a tener. Lo único que lamentaba era dejar de lado el apellido de su padre, aunque no perdía oportunidad para idear una estrategia que le permitiera conservarlo en la siguiente generación.

Cuando Silvia y su esposo llegaron al velorio, los primeros en acercarse a saludarlos fueron, para sorpresa de ninguno de los presentes, las Rémoras, que se deshicieron en cumplidos para ella y agradecimientos para él, por su presencia.

Decir que Lamilla y Salvan pudieron respirar con tranquilidad con la llegada del Presidente, sería hablar con moderación.

La relación de Pech y, por consecuencia, la de sus protegidos con el jefe del Ejecutivo, siempre había sido buena debido a la disposición del General a realizar toda clase de operaciones ocultas, sin importar lo violentas que pudieran ser; para el difunto, las órdenes siempre estaban en primer lugar.

Con esto en mente, los coroneles vieron en Martino el adoptante perfecto para ellos, aunque más tardaron en saludar y adular a la pareja presidencial que en sufrir una terrible decepción: por consejo de uno de sus asesores más cercanos, es decir, Gutiérrez, el Presidente había decidido distanciarse del legado del General para, en su lugar, mantener el enfoque en la reconstrucción de las regiones más afectadas por la guerra contra el narcotráfico.

La conversación entre ellos fue breve. Martino se apresuró a zafarse del saludo y, junto con Silvia, prácticamente corrió a encontrarse con personajes que le fueran más gratos, tanto en lo personal como en lo profesional.

Al ver esto, Gerardo Gutiérrez, que había llegado desde muy temprano para atormentar a las Rémoras, rio con descaro, asegurándose de que lo escucharan los dos y no tuvieran duda de lo que sentía por su desgracia.

René y Matías se encontraron, entonces, más desolados que nunca; no sólo en sentido figurado, sino físicamente, en el velatorio, donde nadie se acercaba a saludarlos ni darles el pésame.

Se quedaron de pie junto al féretro, mientras que los asistentes se mantenían a una distancia que consideraban segura, pues nadie deseaba que se les viera hablando con ellos.

La pareja presidencial se retiró unos 30 minutos después de haber llegado, se despidieron de la mayoría de los asistentes y evitaron de manera evidente estrechar la mano de los coroneles.

Gutiérrez, por el contrario, se quedó hasta tarde y, cuando sólo quedaban algunos personajes, que consideraban a Pech su amigo personal, se acercó para despedirse de Salvan y Lamilla, quienes, al verlo, adoptaron una postura defensiva.

—¡Muchachos! —dijo Gerardo, irónico- No saben lo mucho que lamento su pérdida. De verdad, hoy nos despedimos de un gigante; el vacío que deja el General, es enorme, ¿o no?

La mirada del Comandante era cortante, intencionada. Salvan, que era el de mayor temple, le extendió su mano y respondió.

—Sí, es algo muy triste; pero no crea, Jefe Gutiérrez, los que trabajamos con él vamos a hacer todo lo posible por mantener viva su herencia.

Gerardo sonrió y apretó con fuerza la mano de Salvan.

—No esperaré nada menos, mi coronel; si se ve que ustedes tienen toda la escuela y disciplina del General. Todavía me acuerdo del trabajo que hicieron en mi pueblo, ayudando a mi gente y haciendo bien las cosas. Eso nunca se me va a olvidar, ténganlo por seguro.

—Aquí estamos para lo que se le ofrezca, Comandante; ya sabe que cuenta con nosotros.

Salvan intentó devolver el apretón, pero Gutiérrez aumentó la fuerza y le paralizó los dedos.

—Hombre, coronel, le agradezco mucho la oferta. Se me hace que pronto le voy a tomar la palabra. Y con usted, coronel Lamilla, ¿también puedo contar?

Gerardo soltó a Salvan y le ofreció la mano al otro; Matías miró a su compañero, nervioso, y respondió después.

—Pero, pero claro, mi Comandante, si ya sabe que para eso estamos.

Lamilla estrechó la mano rápidamente y retiró la suya; Gutiérrez tomó por un hombro a cada uno, su expresión amenazante, pero siempre sonriendo.

—Eso, así me gusta, muchachos, que sepan con quien tratan; espero que recuerden siempre que aquí estoy, para que estén al pendiente. Nunca se sabe cuándo pueda requerir de su presencia.

Los soltó, les dio una palmada amistosa en la mejilla y los acercó a su rostro, con fuerza. Habló con un susurro cortante.

—*Abuzados*, cabrones, que se les viene encima la grandota.

Los soltó y rio, dio media vuelta y se fue. René y Matías quedaron paralizados, en silencio; se miraron entre sí, sin saber qué hacer.

La noche continuó su curso y, finalmente, durante la madrugada, se despidió del fallecido el último asistente, con lo que los coroneles se quedaron a solas, temerosos de lo que les esperaba con la llegada de la mañana. Se imaginaban muertos en un callejón o abandonados en una zanja, en alguna carretera.

Después de casi una hora de silencio, el celular de Valsan vibró.

—¿Quién es? —Preguntó Lamilla, al mismo tiempo asustado y esperanzado-.

—No sé, es privado.

—¿Es mensaje?

—Sí, pero quién sabe de quién.

—¿Qué dice?

—A ver —René abrió el mensaje de texto y leyó-.

“Mañana a las 7:00 en el gimnasio Ultimate Fitness, sin escoltas.

Lleguen en taxi, sean discretos”.

—¿Cómo? ¿No será número equivocado? —Lamilla estaba confundido-.

—No creo, las instrucciones son muy específicas. ¿Cómo ves?

—No sé, René, ¿y si es algo malo?

—¿A las 7 de la mañana, en un gimnasio? No creo. Si fuera para hacernos algo, nos agarrarían descuidados, sin avisar.

—Pues sí, pero no sé; se me hace que puede ser mala idea.

Valsan ponderó unos segundos, el otro aguardaba su resolución.

—Pues vamos, total; lo que sea que vayan a hacer, mejor que pase pronto, así ya no andamos pensando pendejadas.

—¿Seguro?

—Sí, ya. De una vez —Valsan sonaba hastiado, más que temeroso-. Aparte, Gutiérrez es el único que se trae algo entre manos, y no creo que quiera hacerlo a escondidas. Si fuera él, nos estaría esperando aquí afuera.

—Bueno, pero ir sin escolta...

—¿Qué?

—Pues como que no checa, ¿no?

—Pues mira, los dejamos a unas cuerdas del gimnasio y pedimos el taxi; ahí que los muchachos lo revisen para ver que todo esté bien, y les damos la dirección para que estén al pendiente.

El plan tranquilizó un poco a Lamilla.

—Bueno, no suena tan mal.

—Te digo. La cosa está en pensar antes de actuar.

René también se notaba más sereno. Tener un plan de acción siempre le daba claridad mental y emocional.

Pasaron unos minutos más antes de que se decidieran a salir de la funeraria, aún inseguros por lo que les aguardaba en un mundo sin su General.

Por la mañana, los coroneles asistieron a la cita en el domicilio indicado; llegaron puntuales y entraron al gimnasio, que se encontraba completamente vacío. Era un espacio muy grande, con barras, pesas libres, cuerdas, incluso un par de llantas. Para ellos, el lugar parecía más una bodega vacía, con algunos objetos sin relación entre sí, que un sitio para ejercitarse.

Mientras exploraban el espacio con la mirada, por la puerta de los vestidores apareció Silvia Linera, sin maquillaje, el cabello atado en una coleta; su silueta, claramente definida bajo la ajustada ropa deportiva. Valsan se puso nervioso, siempre le sucedía cuando se acercaba a esa mujer, que en más de una ocasión lo había sometido en sus fantasías sexuales.

Lamilla, que estaba más concentrado en mantener la guardia arriba, fue más ecuánime en ese momento.

Silvia se acercó a ellos, muy seria.

—Coronel —dijo mirando a Valsan, luego a Lamilla; a ninguno le extendió la mano-, coronel. Buenos días. Gracias por venir.

René tenía los ojos bien abiertos, incapaz de separar su mirada de la figura de ella; sólo pudo asentir con la cabeza. Matías, al notar esto, se apresuró a responder el saludo y extendió su mano.

—Buenos días, señora.

Silvia ignoró el gesto y dio media vuelta.

—Vengan, por favor, tengo que empezar mi rutina y no quiero quitarles mucho tiempo.

Inició con ejercicios de estiramiento, Cada movimiento que hacía estimulaba más a Valsan, que se sonrojaba mientras trataba de controlarse. Lamilla se atrevió a preguntar.

—Diga, señora, ¿en qué podemos servirle?

Con las piernas estiradas y el cuerpo inclinado hacia adelante, hasta tocar con sus manos el piso, Silvia miró a los coroneles y sonrió. Sabía que los tenía en sus manos, en particular a René, que intentaba con toda su voluntad disimular las ganas que sentía.

Se irguió y confrontó a los dos hombres, con las manos en la cintura.

—¿Pueden servirme? Ésa es la pregunta, muchachos.

Matías, desconcertado, miró a su amigo, que estaba tenso, casi sudaba, pero por fin habló.

—Estamos a sus órdenes, señora Silvia, para lo que usted disponga. Puede contar con nosotros.

Ella se acercó a René, que tenía los puños apretados, como un adolescente inseguro, que descubre por primera vez la presión de la lujuria. Llegó a una distancia suficiente para que él sintiera el calor de su cuerpo; la delgada capa de sudor que comenzaba a acumularse en su pecho, resplandecía bajo la luz artificial del gimnasio.

—¿Para lo que yo quiera?

Preguntó en un susurro. Valsan asintió, más rojo que antes.

—¿Y me van a obedecer sin preguntar, haciendo exactamente lo que les diga?

—S-sí, mi... mi jefa, lo que usted diga, para eso estamos.

Matías miraba a su amigo, incrédulo, inseguro sobre lo que debía hacer, hasta que se escuchó el impacto de la mano de Silvia en el rostro de René, que giró violentamente hacia un lado por la fuerza del golpe.

—¿Entonces qué hacen sus escoltas estacionados en la esquina? ¿No les dije que fueran discretos y que vinieran solos?

Linera estaba furiosa. Valsan se llevó la palma al rostro, que ya no estaba rojo, excepto por la marca que había dejado la mano de ella. Lamilla se quedó con la boca abierta, luego se cuadró, como si estuviera ante el mismísimo General. Ninguno de los dos respondió.

—¿Qué, ahora no saben qué contestar? Les di instrucciones muy claras, tarados. Con tantos años que estuvieron con Pech, yo esperaba que supieran seguir órdenes, pero ahora veo que son un par de incompetentes.

—No, jefa —intervino Valsan, todavía adolorido-, si no sabíamos que era usted la que nos escribió.

—Eso no es excusa, coronel. Si van a trabajar para mí, necesito confiar en su capacidad para hacer exactamente lo que les diga. ¿Pueden o no?

Los hombres se miraron entre sí, confundidos, sin entender realmente el sometimiento del que eran objeto. Silvia repitió la pregunta, a un volumen mayor, muy despacio.

—¿Pueden o no? Díganme de una vez, para no perder más tiempo.

—Sí, jefa —respondió Lamilla-; no le vamos a fallar.

—Bien, entonces, lo primero que quiero es que averigüen quién está detrás de las manifestaciones.

—¿Manifestaciones?

Silvia se acercó a los dos hombres. Lamilla cerró la boca, arrepentido de haber preguntado.

—Hablamos el mismo idioma, ¿no?

—No, pues... pues sí, jefa.

—¿Entonces me entendiste?

—S-sí, vamos a ver quién organiza las manifestaciones.

—Muy bien.

Dio media vuelta y volvió a su estiramiento.

—Ya se pueden ir.

—¿Cómo...?

—Yo los busco.

—Sí, jefa, entendido.

Matías dio vuelta y empezó a caminar, pero notó que su amigo estaba paralizado, aún con la mano en el rostro, completamente embelesado. Le pegó en el brazo para hacerlo reaccionar.

—¡Ándale, vámonos!

René por fin se movió y los dos salieron del gimnasio.

Algunas semanas más adelante, por la madrugada, Alberto Lujano llamó al Comandante Gutiérrez, que en ese momento dormía junto a su esposa.

Gerardo tomó el teléfono, cuya vibración lo había despertado; al ver el número, se levantó de la cama y fue al baño, donde finalmente contestó.

—¿Hay algún problema? Te dije que no llamas a este número a menos que fuera emer...

—¡Se llevaron a Santiago!

—¿Qué? ¿Quién, cómo?

—¡No sé! Me acaba de llamar Samantha, que había hombres en su casa. Nada más alcancé a escuchar algunos gritos y golpes, y luego pasos que se iban.

¿Fuiste tú, Gerardo?

—¡No, claro que no! Déjame ver qué pasó, ahorita te llamo.

—No, espérate, no...

Gutiérrez cortó la llamada y de inmediato llamó a otro número, el de Fermín Velázquez, su agente más cercano, a quien acostumbraba confiarle los asuntos más delicados y que requerían de mayor discreción.

—¿Ferro? —Así le llamaba Gutiérrez- No; se acaban de llevar a uno de los de la Coalición; al flaquillo de lentes, Santiago. Me llamó Alberto para decirme.

¿Sabes algo?

Hizo una pausa para escuchar a su agente. Después, continuó, más preocupado.

—Ajá. Okey, pues ve qué encuentras y me llamas; mientras, voy a ir con Alberto, a ver qué sabe.

Otra pausa, más breve.

—Sí, gracias Ferro, hay que encontrarlo rápido.

Cortó y salió del baño; se vistió, se despidió de su esposa y se fue. Subió a su auto y condujo a toda velocidad hasta su oficina, donde revisó el despacho de unidades militares, además del registro de órdenes y operaciones policíacas, para encontrar quién había realizado la captura.

No encontró nada, ni siquiera algo que pudiera tener alguna relación remota.

Según el archivo, la noche en la Ciudad de México había transcurrido con tranquilidad, sin ninguna operación particular, lo que dejaba claro que alguien

había actuado por su cuenta; quizá era alguien ajeno a la policía y el ejército, pero ¿quién querría hacerle daño a Santiago Reddell?

Gerardo imaginó que, dada su posición, podría haber más de un candidato, así que acudió al hombre que más sabía sobre todos los movimientos disidentes e insurgentes en la ciudad.

Cuando salió de su oficina, ya pasaban de las seis de la mañana y el cielo clareaba. La ciudad estaba despertando, por lo que Gutiérrez debía darse prisa.

Joaquín Vinicio, viejo enjuto y necio, se preparaba un café con leche cuando sonó el timbre del edificio. Durante dos décadas, el hombre había vivido en la casa de lo que se conocía como el Sindicato. Nunca se casó ni tuvo hijos, y dedicaba la mayor parte de su tiempo a mantener el espacio en buen estado. El Sindicato era una coalición de uniones de trabajadores o, para ser más precisos, los restos de dichas organizaciones, que habían sido desmanteladas sistemáticamente, una a una, durante distintos periodos presidenciales.

Joaquín había visto la muerte de cada una de esas instituciones y su posterior renacimiento en la forma del Sindicato. También, siendo el miembro más antiguo y el encargado de las oficinas, había tenido la oportunidad de conocer personalmente a líderes e integrantes de múltiples movimientos activistas; tenía una memoria excepcional y siempre recordaba rostros, nombres y otra información que pudiera parecerle importante.

El sonido del timbre le era más que familiar a Joaquín, pero esa mañana sonaba particularmente insistente, lo que lo obligó a dejar su café a medias para ir a responder, de mala gana.

Abrió la puerta y casi gritó.

—¡Ya, ya estoy aquí! ¿Qué quieren?

Su gesto cambió al ver a Gerardo.

—¡Comandante! No lo esperaba. Pase, por favor.

Gutiérrez entró al edificio y fue directo a la cocina, había estado ahí en varias ocasiones desde su nombramiento. Joaquín fue detrás de él y continuó con lo que estaba haciendo.

—Pásele, mi jefe. ¿Quiere un café?

Gerardo negó con la cabeza, puso las manos sobre la mesa y habló, tratando de mantenerse lo más tranquilo posible.

—Vinicio, se llevaron a uno de los muchachos.

Joaquín se quedó en blanco, para él existían tantos “muchachos” involucrados en cosas peligrosas, que le era imposible discernir de quién hablaba el otro.

—¿Qué muchachos, jefe?

Uno de los puños de Gutiérrez golpeó la mesa con fuerza.

—¡Los muchachos! Los, estos, de la coalición.

—¡Ah! Lujano y Reddell. ¿Se los llevaron?

—A Santiago.

—¿El de lentes?

—Sí, ese. ¿Sabe algo?

—¿Yo?

El gesto de Vinicio parecía fingido.

—Sí, Joaquín, usted. Algo, cualquier cosa.

—Pues... pues no, mi Comandante. ¿Cuándo fue?

—Apenas en la madrugada, pero no tengo idea quién pudo ser.

—Pues, seguro esos muchachos tienen más de un enemigo.

—¡Sí! Ese es el problema. ¿Alguien ha venido a preguntar por ellos?

—No, mi jefe; por acá no ha venido nadie y, aunque así fuera, ya sabe que yo no rajo. Chin, chin, Comandante.

—¿Seguro?

—Segurísimo, jefe; le hubiera avisado cualquier cosa, ¿qué no quedamos en eso?

—Sí, en eso quedamos.

—Entonces créame, Comandante; yo jamás faltaría a mi palabra. ¿Cómo cree que me he mantenido en este negocio tanto tiempo?

El tono de Joaquín hacía evidente que resentía la duda, pero Gutiérrez estaba muy preocupado para darse cuenta; en lugar de disculparse, como el otro esperaba, ignoró el tema.

Gerardo vio su reloj, daban las siete y tendría que llegar pronto a su oficina para no generar ninguna inquietud, nada que pudiera llevar a sospechas más adelante.

—Inicio, me tengo que ir, pero ahí le encargo si escucha algo o se le ocurre quién podría ser, por favor. Es muy importante encontrarlo pronto.

—No se preocupe, mi jefe, yo aquí tengo siempre los ojos y los oídos bien abiertos. Si algo sale, se lo comunico de inmediato.

—Gracias —Se estrecharon las manos. Joaquín hizo ademán de acompañarlo a la salida, pero Gerardo lo detuvo con un gesto de la mano-. Aquí quédese, ya sé salir; usted desayune.

—Sí, Comandante —Accedió el otro, servil-. Vaya con Dios.

Salió del lugar y fue a su auto. Condujo despacio. Su mente derivaba en el secuestro, en lo que podrían hacerles a Santiago y su esposa, tomando como referencia las torturas que habían sufrido varios de sus amigos de Flores Magón.

Frustrado, golpeó el volante en más de una ocasión. Lo suyo eran los enfrentamientos abiertos, la estrategia frontal; detestaba las tácticas sucias y las desapariciones. Necesitaba saber quién había cometido el acto, dónde tenían atrapados a Santiago y Samantha; pero sobre todo, quién era el cerebro detrás del asunto, para definir la forma en la que se cobraría.

Ese primer día, el más importante en los casos de secuestro, fue totalmente infructuoso; nadie sabía nada o fingían no saber; en cualquier caso, la verdad logró eludir al Comandante y sus hombres el tiempo suficiente para que la pareja desaparecida se viera sometida a la terrible imaginación de sus captores.

Una semana después, apareció en una zanja, en la carretera a Puebla, el cuerpo de Samantha; el estado en que se encontraba es difícil de describir sin recular, por miedo a que la imaginación visualice siquiera los detalles más generales de lo que le hicieron.

Sin embargo, de su aparición nació la esperanza de encontrar a Santiago, pues Gutiérrez reconoció en el cadáver las señales de una mente que recordaba de años atrás: las marcas que presentaba la difunta en todo su cuerpo formaban patrones, tanto temporales como espaciales, que indicaron al Comandante, sin duda alguna, que el perpetrador era uno de los perros de Pech.

Sin perder más tiempo, Gerardo envió a sus hombres a vigilar a los dos coroneles mientras él revisaba, entre sus archivos, los reportes de actividades que se habían registrado sobre ellos.

Encontró pronto discrepancias entre las acciones reportadas y los registros de asistencia de las últimas dos semanas, en el caso de Matías Lamilla, mientras que su colega, René Salvan, presentaba un registro normal, sin eventos destacables.

La idea de que actuaran por separado llevó a Gutiérrez a concluir que las Rémoras habían encontrado un nuevo dueño, una aleta grande bajo la cual ocultarse de las deudas que tendrían que pagar en algún momento de su existencia.

El Comandante sintió un alivio ligero, tan breve que ni siquiera pudo saborearlo, pues todavía faltaba encontrar la casa de seguridad donde tenían a Santiago, si es que seguía vivo; la probabilidad era muy pequeña, pero era imposible apagar por completo la llama de la esperanza.

Tres días más adelante, cuando se cumplían diez desde la desaparición forzada, Fermín siguió a Matías a un domicilio sospechoso donde pasó cerca de tres horas. El lugar era una casa en la zona oriente de la ciudad, que originalmente había sido de una sola planta, pero la habían ido modificando hasta crear cuatro niveles. Las ventanas de todos los pisos estaban cubiertas con plástico opaco, lo que evitaba mirar al interior.

Ferro reportó el hallazgo al Comandante, quien de inmediato puso manos a la obra y preparó un grupo de asalto para rescatar a Santiago.

Esa misma noche, habiendo confirmado el retorno de Lamilla al lugar, Gutiérrez y sus hombres entraron por la fuerza y encontraron al coronel preparando una transfusión de sangre para un Santiago que había sido mutilado, torturado de muchas formas y, lo peor, se le había negado el descanso, pues su captor lo mantenía vivo, con la conciencia apenas suficiente para sentir el dolor que le provocaba.

Gerardo golpeó a su enemigo hasta sangrarle los nudillos, luego lo arrastró a un baúl que había en la misma sala y lo metió ahí. Lo mantuvo vivo durante cuatro semanas, sin dejarlo salir ni un momento, alimentándolo por vía intravenosa.

Lo visitaba tres o cuatro veces por semana para contarle lo que sucedía en el mundo exterior, cómo su esposa y sus hijos lo habían dado por muerto y ella, sin perder tiempo, dormía en su propia cama con el amante que había tenido durante los últimos años.

Un buen día, quizá por cansancio o mero aburrimiento, dejó de ir, por lo que nadie renovó la sonda que alimentaba al coronel y éste, sin poder moverse, murió de inanición y múltiples infecciones, varios días después.

Santiago no sobrevivió la primera noche en el hospital. El médico que lo trató consideraba que sus heridas podrían haber sanado, con mucho trabajo y cuidado, pero su mente se encontraba en tan mal estado que no le quedaba más voluntad de vivir. Para Alicia, el golpe fue tremendo; sólo pensar en lo que sus amigos habían sufrido la hizo caer en una depresión profunda que la mantuvo en cama durante casi dos semanas.

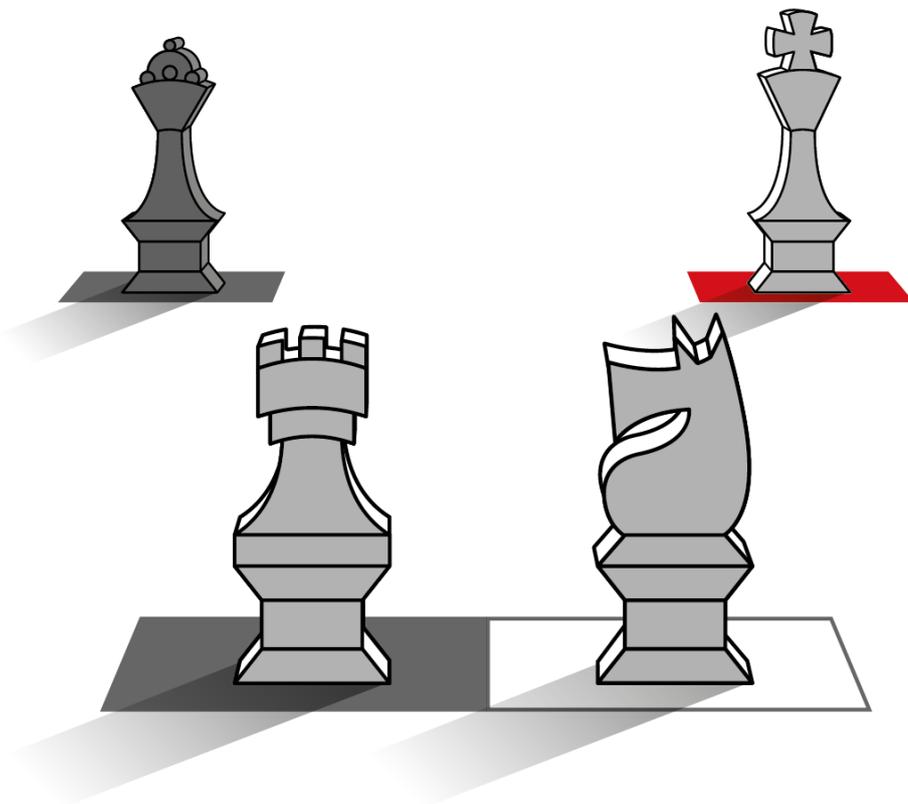
Alberto, por su parte, aprovechó el tiempo para idear un plan que ayudara a garantizar su seguridad y la de su pareja. Llegó a un acuerdo con el Comandante Gutiérrez, donde él se comprometía a hacer todo lo que estuviera en su poder para mantenerlos seguros a los dos, aunque Lujano evitó decirle cuál era el siguiente paso que daría, junto con Alicia, para consolidar su posición como líderes de la Coalición.

Pasó más de un mes, en el que Gutiérrez y Fermín continuaron investigando los sucesos relacionados con Lamilla y su casa de seguridad. Conforme se iban aclarando detalles y encontraban hilos que los guiaban a través de múltiples casos de secuestro, se acumuló en los archivos del Comandante y, sobre todo, en su mente, una cantidad terrible de nombres, fotografías, familias destruidas por la tragedia que ese sujeto les había impuesto sin un ápice de consideración, ni respeto.

Sin embargo, había en las actividades de los días cercanos al fallido rescate de Santiago, algo que le parecía sospechoso a Gerardo, y era la división entre Matías y René, su inseparable compañero, quien en ese periodo se encontraba de licencia, fuera de la ciudad.

Trató de no enfocarse de más en ese solo hecho, pero cuando Ferro le confesó que se tardó tres días en rastrear a Lamilla debido a que los coroneles siempre estaban juntos y, sólo cuando Salvan se ausentó pudo acercarse lo suficiente para seguir al otro, la sospecha se tornó en duda: ¿Acaso alguien había movido las piezas para mostrarle el camino? ¿El nuevo amo de los perros había sacrificado a uno de ellos? ¿Por qué?

VIII
El precio del porvenir



El precio del porvenir

El Ajedrecista miró fijamente los ojos de su oponente, que se había quedado paralizado antes de efectuar su jugada y miraba las piezas en el tablero, como si imaginara lo que podría hacer para salir del predicamento en el que se encontraba.

La expresión de Alberto Lujano mostraba frustración y una inteligencia que trabajaba a su máxima capacidad para desenmarañar el misterio en las palabras del viejo; no porque hubiera algo oculto en el mensaje, sino porque se negaba a creer que ese hombre supiera tanto como afirmaba saber.

El anfitrión de la reunión bebió de un sorbo la bebida que quedaba en su vaso, se levantó y anduvo hasta el carrito con las licoreras y botellas; se sirvió un poco más y regresó a su silla, pero en lugar de sentarse, miró a su alrededor, a las mesas que estaban repartidas por el amplio espacio, iluminadas apenas lo suficiente para distinguir los tableros y sus piezas. Bebió con ojos entrecerrados y suspiró profundo.

—¿Sabes cuáles son los jugadores con los que suelo tener más problemas, Alberto?

Volteó a ver al joven, más por cortesía que por esperar una respuesta. El otro seguía petrificado, con el ceño fruncido.

—Claro que no lo sabes —Se respondió a sí mismo el Ajedrecista-. No tienes idea de nada sobre mí, a diferencia de todo lo que yo conozco sobre ti.

Hizo una pausa, bebió un poco más y continuó.

—Los oponentes que mayor riesgo representan para mí son los que están dispuestos a ganar a cualquier precio; son esos individuos que no se detienen ante ningún obstáculo, que sacrifican todo con tal de hacer caer a mi rey.

Bebió otro sorbo y mantuvo el vaso cerca de su boca; miró hacia arriba, a la oscura nada.

—Es cierto que muy pocos han logrado vencerme. Los reyes negros vencidos que puedes encontrar en esta sala fueron derrotados por personas que no sólo estaban comprometidas con sus objetivos, sino obsesionadas con ellos, casi al grado en que les consumen —Su semblante mostraba pesadez, pero por un momento se recuperó-. Por supuesto, también hay que considerar otros factores, como su habilidad para el juego y, en algunos casos muy particulares, una ligera inclinación de mi parte por ayudarles, cuando resultaba conveniente. Sin embargo...

—¿Qué es exactamente lo que quiere de mí?

El Ajedrecista se había dejado llevar por sus pensamientos en voz alta y, por un instante, le sorprendió escuchar a Alberto; volteó a verlo y encontró que su mirada seguía clavada en el tablero.

—¿Disculpa?

—Necesito que me diga exactamente lo que quiere cobrarme.

—¿Ya moviste?

Lujano levantó la mirada despacio, y habló como si su voz viniera de un sitio profundo.

—Ya tuve suficiente de este juego. Dígame las cosas como son.

—Mueve.

El viejo, que se había alejado unos pasos de la mesa, volvió a su silla mientras bebía con calma; puso una mano en el respaldo y, con la que portaba el vaso, señaló las piezas.

—No es una pregunta, Alberto, ni una petición. Juega tu turno.

—Es una pérdida de tiempo. Dígame lo que quiere, para dárselo y seguir con mi vida.

—Tal vez crees que tienes algo con qué amenazarme o algo que yo necesito de ti; te imaginas que hay alguna pieza de información que desconozco y puedes darme, ya sea para sacarle algún provecho o, sencillamente, porque soy un sádico morbosos.

Hizo una pausa, bebió sin quitarle la mirada de encima al joven, que hizo ademán de levantarse, pero el Ajedrecista continuó.

—Estás muy equivocado, Alberto. No tienes nada. Aquí y ahora no tienes ningún poder sobre la situación. El control que ejerces allá afuera se quedó del otro lado de esa puerta —El Ajedrecista señaló la entrada detrás del joven—. Lo que quiero como compensación por mis servicios es que me cuentes una historia. Una anécdota de tu trepidante camino hacia la silla presidencial.

Alberto se encontró acorralado, cautivo en una trampa que no entendía por completo; apretó los puños y gritó.

—¡Usted no puede tenerme aquí, perdiendo el tiempo por un simple capricho!

¡Tiene que darme lo que necesito para consumir la revolución o todo se va a ir a la mierda!

El Ajedrecista vació su vaso de un trago y lo bajó con fuerza, hasta impactarlo contra la mesa; el ruido generó un eco que hizo callar a Lujano.

—Puedo tenerte aquí todo el tiempo que considere necesario, Alberto. Tu revolución no significa nada para mí; mucho menos, las amenazas y los reclamos que puedas hacer. ¿Qué tienes a tu favor en este lugar? Dime, ¿me vas a denunciar, acaso?

Al escuchar esto, el joven se levantó, sus puños y dientes apretados; sus ojos eran navajas. El viejo hizo a un lado su silla y apoyó las manos en la mesa.

—Mueve.

Alberto apretó más, la piel de sus nudillos palideció ante la presión.

—¡Mueve!

El Ajedrecista gritó con voz imponente. El otro cerró los ojos, rechinó los dientes. Finalmente, jaló la silla y se sentó. Movié un peón. El anfitrión se sirvió de nuevo y tomó asiento una vez más; su expresión se tornó amigable.

—Siempre obtengo lo que quiero, Alberto. Siempre. ¿Quieres saber por qué? Porque conozco a la gente mucho mejor que ellos mismos. Sé que suena trillado, pero es la verdad. Cuando tienes tanta información sobre lo que hace una persona es posible identificar los extremos a los que está dispuesta a llegar para lograr sus fines. Hay un punto en que superas, incluso, lo que alguien está dispuesto a admitir sobre sí mismo, porque la mayoría de la gente es cobarde; sus principios son débiles, carecen de cimientos y renuncian a sus convicciones al encontrar los primeros obstáculos. Es fácil manipularlos; son el tipo de oponente que se derrota solo, antes de iniciar la partida.

Apoyó los codos en la mesa, bebió y continuó.

—Hay otros, en cambio, que apuestan sin pensar; esos son otra cara de la misma moneda: también son cobardes, por eso se juegan todo lo que tienen en una sola mano, pues le tienen más miedo a ganar que a perder. No sabrían cómo lidiar con el éxito, así que juegan a la derrota, a la miseria. Son incapaces de aceptar una responsabilidad, de cargar con el peso de sus decisiones, y esperan, contra toda esperanza, nunca obtener lo que quieren, porque entonces tendrían que vivir con las consecuencias.

Alberto se relajaba lentamente, parecía que las palabras lo calmaban. El Ajedrecista movió, por fin, pero siguió hablando.

—Ninguno de esos jugadores me interesa. Los que aprecio son los demás, los pocos que quedan; los que tienen siempre el objetivo a la vista y no se desvían por ninguna razón, que siguen adelante con todo y lo que viene después. Son ellos los que, como tú, mueven al mundo; los verdaderos agentes del cambio. Deberías estar orgulloso de ser parte de ese grupo.

El último comentario sonó sarcástico, pero cuando Lujano miró al viejo, le pareció que era sincero.

—No soy tu enemigo, Alberto; sé que en este momento debes sentirlo así, pero sería un error pensar en mí de esa forma. Lo que busco no es destruirte ni hacer que fracasases en todo lo que has estado construyendo durante estos años.

—¿Entonces?

La voz de Lujano sonaba cansada, opaca, mientras que el tono del viejo era paternal.

—Admiro todo lo que has logrado, pero sobre todo, lo que has sacrificado en el camino. Encuentro impresionante tu apego a tus convicciones, pero hay una

cosa que me incomoda del punto en el que te encuentras ahora mismo, algo que considero inapropiado, incluso obsceno y contraproducente para el futuro que dices querer, tanto para este país como para su gente.

—¿Qué cosa?

—Que quieres gobernar.

La simpleza de la afirmación le cayó de sorpresa al joven, que se había resignado a escuchar otro discurso extenso.

Alberto dudó unos segundos. Le parecía una broma a destiempo, una tontería inoportuna. Le fue difícil responder sin insultar la inteligencia de su interlocutor.

—Pues más que querer, lo que sucede es que no hay nadie más.

El Ajedrecista se echó hacia atrás en su silla, sonriendo.

—Sé de al menos dos personas más indicadas que tú para tomar la silla, Alberto; dos individuos que tienen la misma voluntad y han trabajado tan duro como tú, en favor de la misma justicia que buscas. Tal vez te imaginas de quién hablo.

Lujano pensó un poco antes de responder.

—No estoy seguro de quién habla, pero el hecho de que soy yo el que está aquí es prueba de que nadie más podría tomar mi lugar.

—Pero claro que podrían y, en mi opinión, lo harían mucho mejor que tú.

—¿Por qué?

—Precisamente por la misma razón que te encuentras aquí en lugar de ellos: por las decisiones que has tomado, que muestran quién eres en realidad.

—Usted no sabe quién soy, no tiene idea de lo que he tenido que hacer para llegar aquí.

—Pero la tengo, Alberto. Sé mucho más de lo que te imaginas, hasta el detalle más insignificante. Conozco las formas en que torturaron a tu amigo Santiago, cuántas veces violaron a su esposa sólo porque la encontraron por casualidad, durmiendo, supuestamente segura en su propia casa.

La respiración de Lujano, que se había normalizado, de nuevo se aceleró.

—Sé quién les hizo daño —Siguió el Ajedrecista-, incluso sé qué les sucedió a todos los involucrados y dónde se encuentran en este momento. También sé que la llamada que los denunció salió de tu celular, una hora antes de su desaparición.

Alberto apretó las manos sobre sus rodillas; cerró los ojos, impotente.

El viejo, consciente de lo que provocaba, insistió.

—¿Cuál es el problema que tengo contigo? ¿Por qué no debes gobernar? La respuesta es muy sencilla, Alberto: eres un monstruo.

Hubo una pausa. El Ajedrecista se inclinó hacia adelante, puso los codos sobre la mesa y juntó sus manos, entrelazando los dedos. Lujano, temblando, habló con la garganta apretada.

—¿Cómo sabe todo eso?

El viejo negó con la cabeza, decepcionado.

—No pierdas el tiempo con preguntas tontas, Alberto. ¿Cómo sé eso? ¿Cómo sé todo lo que sé? Es mi trabajo. La única razón de mi existencia es saberlo todo, no importa cómo. Lo que realmente importa en este momento es lo que puedes decirme.

—¿Qué quiere que le diga?

—Háblame sobre ustedes, Alberto. Cuéntame sobre la última discusión que tuviste con él antes de que decidieras entregarlo a tus enemigos. Explícame lo

que sentiste después de colgar el teléfono, sabiendo lo que sucedería con Santiago y Samantha; porque estabas consciente de lo que les iban a hacer, ¿o no? ¿Vas a fingir que no conoces la forma en que se comportan esas personas en estos casos?

El rostro de Alberto se apagó por completo, las cuencas de sus ojos se sumergieron en la penumbra de una luz que recortaba sus contornos con precisión. Alrededor de sus rodillas, sus nudillos estaban blancos.

Después de la reunión que Santiago y Alberto tuvieron con el Comandante Gutiérrez, los desacuerdos entre los disidentes se agravaron gradualmente, hasta forzar una pausa en algunas actividades del Movimiento. Pospusieron varias reuniones con grupos importantes, ya que les era imposible presentar un liderazgo unido.

Alicia, a quien mantuvieron fuera de la jugada todo ese tiempo, percibía las fricciones como un pleito entre amigos, por lo que decidió ignorarlos y trabajar lo mejor posible en los planes originales de la Coalición; por su cuenta, llevó a cabo acciones que muchos consideraron vitales para salvar alianzas y mantener el impulso durante ese periodo.

Lujano y Reddell, por su parte, estaban tan sumergidos en sus discusiones que no se dieron por enterados ni se les ocurrió valorar en ese momento el papel de ella en el Movimiento.

Santiago se oponía categóricamente a la inclusión de Gutiérrez en la estrategia de la Coalición, alegando que era lo equivalente a ir al ministerio público y declararse los líderes que trataban de derrocar al gobierno. En su opinión, lo que debían hacer era seguir adelante con los planes de una revolución

pacífica, una resistencia popular que, por medio de su peso social y económico, a través de huelgas, marchas y otras manifestaciones que afectaran tanto la economía de la iniciativa privada como la viabilidad de la vida pública, hicieran recapacitar al gobierno sobre su papel en el desarrollo del país.

Era una intención noble, pero Alberto pensaba que jamás funcionaría porque, de hecho, habían pasado décadas de marchas y manifestaciones pacíficas que, en el mejor de los casos, terminaban por ser ignoradas. Estaba de sobra hablar sobre los peores escenarios que, en la actualidad, son del dominio público.

La idea de Lujano, que pensaba con rapidez y era capaz de adaptarse a las situaciones más adversas, era aceptar la prueba de buena fe del Comandante, que podía haberlos entregado en cualquier momento; esto les permitiría forzar una conclusión contundente para el juego, ya que tener de su lado a un hombre tan cercano a la presidencia representaba la posibilidad de implementar una estrategia mucho más agresiva.

Las implicaciones de este pensamiento eran polémicas, cierto, pero las acciones drásticas podrían resultar más efectivas y, en los casos más optimistas, representaban un uso mínimo de violencia, que no pondría en riesgo la vida de la gente.

—¡Tiene todas las ventajas del mundo, Santi! —Trataba de convencer Alberto a su amigo- ¿Por qué no puedes verlo así? Lo que tú propones toma mucho tiempo y, en la situación en que nos encontramos ahora mismo, eso puede significar décadas enteras.

Esa noche, los dos líderes del Movimiento se encontraban en una oficina que habían rentado tiempo atrás, para trabajar sin riesgo de relacionar su vida personal con las actividades de disidencia.

El espacio era modesto, con un vestíbulo y cuatro oficinas pequeñas, una para cada uno de ellos, y la última como sala de juntas, aunque poco a poco se fue llenando de manifiestos, panfletos, periódicos, cartas, hojas con firmas y muchos otros documentos relacionados con sus actividades.

Se acercaba la medianoche; ellos discutían en el vestíbulo, en flancos opuestos de una mesa de plástico sobre la que había una cafetera grande y un par de tazas a medio llenar, de las que bebían de forma intermitente.

Santiago estaba recargado contra la pared, cerca de la cafetera, mientras que Alberto se balanceaba ligeramente al hablar, de atrás hacia adelante, conforme sus argumentos y su tono de voz se volvían más asertivos o interrogantes.

—Pues sí, toma décadas —Respondió Santiago-, pero garantiza que toda la gente, o la mayoría, estarán bien; que disfrutarán de una vida digna y libre del miedo que vivimos hoy. Por eso vale la pena invertir tanto tiempo.

Reddell hablaba con voz conciliadora. Lujano se frotó la frente, frustrado.

—¡Pero si tenemos la solución a la mano, Santiago! Lo que Gutiérrez puede ofrecernos va mucho más allá de lo que jamás nos atrevimos a imaginar.

—Eso es justo lo que me preocupa: que ni siquiera podemos imaginar qué sucederá si lo incluimos en nuestros planes; mucho menos si planeamos cosas nuevas con él.

—Podemos ver resultados este mismo año, Santi. Podemos cambiar las cosas ya, empezando ahora, con una estrategia que le pegue directamente al

gobierno, que no sólo sacuda la estructura del poder, sino que la fracture y con esto se venga abajo gran parte de la pila de basura, de un solo golpe.

Había fuego en los ojos de Lujano, sus mejillas estaban rojas por una ebriedad emocional, inducida por la ilusión del éxito.

—Estamos —Siguió Alberto- al borde de una decisión que puede hacer realidad todo lo que hemos soñado para la gente, para esta nación por la que tanto hemos luchado, y...

—Para nosotros —Lo interrumpió Santiago-. Eso es lo que ibas a decir, ¿no? Que también es lo mejor para nosotros porque nos permite disfrutar en poco tiempo el fruto de nuestras acciones.

Alberto miró a su amigo con reproche.

—¿Y eso está mal, Santiago? ¿Es un error querer recibir algo, disfrutar de la bonanza que ayudamos a construir?

—¡Pero es algo que aún no existe, Alberto! No hay nada todavía, nada de qué sentirnos orgullosos; nada que presumir ni qué mostrar a la gente, como para decir que hemos tenido éxito en nuestra campaña. Llevamos años trabajando, organizando, conciliando y convenciendo a muchas personas de que juntos podemos cambiar las cosas. En todo este tiempo hemos tenido discusiones, sí, pero nos hemos puesto de acuerdo porque tenemos bien claro lo que significa nuestra lucha, ¿o ya se te olvidó? ¿Ya dejaste de creer que lo correcto es luchar por el futuro?

Lujano se llevó las manos a la cintura y bajó la mirada, algo avergonzado.

— “Para todos, todo; para nosotros, nada”. ¿No era esa la idea?

Santiago hablaba en tono de súplica; temía perder a su mejor amigo, a su hermano de múltiples batallas, por una situación que consideraba innecesaria. Se irguió y se acercó despacio a él, mientras hablaba.

—¿Qué pasa con eso, Alberto? ¿Lo olvidamos, así nada más? No creo.

Debemos ser pacientes. Siempre supimos que las cosas llevarían tiempo, que un cambio real no se efectúa de la noche a la mañana y, en el caso de un país con más de cien millones de habitantes, la cosa toma muchísimo más que unos cuantos años. Desde el principio nos hicimos a la idea de que podríamos morir antes de que el cambio se consumara, pero estuvimos de acuerdo en hacerlo de esta forma porque es la única vía para lograr una impresión profunda en la gente, en los grupos que hoy nos siguen, porque confían en nosotros; ponen sus ideales, su tiempo, su futuro en nuestras manos, y eso nos hace responsables. No podemos traicionarlos de esa forma, tomando una ruta fácil, que sólo va a tener un efecto superficial. Por favor, Alberto, date cuenta; abre los ojos y mira todo lo que estás poniendo en riesgo.

Santiago puso su mano en el hombro de su amigo, le sonrió con confianza, con esperanza.

—Un país no se cambia en un día, por más que queramos que suceda. Un país se construye con su gente, y la gente necesita tiempo para entender y aceptar el cambio; para educarse y, con ello, corregir lo que nos ha traído a la ruina.

Paciencia, Alberto; tenemos que calmarnos y hacer bien las cosas, porque de nosotros depende todo.

Satisfecho con sus palabras, Santiago imaginó que su mensaje había penetrado en el espíritu del otro, que mantenía la cabeza abajo y seguía muy serio. El silencio entre ellos se prolongó más de lo que resultaba cómodo.

Alberto levantó por fin la mirada y la clavó en los ojos de Reddell; puso su mano sobre el brazo ajeno y lo apretó, con cariño.

—De verdad eres mejor hombre que yo, Santiago. Te admiro muchísimo por la forma en que te comprometes con la causa y agradezco la oportunidad de estar en esto contigo, de haberte encontrado en el momento que más lo necesitaba.

Las palabras sonaron sinceras, hicieron sonreír a Santiago. Alberto continuó.

—Eres un ser extraordinario, con una claridad mental envidiable. Sé que tienes razón y lamento hacerte dudar de mí. Sé que lo que digo puede sonar impulsivo, pero creo que, tarde o temprano, tendremos que dar un paso contundente; nos vamos a enfrentar a una decisión drástica entre cruzar la puerta a la victoria o renunciar a todo.

Santiago bajó su brazo, Alberto retrocedió y se abrió una vez más una brecha entre ellos.

—Esa puerta puede estar tan cerca o lejos como sea, pero el hecho es que existe y en algún momento la vamos a encontrar. Entonces, vamos a enfrentarnos a una encrucijada y tendremos que mostrar de lo que estamos hechos, con la desventaja de que nos va a tomar por sorpresa y no vamos a estar preparados.

La postura de Alberto, que se había achicado durante el monólogo de Reddell, cambió de pronto: se volvió amplia, asertiva, como cuando se encontraba ante un público grande.

—Gutiérrez representa la posibilidad de adelantarnos a los hechos, blindarnos ante muchas amenazas que conocemos y otras que no; además, implica añadir un elemento de refuerzo a nuestra estructura, no como una forma de ejercer

coerción o fuerza sobre la gente, sino para tener un punto de apoyo, una palanca que nos permita dar pasos con mayor seguridad y firmeza, conforme nos acercamos al objetivo del movimiento.

Santiago se llevó una mano a la barbilla, pensativo; meditó unos segundos sobre las palabras de su amigo, que sonaban coherentes, inspiradas, pero el problema era más profundo. Alberto era un gran orador, en eso estaban de acuerdo todos los que llegaban a conocerlo, y era esta característica la que lo había llevado a tomar la palabra al inicio y al final de todas las reuniones entre grupos activistas y voluntarios.

Su elocuencia y carisma le permitían persuadir con facilidad, por eso Santiago era muy cuidadoso cuando hablaba con él, y se tomaba el tiempo que fuera necesario para considerar todos los ángulos de su argumentación; temía llegar a una conclusión incorrecta si se dejaba influenciar por lo emocional de los discursos de su amigo.

Cuando habló, lo hizo con aplomo, como se le habla a un socio comercial sobre una decisión final.

—Tus palabras son persuasivas, Alberto, como siempre. Sabes manejar muy bien tus argumentos para moldear el mensaje que deseas comunicar, pero por eso mismo omite aspectos clave que debemos considerar para tomar una decisión. Ocultas el futuro detrás del brillo de las acciones presentes, y eso es lo que me preocupa.

Hubo una breve pausa en que Santiago pasó saliva. Era evidente que le pesaba lo que estaba diciendo, que necesitaba un momento para aceptar sus propios pensamientos antes de externarlos.

—Me preocupa que te dejes llevar por una ambición desmedida, que te guste tanto esta situación en la que vivimos, que la veas como un juego que debes ganar a como dé lugar y, por eso, te olvides de lo que significa esta lucha. Me asusta pensar que nunca dejarás de querer más y pondrás en riesgo las cosas por las que estamos peleando. Eres muy ambicioso, Alberto, y está bien pensar en grande, buscar la forma de mejorar y crecer, pero hay un punto en el que se vuelve peligroso para la gente que te rodea.

Santiago calló de nuevo, afectado por sus propias palabras y la expresión oscura de su amigo, que le preguntó, con voz fragmentada.

—¿Crees que sería capaz de hacerte daño, o a Alicia?

Las palabras lastimaron a Santiago, que hizo ademán de acercarse a Lujano, pero algo invisible lo mantenía a distancia.

—¡No! Claro que no. Es sólo que eres impulsivo. Creo que a veces tienes tantas ganas de lograr tus objetivos, que pierdes de vista el cuidado que debemos tener al lidiar con gente como Gutiérrez. Es un hombre peligroso, violento, que si bien estuvo del lado del pueblo en un momento de su vida, hoy trabaja para los representantes del poder contra el que estamos luchando. Sé que suena bien una alianza con un agente del gobierno, pero ése es el problema: suena demasiado bueno, y tú sabes que cuando algo parece ideal, normalmente es un engaño. Es un riesgo que no podemos tomar en este momento. Hay muchas cosas, muchas personas que esperan que tomemos las decisiones adecuadas; que necesitan que seamos inteligentes, y no podemos fallarles.

La postura de Alberto colapsó con estas últimas palabras, sus hombros hundidos decían que por fin se había rendido. Santiago se relajó un poco, pero aún le era imposible acercarse. Lujano asintió, al principio con sutileza.

—Tienes razón —Dijo Alberto, con un hilillo de voz-, es un riesgo muy grande y no es lo más conveniente en este momento. La situación no amerita esto.

Alberto extendió su mano hacia su amigo, que la estrechó con fuerza y aprovechó para acercarse, por fin, y abrazarlo. Lujano respondió con la mirada perdida, opaca.

—Gracias por aguantarme estas semanas —Lujano hablaba desde el corazón-, sé que he estado bastante insoportable.

—Tienes la cabeza dura, ¿qué le vamos a hacer?

Santiago rio, Alberto sonrió con pesadez. Se separaron y Reddell resopló, contento, como si respirara por primera vez en mucho tiempo. Miró su reloj, pasaban ya las doce y media de la madrugada.

—Uf, ¡Samantha me va a matar!

—Sí, ya es tarde.

—¡Mucho! ¿Te molesta si salgo corriendo?

—No, para nada. Yo apago y cierro aquí, no te preocupes.

Santiago tomó su abrigo y su maletín, y salió de la oficina; estaba contento y sorprendido, pues por primera vez había ganado en una discusión con su amigo.

En el tablero, la partida entre Lujano y el Ajedrecista avanzaba, con eliminaciones en ambos lados, pero nada que señalara una jugada decisiva. Ambos jugadores parecían tranquilos, siguiendo estrategias discretas. El viejo

bebió un poco de su vaso; sonreía, mientras que su oponente miraba las piezas en silencio.

—¿Qué hiciste entonces? —Preguntó el anfitrión- Dime, ¿qué fue lo primero que te pasó por la mente cuando te quedaste solo?

Alberto estaba inmóvil, su expresión rígida, fría; el miedo se había desvanecido por completo; su postura indicaba que se negaba a moverse, a mostrar ningún sentimiento, por insignificante que pudiera ser. Cuando habló, lo hizo de manera mecánica.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Vamos, Alberto, ¿con quién crees que estás hablando?

—Es verdad. No pensé en nada particular cuando Santiago se fue de la oficina. Me quedé de pie, mirando la puerta que se había cerrado detrás de él, y mi mente se quedó en blanco.

Hizo una pausa, bebió un sorbo de su vaso e hizo un gesto. Siguió.

—Santiago había dejado muy claro que no estaba de acuerdo con involucrar a Gutiérrez en las actividades del movimiento. Tenía miedo y buenas razones para tenerlo; nunca le reproché eso. Lo que me incomodaba era que no viera las ventajas.

—¿Qué ventajas?

—En palabras simples, Gerardo era la clave para siquiera pensar en un golpe de estado; su presencia significaba que podríamos contar con un brazo fuerte, un elemento que podía moverse en círculos a los que no teníamos acceso. Con él de nuestro lado, tendríamos ojos del otro lado de la cortina, por así decirlo; alguien dispuesto a tomar acciones contundentes en el momento que fuera necesario.

—Santiago no quería violencia —Intervino el Ajedrecista-, por más discreta que fuera la situación.

—¡Pero es inevitable! Todos sabemos cómo funciona el país en que vivimos. Santiago pretendía ser ingenuo, pero entendía la realidad a la perfección. El problema es que nunca fue capaz de aceptarla.

—Y lo mataste por ello.

Alberto sintió que se clavaba un puñal en su pecho, se encorvó en su silla; su rostro se deformó con un gesto de rabia.

—¡Yo no lo maté!

—¿No?

—¡No! Yo, lo único que hice fue...

Lujano se detuvo, el Ajedrecista comenzó a acorralarlo, tanto en el tablero como en la conversación.

—¿Qué? ¿Quitarlo del camino? ¿Tu amigo más cercano se había convertido en un estorbo para ti?

El joven enseñó los dientes, le tomó unos segundos tranquilizarse antes de hablar, muy bajo.

—Era mi único amigo.

—¿Cómo? Disculpa, no te escuché.

—Que era mi único amigo. Santiago no era “mi amigo más cercano”, sino el único que tenía. Él y Alicia eran mi mundo entero y no pasa un día, ni siquiera una hora sin que lamente haberlos perdido.

—Lamentas haberlo entregado.

—Lamento... Pensar que sería una solución temporal.

—¿Temporal? —El tono del Ajedrecista mostraba una duda sincera- ¡Lo entregaste a los lobos, Alberto! ¿Qué se supone que iba a pasar? ¿Lo iban a reprender, le darían un manotazo y lo mandarían a dormir?

—¿Qué quiere de mí? ¿Qué espera que le diga? ¿Debo confesar que planeé su muerte y estoy contento con que lo hayan torturado durante días? ¿Quiere escuchar que no siento nada por lo que Samantha sufrió? ¿Qué diablos espera?

—Quiero que aceptes las decisiones que tomaste, que me mires a los ojos en este momento y me digas que entiendes lo que le hiciste a tu único amigo; que dejes de pretender que no sabías lo que le harían.

Tras decir esto, el viejo movió un alfil y estableció un jaque; Alberto miró el tablero, se levantó y dio unos pasos detrás de su silla; se frotaba el rostro con las manos y resoplaba. Dio algunas vueltas entre la puerta y la mesa. Se detuvo de espaldas al otro, se llevó las manos a la cintura y negó con la cabeza; luego, dio media vuelta y volvió a su asiento, puso los brazos sobre la mesa y movió a su rey para ponerlo a salvo.

—Está bien, lo entiendo —Dijo, por fin-. Puedo aceptar, ante usted, un completo desconocido que parece haberme estado vigilando durante mucho tiempo...

—Años.

—¿Años?

—Sí. Más de los que te imaginas, Alberto.

El joven cerró los ojos y levantó una mano, como pidiendo un momento para no perder la calma; su estado mental se erosionaba con cada minuto. El viejo

cerró la boca y se recargó en la silla; accedió a dejar de presionarlo. Alberto tardó unos segundos más antes de continuar.

—Me fui de la oficina pensando en formas de convencer a Santiago, quería que viera lo mucho que podríamos lograr con Gutiérrez de nuestro lado, pero se me habían acabado los argumentos y él tenía razón; sus dudas y miedos tenían un buen fundamento. Salí a la calle y seguía en blanco. Caminé hasta mi departamento y encontré a Alicia despierta, trabajando en un nuevo panfleto que se repartiría en la siguiente reunión. Sé que se sentía ignorada porque Santiago y yo nos reuníamos varias veces por semana, pero nunca la citábamos; fueron días difíciles. Pero cuando la vi frente a la computadora, revisando el texto que acababa de escribir y que, seguramente, había reescrito varias veces en las últimas horas, recordé que lo importante no era yo ni lo que pudiera pensar Santiago.

—¿Entonces?

—Lo más importante... Lo único, era obtener resultados.

Alberto hizo una pausa, bebió lo que quedaba en su vaso, miró el tablero y señaló a sus monarcas.

—Aunque Santiago, Alicia y yo pareciéramos elementos imprescindibles; aunque imagináramos que nuestra presencia era lo que activaba a la Coalición, en realidad no éramos más que piezas en el tablero. Sin nosotros, alguien más podría tomar nuestro sitio.

—No todas las piezas son desechables —Interpuso el Ajedrecista-. El juego termina cuando el rey cae.

—Pero esa es justo la cuestión: ninguno de nosotros es el rey.

—¿Quién es, entonces?

—La causa.

El Ajedrecista rio. Le sorprendía la claridad y sencillez de la idea. Alberto se mantuvo serio, había un brillo discreto en sus ojos; su postura había cambiado, se notaba más seguro.

—Es en serio —Siguió el joven-. Sé que lo que digo suena trillado, pero es la verdad. El Movimiento no significaba nada sin la causa que lo había originado y, ni mi ausencia ni la de Santiago, ni la de Alicia, que motivaba tanto a la gente, podrían cambiar los logros. Era mi responsabilidad mantener el impulso, reforzar la posición de la Coalición para asegurar la consumación de la revolución, por cualquier medio posible.

—Entonces, Santiago sí era un estorbo.

—Santiago no caminaría con nosotros en la siguiente etapa porque le faltaba la voluntad necesaria para llevar algo tan grande a su conclusión. Sus ideas sobre un cambio pacífico y su fe en la gente no iban a llevarnos a ningún lado. La única forma de continuar era...

—¿Eliminarlo?

Alberto se quedó en silencio varios segundos. Apretó los puños.

—No tuve otra opción. Hice lo que tenía que hacer para...

Se detuvo. Miraba fijamente el tablero. Trató de tragar saliva, pero su garganta estaba completamente seca.

—Su muerte —Habló apenado, pero con convicción-, todo lo que sufrió.

—¿Qué hay de ello?

—Trato de darles un sentido.

El viejo abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Sentido? ¿Qué sentido podría tener tanto dolor?

Alberto respondió sin un ápice de ironía.

—Lo convertí en un mártir de la revolución, un símbolo de todo lo que está mal con este país; lo que queremos cambiar.

—Al menos, pudiste preguntarle si estaba de acuerdo.

—¿Preguntarle?

—O advertirle, como Dios cuando decidió sacrificar a su hijo.

—¿Se está burlando?

—Sí, un poco, pero también estoy hablando en serio. ¿Crees que era tu decisión asignar ese sufrimiento?

—¿Otra persona habría tomado la decisión? —Alberto negó con la cabeza y terminó, contundente- No hay nadie más.

El Ajedrecista miró con mucha atención a su oponente, lo medía de nuevo, rectificando el concepto que se había creado de él en un principio. Vacío su vaso de un trago e hizo retroceder una de sus torres. Se levantó y fue al carrito de las bebidas; volvió con el vaso lleno y se sentó de nuevo.

—Debo confesar, Alberto, que me sorprendes.

—¿A qué se refiere?

—Siempre había pensado que eras un niño cualquiera, un sujeto impulsivo, incapaz de controlarse ante la menor provocación. No me malentiendas, lo eres, pero una vez que dejas las excusas y aceptas tu realidad, puedes decir cosas bastante perturbadoras. Eres un cínico desgraciado.

—Lo único importante es la causa, ya se lo dije —Alberto hablaba con toda seriedad-. Nunca haría nada que pusiera en riesgo el objetivo del Movimiento.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Qué tal si tú fueras el riesgo?

Lujano ponderó un momento, sentía que su confianza en sí mismo se renovaba.

—¿Sabe lo que quiero lograr?

—¿Qué, Alberto?

—Quiero cambiar a México.

—¿Cambiarlo cómo?

—Una vez, Alicia y yo caminábamos por el centro y vimos cómo tres policías le propinaban una paliza a un vagabundo que trataba de dormir afuera de una estación del metro; nos acercamos y ella les preguntó por qué lo golpeaban. En lugar de responder, nos advirtieron que nos alejáramos de ahí y uno de ellos dijo: “Por eso, luego las violan”.

Hizo una pausa, el Ajedrecista sonrió con sorna. Alberto lo ignoró y siguió.

—Gente como esa, los agentes que supuestamente están para ayudar al público, para mantener seguros a los ciudadanos, son los primeros que están dispuestos a lastimarnos. El gobierno, las autoridades que no protegen nada más que sus propios intereses y los de aquellos a quienes deben favores, son animales que sólo entienden por la fuerza. El pueblo necesita orden, continuidad en sus vidas. El México actual es tierra de nadie. No hay contrato social que se respete ya; no hay sentido de comunidad.

—¿Y crees que puedes darle eso a la gente? ¿Crees que tú eres el indicado para lograrlo?

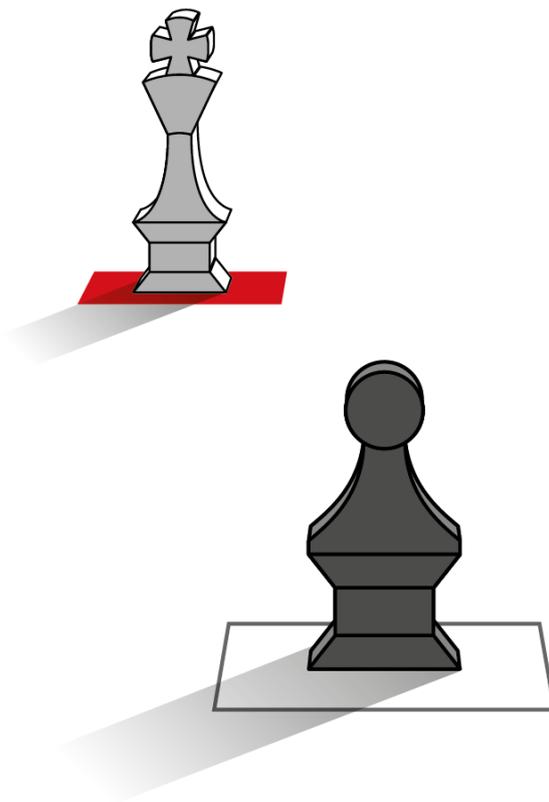
—Soy el único. No sé si sea el indicado, pero no hay nadie más.

—Siempre hay alguien, Alberto.

—No esta vez. Sólo quedo yo.

Lujano, seguro de sí mismo, movió a su reina a una posición ofensiva. El Ajedrecista sonrió. Comenzaba a disfrutar el juego.

IX
Ascensión



Ascensión

La madrugada avanzaba sin que me diera cuenta. La partida entre el Ajedrecista y yo había evolucionado de forma poco ventajosa para mí; él tomó mi segundo alfil y se echó hacia atrás en el sillón, yo estaba rojo por la frustración, incapaz de encontrar una forma de vencer.

Había intentado por todos los medios a mi alcance leer su juego, predecir sus movimientos y adelantarme a sus decisiones, pero él siempre lograba evadir mis trampas.

Crucé los brazos y pensé un buen rato, tratando de recobrar la calma y la voluntad de seguir jugando, hasta que por fin, en mi mente se dibujó una serie de movimientos que con seguridad me llevaría al triunfo, y todo comenzaba con un peón que usaría como carnada para el caballo que mi oponente se había negado a mover. Si lo obligaba a mover esa pieza, podría abrir su defensa e iniciar un ataque que me daría buen impulso.

Decidido, emocionado y, francamente, orgulloso por la estrategia que había diseñado, hice mi movimiento y sonreí, muy satisfecho. El viejo se inclinó hacia adelante para ver el cambio en el tablero, luego me miró un momento; se quitó los anteojos, sacó de su solapa el pañuelo que había usado antes y limpió los dos lentes con calma; los alzó y observó contra la luz de la sala, y se los puso de nuevo.

—Tengo hambre.

Dijo esto con total desfachatez, descartando con ligereza la derrota inminente a la que se enfrentaba. Sonreí, mi actitud altanera.

—¿Hambre, justo en este momento?

—Sí, ¿tienes algo que podamos cenar?

Era obvio que trataba de evadir el destino que le esperaba, así que le seguí el juego un poco más.

—Creo que tengo algo de jamón y pan, podría prepararle un sándwich.

—Suena bien para esta hora. ¿Tienes mostaza?

—Me parece que sí.

—Entonces, con mostaza, por favor.

—¿Y el juego?

—Puede esperar unos minutos, ¿o tienes alguna prisa?

Por un momento me pregunté si el sujeto trataría de mover algo en el tablero mientras me ausentaba. Lo miré con ojos entrecerrados, tratando de adivinar sus motivos, entonces recordé la situación en la que me encontraba y consideré que una partida de ajedrez podría no ser lo más importante para él, así que accedí.

—Está bien, vuelvo en unos minutos, pero nada de trampas.

Pronuncié lo último sin pensar, por mero impulso, y luego traté de disimular mi sorpresa; el viejo sólo rio, levantó su mano izquierda y dijo:

—No haré trampa, lo prometo.

Fui a la cocina y hurgué en mi refrigerador. Encontré suficiente jamón y pan para preparar dos emparedados, y por alguna razón había comprado jitomate

unos días antes, así que añadí algunas rebanadas, pero como no sabía si al invitado forzoso le gustaría, las coloqué a un lado, en el plato.

Cuando volví, lo primero que hice fue echar un vistazo al tablero, para asegurarme de que todo seguía tal como lo recordaba y, al notar que así era, en lugar de sentirme tranquilo me asaltó una sensación de haber actuado sin decoro.

Le ofrecí su plato, que miró como si fuera la primera vez que veía comida en su vida, y volví a mi asiento. Para mí, los sándwiches y el atún eran lo más cotidiano, en particular durante esa época, en que mi economía no daba para más. Sin embargo, para el Ajedrecista parecía ser un manjar o, quizás, el recuerdo de tiempos más simples, en que no tenía que preocuparse por las responsabilidades que en ese momento cargaba.

Lo vi tomar una rebanada de jitomate y llevársela a la boca, tras lo cual mordió su emparedado; su rostro se iluminó con una alegría casi infantil mientras masticaba.

Comimos en silencio unos minutos, en una especie de comunión donde vi, por un instante, mi futuro plasmado en el rostro de ese hombre, con sus cicatrices y arrugas, con la sonrisa de alguien que ha añorado durante mucho tiempo la sencillez de una noche sin preocupaciones, de un encuentro personal, libre de estratagemas y planes de acción.

Traté de imaginar lo compleja que debe ser la vida de un personaje que conoce todo lo que sucede tras los escenarios públicos; la responsabilidad que un trabajo así debía implicar y, sobre todo, los riesgos de bajar la guardia cuando se encuentra en una posición así.

En esa alegría momentánea, en esa sonrisa sincera lo vi realmente vulnerable por primera vez.

Terminé mi emparedado y dejé el plato en la mesa, junto al tablero del que me había olvidado durante ese rato; poco después, el viejo se llevó a la boca la última rebanada de jitomate. Mientras la saboreaba, me pareció oportuno interrumpir su momento de gozo.

—Le toca.

Me vio, terminó de masticar y pasó el bocado, luego miró el tablero y sonrió.

—¿Tienes prisa?

—Más bien, curiosidad.

—¿Quieres saber cómo vas a perder?

Me sonrojé, furioso, y crucé los brazos. Era imposible que superara mi estrategia. Estaba seguro de que la trampa que había preparado sería suficiente para abrirme paso hasta la victoria.

Estaba muy equivocado.

El Ajedrecista movió, en lugar del caballo que yo buscaba atraer, uno de sus alfiles, con lo que eliminó la carnada que había dispuesto.

—Después de eso, te quedan dos turnos —Dijo, con expresión neutra, y enfatizó levantando la mano con dos dedos erguidos-. Dos.

Vi mi plan entero caerse a pedazos en ese momento, a manos de un sujeto con el que un minuto antes había comulgado en paz, y que ahora me parecía de nuevo un enemigo.

Me di cuenta de que lo que sentía por el Ajedrecista se volvía complejo conforme pasaba el tiempo, quizás por la necesidad de generar empatía, como sucedía con las víctimas de secuestro.

Jugué mis turnos siguientes sin ganas siquiera de fingir interés en cambiar el curso de la partida; mi oponente hizo lo propio, mecánicamente, como si hubiera ensayado la escena cientos de veces, y mi rey cayó sin ceremonia. El viejo se levantó e imité su movimiento; por un momento sentí alivio, imaginando que su visita llegaba a su fin y podría ir a dormir. Una vez más, me equivocaba.

—¿Puedo pasar a tu baño?

La decepción me cayó pesada. Le señalé la puerta del sanitario bajo las escaleras a la planta alta y volví a sentarme.

En el tiempo que estuve solo, observé el tablero, tratando de averiguar cómo había perdido y si habría tenido alguna posibilidad de darle la vuelta al juego. Noté, después de varias repeticiones de la partida en mi cabeza, que todas las piezas del Ajedrecista se habían movido por lo menos una vez, excepto por el caballo más cercano al rey, que seguía montando guardia.

Después, pensé en Alicia Santana, por una suerte de azar, y la forma en que le habría afectado la muerte de Santiago. Me di cuenta de que la caída de Reddell había marcado un hito en la historia de la CIM, así como la carrera de Lujano.

Tomé mi teléfono y busqué información sobre el líder de la Coalición, pero no encontré nada nuevo; al parecer, seguía ausente y Fernando Arana se había negado a comentar más sobre lo que el día siguiente traería, tanto para el Movimiento como para el resto del país.

El Ajedrecista regresó, me vio dejar el celular a un lado y se sentó en el sillón, mirándome con suspicacia.

—¿Llamabas a alguien?

Lo miré, extrañado; en ningún momento se me había ocurrido pedir ayuda.

Cayó sobre mí la conciencia de mi aislamiento.

—No —Respondí—. Buscaba alguna noticia sobre Alberto Lujano y la Coalición.

—No vas a encontrar nada —Sonaba muy seguro-; al menos, no hasta después de que amanezca.

—¿Usted sabe lo que sucedió con él?

—¿Con Alberto?

—Sí.

—Sé... algo.

—¿Sabe dónde está ahora?

—No.

—¿Y Alicia?

—¿Qué hay de ella?

—¿Sabe quién la mató?

El viejo ponderó un momento, chasqueó los labios y alzó su taza vacía.

—¿Me regalas más café?

Me levanté, tomé la taza y fui a la cocina sin quejarme. Entendía que a ese hombre no había que apresurarlo. Cuando regresé, le entregué su bebida; él bebió un trago prolongado y luego, habló.

Dos semanas después del funeral de Santiago, Alberto y Alicia recibieron una invitación a cenar en casa de la familia Reddell. Al principio, ella pensó en no aceptar la invitación, pues se encontraba en plena depresión y le parecía que no sería la mejor compañía durante el evento; sin embargo, Alberto la

convenció con el argumento de que sería descortés con los padres de quien había sido el mejor amigo de ambos.

Además, le explicó, quizás habría más invitados, pues los Reddell se caracterizaban por realizar eventos sociales con frecuencia.

Alicia accedió. Sin embargo, esa noche se encontraron a solas con Fernando y Patricia Reddell, padres del difunto. Ninguno de los presentes se encontraba en el estado emocional adecuado para socializar sin tocar el drama que los había golpeado, en particular el padre, quien había pasado noches sin dormir, con una sola idea en su mente.

—Sé que —Dijo el señor Reddell, después de varios minutos de cenar en silencio-, para Santiago, ustedes eran los mejores amigos que pudo encontrar en su vida. Con ustedes compartió intereses que a mí, francamente, me parecieron siempre contraproducentes.

Con un corto movimiento de su mano señaló su casa; Alberto y Alicia miraron a su alrededor, era innegable la riqueza de la familia. Reddell continuó.

—Sé también en lo que están metidos y la influencia que han ido generando en el ámbito social. Tal vez no estén conscientes de ello, pero muchas bocas hablan de ustedes, aunque no sepan quiénes son; sobre todo, después de lo que pasó con... Lo que le hicieron a Santiago.

Se llevó una mano a la boca y apretó con los dedos, como si tratara de aguantar el llanto o una serie de maldiciones. Patricia tomaba la sopa en silencio, parecía indiferente; le pareció a Alicia que le temblaba la mano con la que sostenía la cuchara.

—Quiero que sepan —Siguió el padre-, ahora mismo, que aunque sus intenciones y los objetivos de mi negocio no son compatibles y, en algunos

aspectos se oponen directamente, en memoria de mi hijo, la familia Reddell les dará todo el apoyo que necesiten para lograr lo que buscan.

A los jóvenes casi se les cayó la quijada por la impresión. Lo que el señor ofrecía era por completo inesperado.

—Sin embargo, hay una condición.

Alberto y Alicia se miraron, ella dudaba, no le gustaría comprometer el futuro de la Coalición por quedar bien con nadie, en particular con actores importantes de la iniciativa privada, que podrían cobrarse el favor muy caro, en un futuro. A Lujano le pareció una tremenda oportunidad, que llegaba en el momento perfecto.

—¿Qué condición? —Preguntó, disimulando apenas su emoción-

—Una vez que lleguen a la posición que buscan, sea cual sea —La insinuación era muy clara-, tienen que usar todos sus recursos disponibles para encontrar a los que asesinaron a mi hijo.

Alicia miró su sopa, trató de comer un poco más, pero se le cerraba la garganta; Alberto palideció.

—Disculpe, señor —Comenzó Lujano-, pero no sabríamos por dónde comenzar.

Santana miró a la señora Reddell. Definitivamente le temblaba la mano, al grado que había dejado de comer; notó también que apretaba los labios.

—No seas ingenuo, Alberto —Fernando respondió, muy serio-, en este juego se hacen muchos enemigos. Algunos son fáciles de identificar porque te enfrentan abiertamente, pero hay otros que parecen estar de tu lado, incluso puede que ellos mismos lo crean, pero tarde o temprano ven la conveniencia de hacerte daño.

—¿Cree que fue alguien de la Coalición?

—Nuestra familia tiene contactos en lugares importantes, pero ninguno de nosotros tiene ojos en su organización, y es ahí el único lugar donde nos falta buscar.

—¿Qué piensan hacer? —Intervino Alicia- ¿Qué harán si descubren al culpable?

Fernando observó a la joven con lo que bien podría haber sido desprecio, aunque su tono mostraba una frialdad calculada.

—Lo que haría todo padre en mi posición, cobrarse la deuda incurrida.

Patricia soltó de pronto la cuchara sobre el tazón de sopa, se levantó.

—Si me disculpan, de pronto me siento indispuesta.

Con esto, salió del comedor a toda prisa. Alicia notó que la cuchara estaba doblada.

—Por favor, disculpen a mi mujer, aún está... —Reddell se detuvo, después corrigió- No, lo cierto es que ninguno de los dos ha terminado de procesar los hechos. Sé que lo que les propongo suena prematuro, que deberíamos lidiar con el duelo de una forma más digna, pero la realidad es que nada de lo que hagamos nos va a devolver a Santiago. Lo único que nos queda es asegurarnos de que esos desgraciados paguen lo que...

El nudo en la garganta del padre lo obligó a detenerse. Alberto intervino.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos para encontrar a los responsables, señor. Puede contar con nosotros.

Por debajo de la mesa, Lujano tomó la mano de Alicia, que respondió al gesto, aunque no estaba segura de las repercusiones que un trato así podría tener

para su futuro personal; mucho menos para el de la Coalición, que era lo que más le preocupaba.

—Gracias, muchachos —Repuso Reddell, parco-. Les aseguro que no se van a arrepentir.

Aunque hizo todo lo posible por mantener la compostura, los ojos de Fernando Reddell se humedecían, por lo que no dijo nada más. El resto de la cena transcurrió en silencio y, apenas tuvieron la oportunidad, los jóvenes se despidieron.

La promesa hecha por Alberto pesaba en la mente de Alicia; incluso cuando se fueron a la cama, ella soñó con las consecuencias, con su propio secuestro. Para él, la noche había sido un rotundo éxito, el pie ideal para poner en acción el plan que venía desarrollando desde la desaparición de su amigo. Era drástico, imprudente incluso, pero sería un paso decisivo para lograr la victoria. Le tomó unas cuantas semanas más, pero logró convencer a Alicia de que lo que debían hacer a continuación, para dar un revés a sus potenciales enemigos y, sobre todo, para impulsar desde una posición de mayor alcance a la Coalición, era salir a la luz como sus líderes.

La idea sonaba descabellada y muy arriesgada, pero el argumento a favor era que hacerlo así pondría en jaque a quienes quisieran hacerles daño, ya que tendrían la atención del público y, con esto, se protegerían al menos de las agresiones directas; por otro lado, mostrar un liderazgo concreto, con nombre y rostro, le daría un impulso importante al Movimiento, suficiente para atraer a más miembros y organizaciones interesados en participar en las actividades.

Alicia accedió sin saber que Lujano ya había agendado una entrevista que se transmitiría por diversas estaciones de radio por internet, pertenecientes a varios de los grupos afiliados a la CIM.

Así, cuando Alberto le pidió que se preparara para hablar ante el micrófono, su reacción fue intensa. Le reclamó que tomara esa clase de decisiones sin consultarla, que no era lo correcto hacer las cosas así, sin someterlo a votación del comité de la Coalición, y que si bien ellos habían fungido como mediadores y promotores de la unión de organizaciones, no tenían ningún derecho a ignorar la opinión de los demás.

Lujano la escuchó y le habló con firmeza sobre la necesidad de ser asertivos, argumentó que los grupos que transmitirían la entrevista estaban de acuerdo con el mensaje que darían y eso ya era un avance, pero no había tiempo para esperar a que se diera un consenso. Para él, era momento de dar el paso o quedarse estancados, y habían sacrificado mucho como para dejar de avanzar. Tras la discusión, ella fue a casa de su padre y pasó toda la noche pensando, hasta convencerse de que era la única forma de seguir adelante, de honrar la memoria de Santiago.

Al día siguiente, acudió a la estación y encontró a Alberto ensayando algunas de sus respuestas. Lo abrazó y besó profundamente, y entraron juntos a la cabina.

La entrevista duró cerca de dos horas, en las que los líderes de la Coalición hablaron por turnos, mostrando la infalible química que les permitía entenderse y complementarse, al grado de parecer que habían ensayado las respuestas a

todas las preguntas, tanto de los locutores como del público que los escuchaba.

La experiencia fue muy grata, excepto por el cierre del programa, cuando se les preguntó si había algún canal a través del cual la gente pudiera contactarlos para resolver las dudas que tuvieran sobre la CIM, sus objetivos y su ideología, a lo que Alberto respondió que la mejor forma de contactarlos y conocerlos sería asistir a la manifestación que tenían preparada para la semana siguiente, en el zócalo de la ciudad.

Al escuchar esto, Alicia abrió mucho los ojos y jaló a Alberto de una manga; él sólo le tocó la mano con la suya y le sonrió de una forma que lo hacía parecer diferente, ajeno. Los dos se despidieron del público y de los conductores, y salieron de la cabina. Él estaba muy contento, satisfecho, mientras que ella, al menos en su interior, revolucionaba tan rápido como podía para tratar de resolver el incendio que Alberto recién había iniciado.

El camino a casa transcurrió en silencio. Alberto conducía y, mientras lo hacía, recitaba frases exactas que había dicho durante la entrevista, especulando sobre las reacciones que tendría la gente ante su presentación; en ocasiones, le preguntaba a Alicia si le había gustado la experiencia. Ella se limitaba a responder con monosílabos, claramente molesta, pero sobre todo, incómoda por las implicaciones del anuncio que había hecho él sobre una manifestación inexistente; también estaba desconcertada por la sonrisa y la mirada que vio en él, como si se hubiese convertido en una persona distinta, o alguien lo hubiese sustituido sin que se diera cuenta.

Llegaron al departamento de Alberto, que ya era como casa de los dos, pues se sentían más seguros estando juntos, aunque la convivencia constante había ido desgastando poco a poco su armonía en lo relacionado con la Coalición. Ambos eran individualistas en extremo, requerían su propio espacio y tiempo para funcionar de manera adecuada.

Cuando entraron, Alicia fue directo al baño de la recámara y se metió a la regadera; él encendió la laptop para revisar las primeras reacciones posteriores a la entrevista, en las redes sociales. La mayoría de los comentarios que encontró dudaban de la veracidad de lo que habían declarado, algunos incluso acusaban que era una cortina de humo, que se trataba de un engaño elaborado para distraer la atención de lo que la Coalición realmente buscaba lograr.

Alberto había olvidado que internet es un espacio hostil, que muchas personas aprovechan para expresar lo más negativo que sienten, protegidos por el anonimato. Las palabras de la gente empezaron a herirle el orgullo, lo que a su vez le hizo prestar mayor atención a los insultos y las amenazas, hasta que no pudo más y cerró la computadora de golpe.

Se levantó del asiento, muy enojado, y fue a la recámara; al ver a Alicia tomando un baño, se desnudó y se metió con ella. La acarició e intentó besarla, pero ella lo ignoró, terminó de lavarse el cuerpo y salió. Furioso, Alberto lanzó su brazo para alcanzarla, pero falló y se quedó solo en el baño, paralizado y sorprendido de sí mismo.

“Mejor así”, pensó mientras respiraba profundo, y recapacitó sobre lo que había estado a punto de hacer. Recordó por un instante a Santiago y su rabia se

convirtió en reproche. Se quedó bajo el flujo de agua, temblando, hasta controlar sus sentimientos.

Cuando salió, la habitación estaba en penumbra y Alicia se había metido a la cama, aunque daban apenas las diez.

Alberto fue al armario y comenzó a vestirse para dormir, con la escasa iluminación que llegaba del baño. Escuchó detrás la voz de ella.

—¿Estás seguro de esto?

—¿Seguro de qué? —Respondió sin pensar, y añadió- No estás pensando en terminar, ¿o sí?

—No, no me refiero a nosotros. Estoy hablando de revelar nuestros nombres, salir en fotos y dar entrevistas.

Él ponderó la pregunta mientras andaba a la cama.

—Yo sé que da miedo que sepan quienes somos, que puedan venir y sacarnos de aquí, como si nada.

—No es eso —Alicia se notaba impaciente-. El riesgo siempre ha estado, lo sé bien, aunque no quisiera verlo. Ya viste lo que pasó con Santiago, y se supone que nadie sabía de nosotros. No sirvió de nada.

Se hizo un silencio, apenas podían verse. Alberto trató de consolarla.

—Vamos a estar bien, te lo prometo, pero debemos ser inteligentes y sacar la mayor ventaja de esto.

—¿De verdad crees que más gente se nos va a unir nada más porque nos expusimos así?

—Bueno —Alberto hablaba con suavidad-, al principio puede que no muchos, pero si hacemos más entrevistas, si nos activamos para poner a la CIM en el mapa, ya no sólo como una serie de manifestaciones ligeramente hiladas, sino

como un plan de acción por el cambio social, con personajes comprometidos al frente, o sea tú y yo; creo que las personas van a sentir algo positivo. Se van a inspirar.

De nuevo el silencio. Alicia se veía preocupada, incluso con la iluminación precaria era claro. Él, sentado en la cama, le acarició el brazo con suavidad, hasta llegar a su rostro; ella inclinó la cabeza un poco.

—¿Tienes mucho miedo?

—No... Bueno, sí, pero no sólo por lo que pueda pasarnos.

—¿Entonces?

—Me asusta mucho que esto nos cambie.

Alberto la miró, desconcertado.

—¿Cómo?

—No sé. No quiero que nos la creamos y empecemos a portarnos como si realmente fuéramos imprescindibles. No iniciamos esto para hacernos famosos ni ricos.

—Tienes razón, pero sí somos importantes, Ali, porque somos los que cargamos la antorcha. No somos la llama, pero vamos al frente y la gente nos sigue. Eso significa algo.

—Significa que somos responsables, Alberto, no que merecemos trato especial ni más atención de lo normal.

—¿Crees que quiero ser famoso?

—Creo que... que te gusta mucho la idea.

—¿Por qué lo dices?

—Por cómo te portaste en la entrevista, hablando mucho, con un tono de voz que no te conocía y, lo peor de todo, anunciando eventos que no están planeados, que ni siquiera yo sabía que íbamos a tener.

—¿Por eso estás enojada?

—¡No estoy enojada! —Alicia respiró profundo para tranquilizarse- Es... Es que no puedes hacer eso, Alberto. Si empezamos a improvisar ahorita, se nos va a caer todo. Tenemos que ir con cuidado.

Alberto se alejó, miró hacia otro lado.

—Hemos tenido cuidado durante años, Alicia. Es momento de acelerar las cosas y esta es la forma de hacerlo.

—¿Hablando por hablar? ¿Prometiendo una marcha cuando ni siquiera tuviste la cortesía de preguntarme si era posible?

—No, mostrándole a la gente que somos reales, que vamos en serio y no los vamos a dejar colgados a medio camino; que no buscamos un hueso ni nos conformamos con medidas tibias, como ha sido hasta ahora con otros. Tenemos que dar la cara y ser más valientes que el resto.

—Y eso está bien, ¿pero así, sin pensarlo? Es la misma cosa, a final de cuentas. Si nos aventamos sin un plan, nadie nos va a tomar en serio.

Él se quedó en silencio, frustrado. Ella siguió.

—¿Qué vamos a hacer si los grupos no están listos o si hay gente fuera de la ciudad? Y eso en el mejor de los casos, porque a muchos no les va a gustar; van a protestar y, si no marchan, ¿qué hacemos?

—Pues no sé. Si eso pasa, vemos cómo solucionarlo, pero el asunto es activarnos de una buena vez.

—¿Vemos cómo solucionarlo? ¿“Vemos”, Alberto?

—Sí, vemos.

Notó la mirada de ella y entendió entonces dónde residía lo que había dicho mal. Intentó retractarse, pero era demasiado tarde.

—O bueno, tú. Ya sé que eres tú la que tiene que lidiar con los grupos.

—¡Así es, Alberto! Soy yo la que se jode todos los días, en todas las reuniones y en llamadas, emails, mensajes que tú nunca ves porque “no es lo tuyo”. Soy yo la que intenta hacer que esto parezca un movimiento organizado, la que tiene que lidiar con egos y planes ajenos para ver la forma de coincidir todos. ¡Yo! Tú hablas mucho y sonríes, y ahora hasta te tomas fotos, como si fueras qué o quién.

—¡Como si fuera un líder, Alicia! ¡Contigo! ¿Crees que no entiendo la responsabilidad de hablar frente a un micrófono? ¿Crees que me tomo a la ligera lo que digo? Ya sé que me equivoqué, que debí consultarlo contigo y planear las cosas, pero vi la oportunidad y decidí tomarla.

—¿La oportunidad de qué?

—De demostrar que somos reales, que lo que estamos haciendo no es una broma; que sostenemos lo que decimos.

Alicia quiso hablar, pero él siguió.

—Tú no viste los comentarios sobre la entrevista. La mayoría de la gente dice que es un engaño, que la estación quiso ganar audiencia con personajes inventados por el gobierno. Necesitamos mostrarles que estamos aquí, con ellos y para ellos, sin miedos ni dudas. ¿No crees que podemos inspirar a los demás a luchar por lo que creen? ¿No te parece que es la mejor oportunidad para que la gente de este país despierte de una vez y se levanten en contra de las injusticias?

Silencio.

Alberto se acercó de nuevo a ella y habló en voz más baja.

—Sé que te metí en muchos problemas al anunciar lo de la marcha y poner la fecha tan cerca, pero creo que puede ser muy bueno para el movimiento. Si crees que no debemos hacerlo, lo posponemos o vemos cómo acomodar las cosas, pero no quiero que esto nos divida, en especial porque de verdad siento que estamos cerca de lograr algo grande.

Hizo una pausa para esperar a que Alicia respondiera. Se miraron. Ella cerró los ojos y negó con la cabeza, luego resopló con fuerza, sus hombros se relajaron y su postura cambió.

—No se trata de detenernos, Alberto —Dijo, con voz cansada—. Entiendo que quieras acelerar y llegar más rápido, pero no creo que estemos listos para enfrentar las consecuencias de lo que estamos haciendo. Para empezar, ninguno de los grupos tiene forma de protegerse.

—Pues eso no ha sido problema hasta ahora.

—No, pero lo acabas de decir: “hasta ahora”. Lo que hicimos hoy, Alberto, cambia todo. Necesito que entiendas eso, que lo veas bien claro en tu cabeza. Ya no somos nada más una pareja de novios que pueden ir a tomar una cerveza o salir a comer, como si nada. Esta noche nos metimos en la luz del reflector y la gente lo está viendo, por más que digan que no nos creen.

—Bueno, tampoco es como si la policía ya supiera dónde vivimos.

—¿La policía? Es lo que menos me preocupa. A Santiago lo mató el ejército, Alberto; ¡violaron a Samantha no sé cuántas veces hasta que no pudo más!

¿Tú crees que me preocupan los granaderos o los porros? Lo que de veras me asusta es desaparecer sin dejar rastro, como los estudiantes. No quiero que mi

papá o tú pasen años preocupados, pensando que a lo mejor sigo viva en algún sótano, que alguien me tortura y me rompe, por dentro y por fuera. No quiero dejarles eso.

La voz de Alicia comenzó a quebrarse conforme las emociones se acumulaban en su garganta y ojos.

—Sí quiero inspirar y motivar a la gente; quiero que luchen y salgan adelante, y quiero sentir que soy parte de algo positivo, de un cambio real y profundo en el mundo, pero también espero disfrutar los resultados de la lucha. Me encantaría ganar y compartir el futuro con todos, por eso necesito que hagamos las cosas bien, que planeemos y preparemos todo, lo mejor posible. Debemos ser más inteligentes, Alberto, estar muchos pasos adelante del enemigo, y eso no es posible si vamos improvisando. ¿Entiendes?

Él la miró, había un fuego invisible en su mirada, pero después de unos segundos en silencio, bajó la mirada y asintió, sumiso.

—Sí, mi amor, entiendo. Sé que me equivoqué. Tendré mucho más cuidado de no volver a hacerlo. ¿Me perdonas?

—Claro que te perdono, pero por favor no vuelvas a hacer algo así.

—Está bien, lo prometo.

Se abrazaron, Alberto intentó de nuevo besarla y ella respondió a medias, se separó y se levantó de la cama.

—Lo siento, Alberto, tengo que empezar a organizar la marcha que anunciaste, así que no hay tiempo para nada más.

—¡Pero es jueves!

—¿Y eso qué?

—Pues... hoy toca.

—Eres un tarado.

Alicia le sonrió con pesadez y salió de la habitación.

Tal como Alicia lo había previsto, los días entre la entrevista y la marcha fueron de lo más difíciles e intensos al interior de la coalición. En ese breve periodo, ella se enfrentó a una serie de reacciones y actitudes muy distintas, pues muchos de los líderes e integrantes de los grupos se mostraron reticentes ante la declaración de que ella y Alberto fueran, oficialmente, los dirigentes del Movimiento. Algunos amenazaron con retirarse si no se corregía la situación, pero se negaban a proponer algún curso de acción viable.

Fernando Arana hizo todo lo posible por apoyar a Alicia en la conciliación y argumentación de las razones por las que este liderazgo unificado era lo mejor, pero más de una vez se encontró con obstáculos que ponían un alto rotundo a la propuesta.

Para Santana, la situación era muy desagradable, pues siempre había imaginado que, entre grupos que compartían un objetivo en común, la cortesía y el diálogo serían moneda corriente, pero se encontró con que muchos descartaban los argumentos que les parecían inconvenientes, haciendo que la cooperación fuera imposible.

Pasaron dos días llenos de llamadas, correos electrónicos, mensajes de texto y casi cuarenta horas sin dormir, hasta que se hartó y envió una carta abierta a todos los miembros de los grupos que desearan seguir formando parte de la CIM. Escribió un primer borrador, que descartó no bien terminó de escribirlo, por su naturaleza iracunda y su lenguaje hiriente.

Probó escribir de nuevo, un poco más tranquila, pero el tono le pareció cansino, melodramático y casi derrotista, así que borró todo una vez más, excepto por una línea que le gustó y consideraba que encerraba la esencia de lo que deseaba comunicar, por lo que inició su mensaje así:

“En la lucha hacen falta luchadores, es decir personas dispuestas a pelear, a darlo todo por una causa; hacen falta quienes tienen claro que se trabaja por el futuro, por mantener viva la esperanza. Esto, nadie puede hacerlo solo, por eso nos unimos en respuesta a los intentos del sistema por segregarnos, sabiendo que es la única forma de protegernos y apoyarnos unos a otros.

“Si desconfiamos de los motivos del compañero que tenemos a nuestro lado, quien sacrifica todo lo que tiene por la misma causa que nosotros, entonces ya hemos perdido.”

Continuó escribiendo a partir de esto y, al terminar, lo leyó cinco veces para asegurarse de que fuera claro y conciso. Cuando vio que no podía cambiar nada más sin alterar el sentido del mensaje, lo envió.

La carta, que incluía la propuesta de una reunión general al día siguiente, tuvo un efecto positivo en la comunidad, por lo que muchos asistieron de buena gana, emocionados ante la posibilidad de iniciar una nueva etapa en la vida de la Coalición, un paso que los acercaba más a los resultados deseados.

Por otro lado, hubo quienes llegaron con actitud negativa, quienes esperaban el momento de hincar sus dientes en el fracaso de los autoproclamados líderes, para echarles en cara su arrogancia y, con ello, justificar su descontento con la situación general del Movimiento.

La cita se había concretado en la oficina central del Sindicato, que todos reconocían como la institución disidente más longeva en México, por lo que

alojar esa reunión en particular legitimaba, al menos en principio, las declaraciones de Alberto y Alicia sobre su liderazgo, aunque Joaquín Vinicio, el encargado de mantener las instalaciones, estaba receloso por las consecuencias que pudiera tener el mensaje que habían preparado los jóvenes.

En general, los miembros de la CIM estaban de acuerdo en que ellos dos eran la pareja ideal, que representaban a la perfección los objetivos e ideales de todos los involucrados en la lucha, a todos los niveles.

Por un lado, Alberto incitaba a la acción; sus argumentos eran flamígeros, no sólo por sus palabras, sino por la pasión con la que los presentaba; por el otro, la capacidad de organización de Alicia, su infinita paciencia y disposición para encontrar soluciones a toda clase de situaciones adversas, la convertían en el pilar que sostenía la estructura del Movimiento.

Eso, junto con la disposición de la pareja, la opinión que los miembros más influyentes tenían de ellos e, incluso, la renuencia de los que se negaban a aceptarlos como líderes, quedó claro desde el momento en que se dio por iniciada la sesión.

Cuando estuvieron todos reunidos en el auditorio de usos múltiples, el septuagenario miembro del Sindicato, uno de los que primero se habían levantado en protesta durante la cacería que inició el *gobierno del cambio*, tiempo atrás, tomó el micrófono y nombró a los grupos que habían registrado su asistencia.

De las 24 organizaciones que formaban la Coalición, se encontraban presentes 18; de las seis ausentes, cuatro se habían concentrado en otros estados del país para realizar trabajos diversos de apoyo a comunidades rurales. Las dos

restantes habían declarado su absoluta negativa a mantenerse integrados, en vista de lo que consideraban “seguir el camino de la oligarquía”.

Alicia, sentada detrás del podio, junto a su pareja, quedó impresionada con la asistencia, pues en su mente las cosas iban a salir mucho peor; sin embargo, tampoco le pareció que tanta atención fuera una excelente noticia, ya que conocía la postura y las actitudes de muchos dirigentes, y estaba segura de que aprovecharían cualquier debilidad para sembrar la duda y el desacuerdo entre los asistentes, lo que daría al traste con los planes de consolidar un frente unificado.

Se inclinó hacia Alberto y le dijo, muy bajo.

—Tenemos una oportunidad nada más, Alberto. Recuerda lo que hablamos ayer. Mantente tranquilo, sé paciente y humilde. Por nada del mundo te desesperes ni te enojés.

Lujano asintió a cada una de estas palabras, sabía que su flaqueza era la arrogancia y debía contenerse para lograr el objetivo de la noche. Si cometía algún error, por insignificante que pareciera, las consecuencias podrían ser fatales para la Coalición entera, pues los grupos perderían la confianza en un liderazgo que, por su origen y presentación, parecía precipitado y arbitrario, contrario a la democracia que suponían defender.

Joaquín terminó de nombrar lista y se tomó la libertad de hacer algunos comentarios antes de ceder el micrófono.

—Hola a todos —Dijo, sin mucho decoro-. Muchos de ustedes ya me conocen, o al menos me han visto cuando vienen a visitar. Para los que no lo sepan, mi nombre es Joaquín Vinicio, soy miembro del Sindicato y me encargo de

mantener limpias estas oficinas, además de vivir aquí, en mi cuartito de la azotea.

Al escuchar esto, Alberto por fin levantó la mirada del suelo y observó a contraluz la silueta de quien varios llamaban “Vini” o, en el peor de los casos, “el don de la limpieza”; era muy delgado, vestía pantalones color café y camisa blanca, usaba anteojos gruesos y su postura mostraba orgullo, aunque el peso de los años se hacía evidente en sus hombros y un ligero encorvamiento de su espalda. Su voz era cálida, como la de un abuelo que le habla a su familia, y conforme lo hacía, la sala se fue quedando en silencio hasta que incluso los murmullos más discretos se acallaron.

—En un momento más les voy a dar el micrófono a estos jóvenes —Siguió el sindicalista-, sentados detrás de mí, pero quiero aprovechar esta oportunidad para decirles una cosa muy importante que me gustaría, si está en su corazón hacerlo, que tomaran en cuenta antes de hacer cualquier comentario.

Joaquín hizo una pausa, miró al público y luego, a la pareja. Volvió su vista al frente y continuó.

—Durante muchos años he luchado con ustedes, incluso desde antes que los más jóvenes nacieran. He visto gente llegar, quedarse e irse. Me ha tocado de todo en este negocio: golpes, persecuciones, noches que tenía que esconderme porque me andaban buscando. También cosas buenas, bonitas, como ver nacer a los hijos de mis amigos, recibir el reconocimiento de mis compañeros en mi cumpleaños o, lo que más me gusta, que es ver cómo se renuevan las generaciones, cómo muchos siguen nuestros pasos para empezar su camino en esta lucha, que es de todos, pero al mismo tiempo es de cada quien; es algo que nadie nos puede quitar y lo debemos tener bien

claro: esta lucha es mía, tuya, tuya y también tuya. Eso es lo que debe estar primero siempre, porque es lo que nos convierte en una comunidad.

Hizo otra pausa, la multitud lo miraba con toda su atención. De nuevo, Vinicio miró a la pareja y continuó.

—Cuando veo que dos jóvenes, como ustedes, se juntan no nada más para pasarla bien o formar una familia. Ustedes disculparan que opine, ¿verdad? Pero siempre es bonito ver el amor joven, y mucho más cuando aparte de ese amor que se tienen el uno por el otro, hay algo más grande, un cariño y un compromiso que trascienden lo personal y lo íntimo: el amor por la justicia

—Hizo una pausa para dejar que la idea aterrizará. Al seguir, su tono se tornó más serio-. Se nota que ustedes se quieren mucho y que se tienen toda la confianza del mundo, pero también se ve de lejos que les importa lo que este movimiento representa. Y no crean, sí me parece que la forma en que hicieron las cosas no fue la mejor, pero no porque sean ustedes malos o tengan intenciones ocultas, sino porque no hubo consenso; no hubo democracia en sus acciones, y me parece que así no se juega, muchachos.

En el público se escucharon murmullos, los asistentes intercambiaron miradas. Alicia se sonrojó, quería meterse en un agujero y quedarse ahí el resto de la reunión. Alberto miraba a Joaquín con intensidad; sonrió y asintió. No podía mostrar desacuerdo, pues lo que decía era realidad. Vinicio Mantuvo su tono al continuar.

—Yo no estoy en su contra, muchachos, quiero dejarles eso bien claro; a mí me caen, 'ora sí que como dicen, *a toda madre*. Se me hacen personas decentes, con mucho sentido de la justicia; es más, sí creo que pueden ser los

mejores dirigentes que la Coalición necesita, pero no vuelvan a pasarse como lo acaban de hacer.

Los murmullos aumentaron en cantidad y volumen. Alicia bajó la mirada, pero Alberto le tomó la mano con firmeza, sonriendo. Algo en su actitud la tranquilizó un poco, le ayudó a recordar todo el trabajo que habían hecho juntos.

—Dicho eso —Vinicio aún no terminaba-, reitero que creo en ustedes, jóvenes; creo que pueden llevar a este grupo muy lejos y me emociona que haya personas como ustedes involucradas en la lucha. Sólo les voy a pedir una cosa de la mayor importancia, y no nada más para mí, sino para todos los que estamos aquí reunidos, los que los apoyamos y los consideramos buenos líderes, y también los que nomás vinieron a ver en qué la riegan para quejarse y seguir de negativos.

Vinicio miró a la audiencia con una sonrisa maliciosa.

—Ah, porque también de esos hay aquí, no nos hagamos menos; también los vi que llegaron con la disposición de rechazar todo lo que se diga hoy —Hubo risas nerviosas entre los asistentes. Joaquín siguió adelante con soltura-. Por eso quiero que ustedes, miembros de los grupos, compañeros dirigentes, escuchen antes de hablar; que pongan atención antes de discutir.

El anciano guardó silencio de pronto y bajó la mirada. Se frotó la barbilla con una mano, dubitativo. Después, habló con urgencia.

—Pero espérenme, que ya me desvié de lo que estaba diciendo. ¿Ya ven lo que provocan? —Más risas. Vinicio volteó a la pareja-. Les decía a ustedes dos, muchachos, que sí quiero que les quede bien clara esta petición que me atrevo a hacerles, a nombre de todos los presentes: sean íntegros, sean

honestos, que todos nosotros vamos a estar detrás de ustedes para apoyarlos y cuidarlos, pero también para vigilarlos; para ver que no nos jueguen chueco. Joaquín clavó su mirada en los ojos de Alberto, que seguía asintiendo. La gente estalló en aplausos y gritos de aprobación. El septuagenario se acercó a los jóvenes, con el micrófono en la mano, y dijo una cosa más.

—¿Estamos de acuerdo, joven?

Ofreció su mano a Lujano, que se puso de pie, seguido por Alicia. Se estrecharon las manos con firmeza, entre sonrisas, pero sin borrar la seriedad de lo que estaba sucediendo. Después, Joaquín ofreció la misma mano a Alicia y se repitió la ceremonia.

—Señorita, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Bueno, pero usted sí deme un besito, que está muy guapa.

Con las manos unidas, Alicia besó rápidamente la mejilla del anciano, que después volteó al público y reclamó.

—Ay, esta muchacha tan tímida. Está bueno, está bueno, así es mejor porque luego me emocio y así ya no conviene —La audiencia reía. Joaquín había logrado prepararles para lo que seguiría-. Bueno, ahora sí ya los dejo hablar, muchachos, pero que no se les olvide la responsabilidad que tienen con todos nosotros.

Vinicio puso el micrófono en el podio y se despidió de la gente, después bajó del escenario y se mezcló entre la multitud, que aplaudía y chiflaba. El mensaje había sido algo enredoso, pero contundente: la aprobación del Sindicato se había hecho pública y, con esto, muchos de los grupos acatarían el liderazgo de Lujano y Santana como algo establecido.

Era lo mejor que Alberto podría haber imaginado para iniciar la nueva etapa de la Coalición, pero al mismo tiempo se hacía clara una advertencia que, viniendo de un grupo tan poderoso, debía considerar con mucho cuidado, ya que el Sindicato se había mantenido vigente en la vida pública durante décadas y era secreto a voces que se habían encargado de levantar o derrumbar a muchos grupos de activistas en su historia.

Lujano sonreía, satisfecho. Conforme la multitud iniciaba algunos cantos en favor del Movimiento y el Sindicato, él se levantó y se dirigió al podio, sosteniendo la mano de Alicia, a quien invitó a acompañarlo.

Ella, tímida en un principio, accedió, pero se notaba su incomodidad. Cuando se acercaron al micrófono, las voces fueron callando hasta que la sala quedó en absoluto silencio; era una calma expectante, tensa. Alberto recorrió el lugar con la mirada, por un instante la sonrisa se le escapó y sus ojos se opacaron, como si el peso de las implicaciones le cayera encima de golpe. Apretó la mano de Alicia, que de inmediato notó su súbito nerviosismo.

Ella volteó a ver sus manos, que el podio ocultaba; se soltó de Alberto, que apretaba con fuerza y, al sentir sus dedos libres, la miró, asustado. Alicia le sonrió con confianza, tomó con la otra mano su antebrazo y volvió a entrelazar sus dedos con los de él, pero esta vez de forma tierna; con firmeza, pero sin presionar.

Alberto la vio entonces como lo que había sido durante años: el sustento de su campaña en la lucha por la justicia, en su carrera por el liderazgo. Para ella, la situación se resumía en una sola pregunta: ¿por dónde comenzar? Sabía que él podría convencer a la gente de que lo aceptaran como líder, pero necesitaba el impulso inicial.

Sonriendo, Alicia le besó la mejilla, volteó a ver a los asistentes, ahora sonriendo ampliamente, y habló.

—Hola a todos, compañeros —Un silencio abismal acompañó al saludo de Alicia, pero ella siguió-. Para nosotros es un honor estar aquí, frente a todos ustedes; pero sobre todo, es algo que nos impone la obligación de ser humildes. Como bien dijo el compañero Joaquín, empezamos con el pie equivocado y, aunque nuestras intenciones para la Coalición son las mejores, lo que se dijo durante la entrevista, que ya todos ustedes han escuchado, se presentó de manera poco adecuada. En ese momento afirmamos algo que, si bien ya se había consultado con varios dirigentes, no era certero y, por ende, se alejaba de la verdad.

Alberto la miraba con mucha atención, inspirado y preparándose para tomar la palabra, aunque Alicia continuó.

—No sólo es nuestra obligación ofrecerles una disculpa por haber cometido una omisión de ese tamaño, por declarar supuestos como si fueran una realidad, sino que además, es algo que hemos hablado en abundancia durante los últimos días. Alberto y yo queremos que nuestro siguiente paso y, si deciden aceptar nuestro liderazgo, el primero como dirigentes, sea en pro de reivindicarnos ante ustedes; sin embargo, no podemos ni querríamos hacerlo sin su completo apoyo, compañeros, porque no importa lo que creamos que hemos dado al Movimiento y a la causa; no importa lo que hayamos sacrificado por llegar a este momento en que nos encontramos, lo cierto es que hemos recibido mucho más. Ustedes, compañeros, nos han dado tanta inspiración, tanta fuerza, mucha más de la que jamás habríamos esperado. Cuando sufrimos la pérdida de Santiago Reddell, quien no sólo era nuestro hermano de

lucha, sino uno de nuestros amigos más cercanos, ustedes estuvieron atentos a nuestro duelo, nos acompañaron sin pedir nada a cambio, así que ahora nos toca a nosotros redoblar esfuerzos para devolverles a todos y cada uno de ustedes un poquito de lo mucho que hemos recibido, porque si estamos aquí, ahora, es gracias a ustedes; por eso, nos ponemos de pie y alzamos las manos juntos, para que esta lucha, que es mía, de Alberto, suya y de todos nosotros, unidos, nos lleve a la victoria.

Al decir esto, Alicia levantó la mano que sostenía la de Alberto, en un gesto triunfante al que la multitud respondió con aplausos y gritos. Lujano estaba impresionado, sintió en su pecho la llama viva de la pasión por esa mujer, a la que amaba desde siempre; sin embargo, en un rincón de su mente despertó algo oscuro, que le reclamaba haber dejado que ella se llevara las ovaciones.

Pasaron los días y pronto llegó la fecha prometida por Alberto en un momento de emoción descontrolada. Se realizó la primera marcha de la Coalición presidida por los líderes reconocidos oficialmente, y fue un éxito rotundo.

Gracias a esto, durante las semanas posteriores se unieron más organizaciones, incluso algunas fundaciones e instituciones de la sociedad civil mostraron su apoyo a través de acciones significativas, pero menos radicales.

La actitud de los miembros del Movimiento hacia Alberto y Alicia era muy positiva, en particular con ella, que cada vez que hablaba se consolidaba como el corazón de la CIM, la portadora de la llama del futuro, mientras que él había quedado en segundo plano, como el cerebro de la organización; la contraparte racional al optimismo que la gente derivaba de Santana.

Era un lugar privilegiado, que nadie podría discutirle a Alberto, pero no era el que se había imaginado ni el que, según su propia opinión, debía tener. Hasta cierto punto, Alicia estaba de acuerdo con eso, ya que siempre se había medurado. En ausencia de Santiago, era ella quien mantenía en un plano realista las ideas drásticas de Lujano y, aunque su inquietud había impulsado originalmente la creación de la Coalición, su objetivo personal se encontraba fuera de la luz del reflector y se resumía en tres palabras: vivir con tranquilidad. Sin embargo, aceptaba el papel que le había tocado actuar ante la gente, con tal de llevar a buen término al Movimiento.

Juntos, estos jóvenes se convirtieron en un símbolo que trascendía las barreras de lo social y lo político; se hablaba de ellos en programas de espectáculos, incluso se les mencionó más de una vez en alguna transmisión deportiva. Todo el mundo quería capturarlos de alguna forma, tanto sus seguidores como sus detractores; el país estaba obsesionado con la pareja que traería, por fin, el cambio verdadero.

Fueron cuatro meses de enamoramiento que, para el público en general, pasaron como agua que lleva el río, pero para nuestra pareja maravilla se prolongaron a un grado insufrible, pues durante ese periodo de exposición excesiva se manifestaron problemas que afectaron su relación a profundidad. Hacia finales de junio de 2015, la popularidad de Alicia se había despegado de la de Alberto hasta hacerlo casi invisible; aunque él aún gozaba un buen nivel de opinión entre los simpatizantes, le opacaba en todos los aspectos la presencia de su pareja. La gente quería saber todo sobre ella, sus gustos y disgustos, sus hábitos para mantenerse en forma y saludable; los libros que leía, su biografía y todo aquello que genera obsesión en las masas.

Alberto se había convertido en *el novio de Alicia*, un accesorio que podría haber cambiado de nombre y rostro en cualquier momento, sin alterar ningún detalle relevante de la historia. Ella veía esto y lo resentía al doble, pues no sólo se encontraba en una posición que le parecía incómoda, sino que también amaba a Lujano, y la situación había generado un distanciamiento en su intimidad.

Él, por su parte, hacía todo lo posible mantener la imagen de unidad, aunque era capaz de no dirigirle la palabra a Alicia fuera de los eventos del Movimiento, y esto se reflejaba con claridad al tomar la palabra en las manifestaciones, donde aparecían ante el público tomados de la mano, pero en cuanto llegaba el momento de hablar, Alberto se movía al fondo del escenario y le cedía todo el espacio a ella, para que compartiera su mensaje a la gente mientras él discutía otros asuntos con su mano derecha, Fernando Arana.

A sus seguidores esto les importaba poco; quedaban satisfechos con ver y escuchar a su ídolo del momento, poniendo en Alicia toda su esperanza y su fe. Sin embargo, para quienes prestaban atención, era evidente que las cosas estaban cambiando en el liderazgo de la Coalición. Se anticipaba un rompimiento en poco tiempo y la tensión residía en las expectativas sobre las decisiones que tomaría Lujano, cuando sucediera.

Los líderes grupales de la CIM estaban muy contentos con las acciones que habían realizado durante los últimos meses, tanto en la capital como en el resto del país; no sólo en lo relacionado con las marchas y otras manifestaciones, sino en cuanto a las actividades de apoyo directo a comunidades, colectas de fondos, comida, ropa y otros artículos para su donación.

Se habían organizado viajes a poblaciones rurales con alto índice de desempleo, para entregar despensas y ofrecer asesorías sobre autoempleo, aprovechamiento turístico, trámites de regularización de propiedad de las tierras y otras formas de apoyar a que la gente saliera adelante con sus propios recursos.

Dado que la Coalición incluía grupos civiles involucrados en una gran variedad de áreas del trabajo social, su presencia se extendía a muchos ámbitos de la vida y sus acciones concretaban su existencia como una fuerza real en la vida de México.

Ante esta situación, diversos actores del gobierno empezaron a mostrar señales de nerviosismo y, en su desesperación prematura, decidieron tomar el camino más violento posible: el de la represión.

Si bien se había identificado la presencia de grupos de choque desde mucho tiempo atrás, la frecuencia con la que conjuntos de personas se integraban a las manifestaciones para incitar a la violencia, se incrementó de forma significativa durante este periodo, incluso llegando a extremos como tratar de engañar al público general con actos vandálicos en días y zonas donde el Movimiento no tenía actividades.

La situación no hizo más que aumentar la popularidad de la CIM y sus dirigentes, quienes se mantenían ecuanímes ante las agresiones e instaban a todos los integrantes a resistir de forma pasiva, a no responder a los ataques. La respuesta de los agresores ante esta actitud fue atacar directamente a los asistentes a los eventos de la Coalición, para provocar una respuesta violenta; sin embargo, el efecto de los mensajes de Alicia era tan fuerte que, en cuanto se iniciaba algún ataque, los compañeros formaban una fila de defensa,

entrelazando los brazos, y avanzaban contra los ofensores hasta expulsarlos del lugar sin ponerles un dedo encima. Así de intimidante era la unión de los seguidores de Santana.

Sin embargo, los enemigos de la Coalición eran implacables y, aunque sus tácticas mostraron poca evolución, llegaron a ser más efectivas en un momento dado.

La noche del 5 de julio marcó el inicio de la tragedia, cuando Alicia reventó por fin, después de tolerar con la mayor calma posible la actitud pasivo agresiva de Alberto, quien había permanecido en silencio durante la hora y media que duró la reunión con los líderes de los grupos que participarían en la marcha del día siguiente.

La junta se había llevado a cabo en las oficinas del Sindicato, como era costumbre, y lo habitual era que todos se retiraran de inmediato, tras concluir las sesiones, pero esa noche los jóvenes se quedaron atrás. Ella leía la minuta del día y él se había levantado para servirse un poco más de café, que comenzó a beber mientras la miraba fijamente.

Alicia percibió la pesadez de la mirada y volteó a verlo.

—¿Qué pasa?

—¿De qué?

Ella apretó los ojos y los puños un momento, se irguió en la silla.

—¿Qué tienes?

Su tono era casi una súplica, como si el mensaje detrás de la pregunta fuera: “por favor, ya deja de hacer esto”.

—¿Qué tengo? Nada, estoy aquí, tomando mi café.

Alicia se levantó y fue hacia él, se recargó en la mesa del café, a su lado.

—¿Estás enojado?

—No, ¿por qué?

—¿Entonces, qué te pasa?

—Pues nada, estoy cansado, nada más.

—Podemos revisar la minuta en casa, si quieres.

—Sólo quiero terminar mi café en lo que terminas de hacer tus cosas.

—¿Mis cosas? —Alicia estalló- Es la manifestación más grande que hemos organizado, Alberto, creo que es normal que me den nervios. No se nos puede pasar ni un solo detalle.

El evento del día siguiente abordaría el tema del futuro de la Coalición, se anunciarían también múltiples actividades coordinadas en varios puntos del país, para mostrar los alcances de la CIM. Para lograr eso, se había acordado la cobertura de múltiples medios independientes, así como un plan de comunicación con figuras de redes sociales y otros canales, con la idea de centrar la atención del público en las acciones que se realizaban, para contrarrestar el ángulo negativo hacia el que se inclinaba la balanza editorial como consecuencia de la violencia causada por los grupos de choque.

Sin embargo, Alberto actuaba desdeñoso, lo que aumentaba la tensión que Alicia sentía.

—Seguro que todo está bien, Alicia, si tú lo organizaste sola.

Ella lo miró con rabia, en sus ojos parecía que el temporizador de una bomba se acercaba a cero.

—¿Yo sola? ¿Tú no hiciste nada?

—Pues sí, pero últimamente todos piensan que todo lo haces tú, sin ayuda de nadie.

Alicia cruzó los brazos y cerró los ojos, respiró profundo y le dio una oportunidad más a Alberto, para evadir el conflicto.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

Él giró hacia ella, su expresión rígida y los brazos cruzados; sus miradas se fijaron en la del otro unos segundos, el ambiente era denso.

Afuera del auditorio, Joaquín, que apenas bajaba para recoger los utensilios y acomodar las sillas, asomó la cabeza por la puerta y, al ver la escena, se retiró en silencio.

El mundo parecía haberse detenido en ese momento; los jóvenes se petrificaron, sus voluntades igualmente firmes, con la misma fuerza, la misma convicción. Si su inmovilidad hubiese sido inflamable, habrían incendiado el planeta entero.

Sin embargo, a modo de cubeta de agua helada, sucedió algo que rompió el momento: ambos abrieron la boca al mismo tiempo y pronunciaron el inicio de una letanía hiriente que, sin embargo, se cortó de golpe cuando notaron que se habían interrumpido mutuamente.

Los dos volvieron de inmediato al silencio, a sus cuevas interiores, pero sus miradas eran distintas; de pronto se había disipado la tensión, el momento se había diluido y con ello, el enojo desapareció.

Parpadearon, miraron a otros lados de la sala y luego, de nuevo el uno al otro.

Terminaron por reír, juntos; se abrazaron con fuerza y se dijeron cosas amorosas, se pidieron perdón y achacaron la negatividad del momento a la tensión acumulada durante los últimos meses.

Él confesó que se había sentido abandonado y superado, pero reconocía que se dejaba llevar por la envidia. Ella se quejó por lo mucho que le pesaba ser el centro de atención y afirmó que habría preferido mantenerse en el anonimato. Ambos fueron sinceros en ese momento, el más real que habían tenido en casi cinco meses, el más íntimo. Se besaron, recogieron sus cosas y salieron del auditorio.

Encontraron a Joaquín afuera, junto a la puerta, fumando. Él los miró, tomados de la mano y sonriendo, como cuando los reconoció como líderes.

—Hasta mañana, Vini —dijo Alicia, su voz serena, cansada-.

—Hasta mañana, señorita.

Alberto se acercó a Joaquín para estrechar su mano, el viejo se puso el cigarrillo en la boca y respondió el gesto con firmeza, como un padre que ha visto a su hijo cometer un error importante en la vida y espera que lo rectifique.

—Buenas noches, Joaquín.

—Cuídese mucho, joven. Me da gusto verlos contentos, nomás no deje que se lo cargue el orgullo. Acuérdesse que la mujer siempre tiene la razón.

Lujano forzó una sonrisa, detestaba que lo aconsejaran y reaccionaba siempre de forma negativa ante palabras así, pero respetaba a Vini y sabía lo importante que era en el Sindicato, así que hizo un esfuerzo extra por mantener la cortesía.

—Gracias, lo tendré en cuenta. ¿Mañana lo vemos por allá?

Joaquín fumó largamente, el cigarrillo ya se acercaba al filtro; lo tiró al suelo y lo pisó, mientras exhalaba con fuerza.

—No creo, joven, ya sabe que lo mío es cuidar de la casa, pero no dude que estoy con ustedes en espíritu, como siempre.

—¡Eso! —respondió Alberto, con efusividad ensayada-. Entonces por acá nos vemos en la noche.

—Eso sí, joven, acá los espero para celebrar otro exitazo.

—Ya dijo. ¡Buenas!

Los jóvenes subieron al automóvil y se fueron. Joaquín los vio alejarse por la calle, hasta que giraron en una esquina y los perdió de vista; luego volvió adentro, su rostro mostraba preocupación al reconocer una situación que había visto en muchas ocasiones, durante sus años en el Sindicato.

Las grietas en la relación eran evidentes, pero los jóvenes se refugiaban en la risa compartida, en las disculpas del momento.

La marcha del día siguiente avanzó a buen paso hacia el zócalo, donde se había montado una tarima muy grande en la que se encontraban los líderes de casi todos los grupos de la Coalición, la cual había crecido hasta incluir a más de 30 organizaciones locales, y cerca de 60 en el resto del país.

Cuando Alicia y Alberto subieron al escenario, tomados de la mano y sonriendo, la multitud estalló en aplausos, gritos y ovaciones muy diversas. Los jóvenes se besaron frente al público, en un momento muy emotivo, convertido en leyenda. Miles de flashes recorrieron el espacio, las cámaras grabaron y transmitieron en vivo por decenas de canales en internet.

La pareja se separó, rieron juntos; su amor era la expresión de todas las esperanzas compartidas por el contingente que había acudido a apoyar a sus líderes, ya míticos. Fernando Arana, de pie cerca de ellos y con micrófono en mano, anunció:

—En nombre de todas y todos los que hemos participado en la organización de los múltiples frentes que se manifiestan hoy, de manera simultánea, tanto aquí como en muchos otros lugares del país, quiero agradecer la presencia de tanta gente que desea, pero sobre todo, lucha por lograr el cambio.

La gente aplaudió, pero el estruendo de estas reacciones era discreto, en comparación con el anterior. Arana siguió:

—Y ahora, sin más preámbulo, cedo la palabra a los compañeros Alberto Lujano y Alicia Santana.

No bien terminó de pronunciar el nombre de ella, la multitud reventó de nuevo en aplausos, cantos y porras. Con una mano, Alicia tomó el micrófono que le ofrecía Fernando, y con la otra apretó la de Alberto, para que no se alejara. Se miraron, él le sonrió para confortarla, se mantuvo a su lado durante los minutos que duró la ovación.

Alicia dio las gracias en más de una ocasión, pero el bullicio constante la obligó a esperar; levantó su mano, unida a la de Alberto, en varias ocasiones; hizo otros gestos triunfales, sonriendo siempre, conforme la tormenta auditiva se fue calmando hasta convertirse en un rumor interminable, como la mar en calma.

—¡Hola, México! ¿Cómo están?

El océano de gente se encendió de nuevo, haciendo retumbar ventanas y muros de los edificios cercanos. Santana siguió hablando y la gente calló, por fin, para escucharla.

—Antes que nada, quiero agradecerles a todos su presencia. Muchísimas gracias por formar parte de este movimiento, de este cambio por el que estamos luchando. Sin ustedes, nada de esto sería posible. Sé que han sido meses difíciles, con la violencia que algunos, asustados y desesperados, han

ejercido contra todos nosotros, pero me siento muy orgullosa por la forma en que unidos, como un pueblo, hemos respondido ante las agresiones.

Justo en ese instante sonó un estallido entre la multitud. Alguien había lanzado un petardo en plena manifestación y la gente comenzó a revolverse, dando lugar al pánico; muchos intentaban alejarse del área, presionando contra el resto de los asistentes; otros trataban de ayudar a quienes tenían a su alrededor. Fue un instante de confusión que sólo empeoró con la segunda explosión, mucho más cerca del escenario.

Alicia habló, tratando de que la gente mantuviera la calma, pero no estaba preparada para una situación así, y la cantidad de personas que se habían dado cita en el mismo espacio, dificultaba el movimiento.

Alberto llamó a Fernando para preguntarle lo que sucedía; se alejó de Alicia un momento, el más inoportuno que pudo haber elegido, pues el tercer explosivo aterrizó en el escenario y, al estallar, la alcanzó en el brazo.

Sangrando, Santana trastabilló a un costado y cayó por el borde de la tarima.

Alberto, que reaccionaba tarde al estallido, corrió hacia allá para buscarla, pero había desaparecido entre la multitud. Bajó tan rápido como pudo y miró en todas las direcciones, empujó a varias personas y la llamó, frenético, pero Alicia ya no estaba ahí.

Fernando, que seguía sobre el escenario, le gritó y señaló a dos hombres que, a una distancia sorprendente, llevaban a una mujer entre brazos; Lujano trató de seguirlos, pero la marea de gente lo forzaba a moverse despacio y pronto los perdió de vista, cuando dieron vuelta en una esquina.

Con un esfuerzo casi sobrehumano, Alberto llegó al lugar, pero no quedaba rastro de los hombres, ni de Alicia. Su teléfono comenzó a vibrar, lo sacó de su

bolsillo y vio que la llamada venía de un número privado. Respondió y escuchó una voz alterada por un dispositivo electrónico.

—Alberto Lujano, ¡qué gusto!

—¿Quién habla?

—Un amigo, Alberto.

—Chingas a tu madre. ¿Dónde está Alicia?

—¿Sabes?, pensé que sería más difícil separarlos, pero sus manifestaciones y la forma en que se exponen nos hicieron la vida muy fácil.

—¿Dónde carajo está Alicia?

—Cálmate, Beto, vamos hablando tranquilos.

—¡Que me digas dónde está!

—Está segura, por ahora, pero lo que pase en adelante depende de ti.

—¿Qué quieres?

—Que seamos amigos, por supuesto, y los amigos se ayudan, ¿o no?

Alberto apretó los dientes y el puño que tenía libre. Fernando lo alcanzó, por fin, y aguardó mientras el otro gritaba al teléfono.

—¿Qué chingados quieres?

—A ver, Lujano, ya te dije que te calmaras. Alicia va a estar bien, hasta le vamos a curar la herida del petardo. Por cierto, una disculpa por eso, no era parte del plan. Mi idea era hacer las cosas con mayor discreción.

—¡Vete a la mierda, cabrón! ¡Te voy a encontrar y te voy a matar, hijo de puta!

—No, no, no, Alberto, esa actitud no va a ayudarnos ni a ti, ni a mí. Aprende algo de tu noviecita y tranquilízate. Tómate el resto del día, respira profundo y piensa en la forma en la que me estás hablando. Te llamo en la noche.

Se cortó la llamada y Alberto gritó, frustrado; lanzó el teléfono al suelo con toda su fuerza. Fernando se apresuró a levantarlo y, al ver el mal estado en el que había quedado por el golpe, apagó su propio móvil y cambió el chip en unos cuantos segundos.

—¡Hijo de puta!

Lujano seguía gritando, y poco a poco su voz fue bajando de volumen. Arana aguardó a que se tranquilizara un poco más antes de ofrecerle su celular.

—Alberto, yo sé que está cabrón lo de Alicia, pero la gente se está poniendo muy mal; agarraron a unos tipos y dicen que son los que lanzaron los petardos. Los quieren linchar.

Con la cabeza baja, Alberto escuchó a Fernando, apretó más los dientes y los puños, luego se apresuró hacia el escenario. Subieron los dos juntos y encontraron a los líderes de los grupos de la CIM haciendo llamadas, gritando sin escucharse entre ellos; uno hablaba con el micrófono, tratando de calmar a la gente, pero nadie lo escuchaba.

Cuando Alberto subió a la tarima, los demás interrumpieron lo que estaban haciendo y lo miraron con atención, esperando de él alguna indicación. Los reunió y les pidió que organizaran a su gente de confianza para ayudar a tranquilizar a los asistentes y organizar una evacuación ordenada, dentro de lo posible. Lo urgente era recuperar el control de la situación.

A Fernando le ordenó que rescatara a los hombres capturados, antes de que los mataran, y se los llevara; después, tomó el micrófono y se dirigió a la multitud.

—¡Compañeros!

Su voz se perdía en el bullicio, pero continuó sin saber qué otra cosa hacer. Los más cercanos a los altavoces fueron los primeros en prestarle atención. —Les pido conserven la calma en este momento tan terrible. Miren a su alrededor y traten de ayudar a la persona que tienen a su lado. Si hay alguien herido, por favor apoyen llevándolo a un sitio seguro, donde los servicios de emergencia puedan atenderlos. Estamos trabajando lo más rápido que podemos para establecer puntos de seguridad y rescate, a donde pueden dirigirse quienes requieran primeros auxilios. A los demás, por favor, les pedimos que inicien una evacuación con calma, de la forma más ordenada posible.

La gente empezó a responder, aunque eran tantos que era muy complicado controlar el pánico. Alberto siguió hablando con tanta calma como podía, pero sus emociones lo traicionaban por momentos.

—Por favor, compañeros, no podemos dejar que el miedo nos gane; eso es lo que ellos quieren. Debemos movernos con calma y ayudar a quienes lo necesitan. No somos como ellos, no nos rebajemos a su nivel ni dejemos que el pánico y la rabia nos quiten el control de nuestras propias decisiones.

Se hablaba más a sí mismo que a la gente, pero algunos comenzaron a escuchar y se tranquilizaron. Eran unos cuantos entre miles de personas, pero para ellos y los que les rodeaban, las palabras del líder marcaban una diferencia definitiva. Poco a poco, la calma se fue contagiando. Alberto siguió hablando, reiterando su mensaje hasta pronunciarlo casi de manera mecánica. Pasaron cerca de 30 minutos antes de que los líderes grupales logran organizar una evacuación más o menos segura, con personal de primeros auxilios para quienes habían resultado heridos. La mayoría de quienes llegaron

a estos puestos presentaban contusiones, raspones y otras heridas causadas por los movimientos del pánico inicial.

Poco después, Fernando regresó con un contingente de aproximadamente 30 hombres que acarreaban a empujones a tres sujetos, quienes presuntamente habían lanzado los explosivos; estaban golpeados, sangraban del rostro y las extremidades, su ropa estaba hecha girones y no llevaban zapatos.

Arana subió a la tarima, solo, para avisarle a Alberto que tenía lo que le había solicitado. Lujano le indicó que subiera a los individuos para presentarlos al público; Fernando dudó un momento, pero acató la orden. Acompañado por seis de los captores, llevó a los supuestos agresores. El líder de la Coalición los midió con la mirada, se esforzó por ocultar su disgusto.

La multitud se había reducido de forma considerable, pero aún quedaban muchas personas en el zócalo y, habiendo superado el momento de pánico, muchos de ellos prestaban atención a lo que sucedía en el escenario cuando Alberto habló.

—Compañeros, quiero que miren bien a estos hombres —señaló a los tres golpeados—.

La gente comenzó a abuchearlos, a gritar consignas y amenazas; algunos exigían que se les castigara ahí mismo. Las reacciones eran violentas, al grado que Alberto, que había pensado en anunciar la desaparición de Alicia, cambió de opinión en ese momento.

—Entiendo que estén enojados, compañeros, pero quiero que miren a estos sujetos con atención y se den cuenta de lo que representan: el miedo de un grupo de poderosos que saben que estamos unidos, que entienden que nuestras convicciones son más fuertes que su avaricia y, por eso, envían gente

de esta clase a lastimarnos, para tratar de separarnos, de intimidarnos, y que así dejemos de luchar por lo que sabemos que es justo.

La multitud respondió con fuerza, se notaban inspirados de nuevo, posiblemente por la adrenalina que aún corría por su sangre. Alberto aprovechó el impulso y siguió adelante, en su mente se aclaraba el rumbo de su discurso.

—Yo sé, entiendo a la perfección que lo que más deseamos es cobrarnos el daño que nos han hecho. Sé que varios de nosotros resultamos heridos y, lo que es peor...

Hizo una pausa, tragó saliva, respiró profundo para tranquilizarse, para combatir el nudo que se le hacía en la garganta. Pudo haber hablado de la desaparición de Alicia, de lo que sentía al respecto y lo que pensaba hacer, pero se controló. La gente necesitaba escuchar otra cosa en ese momento.

—Lo que es peor, el petardo que estalló en esta tarima hirió a la compañera Alicia Santana.

Antes de que pudiera decir algo más, el clamor se tornó en un rugido de furia, la multitud exigía que les entregaran a los supuestos agresores, que los castigaran y lastimaran de formas crueles, incluso creativas. Alberto sonrió a medias, sólo por un momento, antes de continuar.

—Ella se encuentra bien, está recibiendo auxilio y no sufrió heridas graves.

Pero lo más importante en este momento, compañeros, es que demostremos, aquí y ahora, que somos mejores que ellos, que nosotros tenemos humanidad, respeto por nuestros semejantes y, sobre todo, por la justicia. Así que les pido a todos que nos permitamos calmar los ánimos, que así como hemos actuado con ecuanimidad y calma ante las agresiones previas, hoy hagamos historia

entregando a estos hombres a las autoridades, y que nos aseguremos de que paguen por sus crímenes, de acuerdo con lo que dicta la ley.

La multitud respondió a medias, la mayoría aún demandaba una retribución inmediata, por lo que Lujano tuvo que apelar al sentimentalismo.

—Yo sé, compañeros, que la sangre hierve en este momento, pero pensemos un poco, tomemos unos momentos para recapacitar y pensar en lo que nuestra compañera, Alicia, querría. ¿Qué haría ella, compañeros?

Con esto, el volumen de los reclamos se redujo de forma considerable. Alberto aprovechó para seguir.

—¿Qué clase de movimiento querría ver ella, compañeros? ¿Creen que, si pudiera estar en este momento frente a estos sujetos, los lincharía?

Un murmullo se esparció entre la gente, ganando fuerza gradualmente, era un “no” prolongado, que se repetía de boca en boca, se contagiaba hasta convertirse en un tono generalizado. Lujano asintió, satisfecho.

—Así es, compañeros, Alicia pensaría en lo que es mejor, en lo que demuestra lo que somos en realidad: un movimiento positivo, una Coalición que lucha por la justicia, por mejorar la vida de todos, no por hacer la guerra. Por eso, hemos reunido a un grupo de testigos que acudirán al ministerio público y entregarán a estos hombres. Al resto de ustedes, les pido que vuelvan a sus casas, que vayan tranquilos y procuren estar acompañados en todo momento.

Comuniquen lo que ha sucedido hoy, que el mundo se entere de que no pueden dividirnos, que no pueden intimidarnos, pues tenemos la razón y la justicia de nuestra parte.

Dicho esto, Alberto pasó el micrófono a uno de los dirigentes grupales y le pidió que indicara la ubicación de los puestos de auxilio, en caso de que alguien aún necesitara ayuda.

La gente, satisfecha con la resolución del momento, empezó a cantar y echar porras; se había generado un ambiente de camaradería, de comunidad, como reacción tardía ante la amenaza y el pánico.

Alberto se despidió de sus colaboradores, dejando a Fernando a cargo de las operaciones restantes, y se fue mientras hacía una llamada.

—Gerardo, necesito verte ahora mismo. Donde siempre. ¿Quince minutos?, bien.

Colgó y se alejó rápidamente del bullicio, sin atender a la gente que trataba de acercarse para estrechar su mano.

Unos minutos después, Alberto llegó a la oficina donde antes trabajara con Santiago, que ahora utilizaba para llevar a cabo las reuniones para las que requería la mayor privacidad posible.

El Comandante Gerardo Gutiérrez apareció un poco después, se veía tranquilo, lo que contrastaba con la evidente agitación de Lujano, a quien extendió la mano para saludarlo, pero su gesto pasó desapercibido.

En su lugar, Alberto atajó de inmediato.

—Se la llevaron, Gerardo.

—¿Qué?

—Que se llevaron a Alicia.

—¿Cómo que se la llevaron? ¿Cómo, dónde?

—Hace un rato, en la manifestación, unos cabrones empezaron a tirar petardos y uno cayó en la tarima, le pegó en el brazo y se cayó. Fueron como 20 segundos que no la vi, pero con eso tuvieron para llevársela.

—¿Y luego?

—Pues no sé cómo le hicieron, pero vi que eran dos; después me entró una llamada.

—¿Alguien conocido?

—No sé, la voz estaba distorsionada, pero dijo que me llamaría en la noche.

—¿Pidió algo?

—No, nada todavía, pero seguro va a querer algo grande.

—Okey, okey. ¿Tienes el número?

—Estaba bloqueado.

Gutiérrez dio unos pasos por la oficina, pensativo. Alberto lo miró con suspicacia, luego se animó a preguntar.

—¿No fuiste tú?

Gerardo se detuvo, volteó a ver al joven con expresión de incredulidad.

—¿En serio me estás preguntando eso?

—¡Pues sí! Ahorita no sé quién es amigo y quién no.

—Eres un pendejo, Beto. ¿Cómo voy a ser yo si lo que más me interesa es ayudarles?

—¡Dijiste que íbamos a estar seguros, que nos tenías bien protegidos!

—¡En su casa, cabrón! No puedo controlar lo que sucede en una manifestación al aire libre, en pleno zócalo, con pinches miles de personas alrededor. ¡Si no hago milagros!

—¿Me lo juras que no fuiste tú?

—Mira, nomás porque la situación está jodida voy a hacer como que no dijiste nada, pero donde me vuelvas a acusar te rompo la madre, ¿estamos?

—Bueno, ¿entonces quién fue?

—¡Pues no sé! Tengo que investigar un poco.

Gutiérrez pensó un segundo más, luego continuó.

—A ver, pensemos. ¿Alguien más sabe que se la llevaron?

—Seguro, Fernando, pero sabe que no debe decir nada.

—¿Y quién más?

—No, pues no sé. Puede que algunos que vieron que se cayó, pero en el pánico, a lo mejor ni se fijaron.

—Bien, eso está bien. Por ahora, vete a tu casa y trata de distraerte con algo, yo te mando a alguien que te cuide la espalda mientras vemos cómo arreglar esto.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—¿Cómo? Pues lo que hago, averiguar con quién estamos lidiando y qué quieren.

Alberto bajó la cabeza, de pronto rendido.

—¿Y si la matan?

—No, Alberto, si quisieran matarlos habrían usado un francotirador o una granada, o algo más letal que un pinche petardo. Piensa, lo que quieren es asustarlos, que se echen para atrás o exigirles algo que ustedes no quieren dar por la buena. Si ustedes dan una orden, la Coalición los obedece. Los quieren vivos, pero controlados.

—¿Cómo sabes?

—Es lo que yo haría.

Esta noción no ayudó a reducir las sospechas de Alberto, pero no le quedó más opción que aceptar la situación tal como se presentaba.

—¿Puedes encontrarla? ¿No va a pasar lo mismo que con Santiago?

Gerardo resintió el comentario, la muerte de Reddell le pesaba en lo profundo del alma, era una culpa que siempre cargaría consigo.

—Pues lo vamos a intentar, pero lo primero es definir quién se la llevó. Se me hace que contrataron a alguien, no creo que el ejército ni la policía sean capaces de algo así. Esto viene de otro lado.

—¡Tienes que encontrarla!

Alberto se acercó con un índice apuntando al rostro de Gerardo, que alejó el brazo de un manotazo; le molestaba la actitud de Lujano.

—¡Ya, pues! Yo sé que estás alterado, pero no te conviene estar hostigando a quien busca ayudarte, cabrón. Vete al departamento y espera la llamada, yo voy a hacer lo mío y te aviso en cuanto tenga alguna noticia.

Gutiérrez tomó a Alberto por los hombros y lo obligó a caminar hacia la puerta de la oficina. Salieron juntos.

Por la noche, en su departamento, Alberto esperaba con ansias la llamada del secuestrador y alguna noticia de Gerardo. Sentado en el sofá, con las luces apagadas, se había quedado muy quieto, mirando al techo, con el teléfono prestado en una mano.

Repasaba en su mente el orden de los hechos, la voz distorsionada y el brazo sangrante de Alicia. Le asustaba la idea de no volver a verla, de que estuviera muerta o, peor, que le hicieran lo que a Samantha, cuando se la llevaron junto con Santiago.

Sintió entonces el aguijón de la culpa, apretó los ojos y le pareció que sus tripas se estrujaban. Trató de luchar contra esas sensaciones, pero lo único que logró fue dar forma a otra idea, una que ya había tenido antes, pero que trataba de negar con toda su fuerza.

Era la noción de aprovechar la desaparición de Alicia como catalizador para dar el siguiente paso importante en la vida de la CIM. Se le ocurría que, sin ella de por medio, él era el único líder preparado para llevar al Movimiento al triunfo final, que no habría nadie para cuestionar sus ideas, pero debía ser inteligente y hacer las cosas con cuidado, ya que podría despertar sospechas si se mostraba ansioso por afirmar su poder.

Se interrumpió y regañó por pensar cosas que le parecían viles, pero la voz le aconsejaba descartar la culpa e insistía, para convencerlo de que era lo mejor que podría haber sucedido, que sólo él tenía la visión y la convicción para sacrificar todo lo que fuera necesario por obtener la victoria. Él era el único que podría garantizar la supervivencia de la Coalición y ganar la guerra contra el sistema corrupto, responsable de la desaparición de su novia, de la muerte de su mejor amigo.

Sería una venganza espectacular, algo sin precedentes en la historia de México. Tendría que planear bien sus movimientos, idear alguna forma de forzar la transición del poder sin arriesgar la vida de los miembros del Movimiento, sin someterlos a una violencia para la que no estaban listos y que, probablemente, no estarían dispuestos a vivir.

Una guerra abierta no sólo sería inútil, sino contraproducente, pues debilitaría la voluntad de la gente y desgastaría su compromiso con el cambio al grado de disolver la CIM o, peor, estancarse en un círculo vicioso de acciones sin futuro.

No. La solución debía ser mucho más simple, más sutil, incluso elegante, de modo que el cambio fuera seguro en todo sentido.

Consideró todos los elementos que tenía la mano, empezó a calcular las posibilidades y los ámbitos de influencia de todos los contactos que conocía, desde el personal del Sindicato hasta Gerardo Gutiérrez, de quien aún sospechaba un poco, pero que podía ser clave para consumir sus objetivos.

Sonó en ese momento el timbre de la puerta, que lo devolvió al presente.

Alberto miró el teléfono, que no había sonado para nada hasta entonces; se levantó con desgano, más por la interrupción de sus cavilaciones que por otra cosa. Fue y abrió la puerta, y dejó entrar a Fernando, que se veía agotado.

—¿Estás bien? ¿Cómo les fue?

—Bien, aunque fue más perder el tiempo escuchando pretextos y convenciendo a los del MP de hacer su trabajo. ¿Tú cómo estás? ¿Alguna noticia?

Alberto se encaminó a la sala y le indicó al otro que lo siguiera. Respondió mientras se sentaban.

—Nada. Sigo esperando, pero ya no puedo. Te juro que quiero hacer algo, pero no sé qué, ni por dónde empezar.

—Sí, me imagino. ¿Hablaste con Gerardo?

Alberto asintió, dejó el teléfono sobre la mesa.

—Sí, pero dice que no sabe nada. No sé si creerle.

—¿Por qué? Hasta ahora no había fallado, ¿no?

—Pues no, pero en estos asuntos no sabe uno realmente si puede confiar en todo el mundo. Hasta podría sospechar de Joaquín, si tuviera una sola razón para hacerlo.

—¿Joaquín, el del Sindicato?

—Sí. Mal ejemplo, ya sé, pero estoy desesperado, ya no sé qué pensar ni a dónde voltear.

En ese momento se encendió la pantalla del celular y el aparato comenzó a vibrar. La llamada provenía de un número privado. Alberto palideció de pronto, apretó las manos en el tapiz del sofá y respiró profundo antes de responder.

—¿Hola?

—¡Alberto! Qué gusto escucharte de nuevo. ¿Sabes quién habla?

La voz distorsionada sonaba, más que cortés, alegre; parecía que se burlaba.

—¿Dónde está Alicia? ¿Le hiciste algo? Te juro que si la lastimas te voy a encontrar y...

—¿Y qué, Alberto? No sabes quién soy ni dónde estoy. Tu noviecita está bien, en este momento está descansando; su día estuvo muy ajetreado y necesita recuperar su energía. No le hemos hecho nada, no te preocupes; somos profesionales y lo que queremos es realizar una transacción comercial exitosa, eso es todo.

—¿Cómo que una transacción? ¡Es un secuestro!

—No lo niego, pero esto se trata de lograr un intercambio que resulte satisfactorio para todos, Alberto. Es tan sencillo como entender que yo tengo algo que tú quieres y estoy dispuesto a dártelo, si me das lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

—Ah, pues muy fácil: quiero que agarres tus cositas y te largues del país, en silencio, sin decirle nada a nadie; quiero que desaparezcas y te lleves a tu novia, que vivan felices en cualquier lugar del mundo que se les antoje, menos aquí. Si no volvemos a verlos jamás, van a estar seguros, pero si alguno de mis

asociados o yo escuchamos algo siquiera relacionado con ustedes, si intentan armar otra organización, donde quiera que se encuentren, entonces vamos a tener problemas. ¿Qué te parece? Es un buen trato, ¿no?

—¿Y qué me garantiza que no le hagas daño a Alicia?

—Nada, Alberto, pero no estás en posición de exigir ninguna garantía.

Piénsalo, tienes quince minutos.

Se cortó la llamada, Lujano dejó caer el teléfono sobre la mesa de centro y se echó hacia atrás en el sofá; Fernando lo miraba, preocupado.

—¿Qué pasó, qué quieren?

Alberto se frotó la cara con ambas manos, resopló con fuerza, luego entrelazó los dedos y bajó los brazos.

—Que desaparezcamos. Quieren que me lleve lejos a Alicia y que nunca volvamos.

—¿Nada más?

—¿Cómo que nada más? ¡Significa renunciar a todo: a nuestra vida, a la Coalición, a la lucha!

—Pero si con eso pueden salvar la vida, pues vale la pena, ¿no?

—Piensa, Fernando, imagínate lo que diría Alicia si te escuchara en este momento. ¿Tú crees que se quedaría conforme con algo así? ¿Crees que respondería a una amenaza de esa forma?

—Bueno, no, pero te están diciendo a ti, no a ella.

Alberto asintió, le pesaba esa responsabilidad más que cualquier otra cosa en su vida. Pensó unos segundos, su expresión tensa; negó con la cabeza después.

—No. No puedo, Fernando. No puedo agarrar y renunciar a todo lo que hemos logrado en estos años. No es lo que ella querría ni es lo correcto.

—¿Entonces?

—Pues no sé. No sé qué hacer. Gerardo quedó de hablarme en cuanto tuviera alguna noticia, pero nada; tampoco contesta su celular ni parece que vaya a ayudarnos de ninguna forma, por ahora.

—Bueno, seguro está trabajando para solucionar las cosas.

—¡Pues debería apurarse! Este asunto es muy delicado y estoy a punto de tomar una decisión que va a cambiarlo todo. No quiero hacer eso sin saber lo que sucede, sin al menos entender un poco más para decidir con información de veras útil.

Fernando asintió, no había nada que pudiera decir para aliviar la ansiedad y la frustración de Lujano. Lo único que quedaba era esperar a que algo sucediera, algo que cambiara el juego de alguna forma.

Gerardo se detuvo frente a la cerca del ultramoderno edificio de departamentos que se encontraba cerca de la caseta a Toluca. Se identificó ante las cámaras y esperó a que se abriera el portón automático para entrar.

Condujo hasta el estacionamiento y bajó al primer nivel subterráneo, por indicación de los guardias. Se estacionó junto a dos imponentes camionetas blancas, flanqueadas por guaruras con la misma disposición. Bajó del auto y, escoltado por uno de los sujetos, caminó hacia el ascensor rápido, que lo llevó al último piso de una torre de reciente construcción.

Unos segundos después, las puertas se abrieron para dar paso al penthouse, en el piso 30, donde lo aguardaban cuatro individuos más, bien armados y entrenados.

Uno de ellos le ordenó que levantara los brazos y lo examinó de arriba abajo, en busca de algún arma o dispositivo. Sólo encontró la pistola que el Comandante siempre llevaba consigo.

Una vez desarmado, el mismo guarura lo guió a la cocina, donde Silvia Linera aguardaba sentada frente a la barra de la cocina, mirando por la ventana hacia la ciudad.

—¿Por qué tardaste tanto? —Preguntó ella, fingiendo impaciencia-.

Gerardo se mostraba incómodo, miraba a todos lados al hablar.

—Porque tuve que apaciguar algunas lenguas antes de poder zafarme. La de Alberto, principalmente.

Silvia lo miró con una sonrisa de desagrado.

—Ese niño no puede hacer nada en este momento —Respondió con desprecio-.

—Tal vez —Reviró Gerardo, un poco molesto-, pero es impulsivo y, si lo empujamos de más, puede echar a perder todo, incluso lo que él mismo ha construido.

—Te preocupas demasiado, Gerardo. ¿Acaso no confías en mí?

Gutiérrez le lanzó una mirada incisiva, apretó la quijada y tragó saliva con fuerza.

—¿Después de lo que le hiciste a Santiago, crees que puedo confiar en ti?

Silvia se levantó y anduvo hacia un dispensador de agua, tomó un vaso cercano y empezó servirse.

—¿Lo que yo hice? —Preguntó, fingiendo estar ofendida-.

—Sí, tú.

—¿Cómo puedes acusarme de algo, sabiendo bien cómo se dieron las cosas?

Gerardo apoyó un puño sobre la barra. Habló esforzándose por mantener el control.

—Tú fuiste la que les ordenó a esos dos encontrar a los líderes.

—Sí, pero no fui yo la que llamó para denunciar a Santiago.

Silvia terminó de servir agua, hizo una pausa para beber con toda calma, mientras Gerardo la miraba con intensidad.

—Además —por fin continuó Linera-, te entregué a Matías, ¿no?

—Eso no es suficiente.

El tono del Comandante era seco, frío. Silvia sabía que le guardaba rencor, pero le preocupaba muy poco; estaba acostumbrada.

—Estoy de acuerdo, Gerardo —Agregó ella-. Nada de esto va a reparar lo que sufrieron Reddell y su esposa, pero al menos vamos a poder evitar que pasen cosas peores.

Gutiérrez miró a un lado, aún con los labios apretados y la quijada tensa.

Quería lastimar a esa mujer, hacerla sufrir aunque fuera un momento, con intensidad, pero mientras que la vida de Alicia estuviera en juego, tenía que seguir su corriente.

—¿Dónde está Alicia? —Preguntó, por fin-.

Silvia bebió con toda tranquilidad antes de responder. Una vez que vació el vaso, lo puso a un lado y se acercó a Gerardo, con actitud seductora.

—Está aquí, en uno de los cuartos.

—¿Está bien?

—Estuvo inconsciente un rato. Tuvimos que coserle la herida, pero no fue nada grave.

—¿Y qué sigue?

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

Silvia apoyó los codos sobre la mesa, enmarcando su busto entre los brazos, en dirección a Gutiérrez.

—¿Cómo puedes decir eso? —Habló con voz sedosa- En serio no confías en mí, ¿verdad?

Gutiérrez, en lugar de retroceder, se inclinó hacia ella, muy serio.

—Muy en serio —Susurró-. Pero no me has respondido. ¿Qué sigue?

Silvia sonrió, divertida. Con una mano trató de acomodar parte del fleco de Gerardo, pero él la detuvo con la suya.

—Silvia. ¿Qué sigue?

Ella miró la mano de él, notó su anillo de matrimonio; se zafó del agarre y chasqueó los labios, inconforme.

—Se me olvida que sigues enamorado de tu esposa —Lo miró con intensidad-.

No puedo jugar contigo.

Él sabía que lo hacía, aunque lo negara. Estaba acostumbrado a lidiar con mujeres más inteligentes que él, pero también, por desgracia, se había habituado a salir perdiendo.

—Necesito saber, Silvia.

—Ay, bueno, te digo. ¿Qué hora es?

Gerardo miró su reloj.

—Faltan cinco para las nueve.

—Déjame ver. ¿Qué sigue?

Silvia se llevó una mano a la boca, en una pose coqueta donde fingía pensar.

Aún sabiendo lo que Gerardo opinaba de ella, fingía ser “sólo una chica”,

quizás por costumbre, quizás por colmarle la paciencia.

Él golpeteó con los dedos sobre la barra mientras aguardaba. Cuando estaba a punto de insistir, ella por fin habló.

—¡Ah, sí! Casi terminan los quince minutos. Es hora de hablarle al héroe del pueblo, para ver qué decide.

—¿Qué pasa si dice que sí?

—Muy fácil —Respondió ella con soltura-. Los tortolitos se van del país y seguimos la farsa desde donde ellos la dejaron.

Silvia sonrió como si concluyera la plática y se encaminó para salir de la cocina. Cuando pasó junto a él, Gerardo la tomó por el brazo para detenerla.

La miró fijamente a los ojos.

—¿Y si dice que no?

Silvia tomó la mano que la detenía y se la quitó de encima con firmeza, lentamente. Le devolvió la mirada.

—Soy una mujer de palabra, Comandante. Sería malo para mi reputación hacer algo contrario a lo que digo.

Linera se alejó con toda calma.

—Valsan está en el estacionamiento —Le anunció a Gerardo sin detenerse-.

Los muchachos tienen la llave.

Gerardo debatía consigo mismo sobre lo que debía hacer. Por fin se desharía del último vestigio del difunto Pech, y odiaba a Alberto Lujano por lo que le hizo

a los Reddell, pero también detestaba la idea de dejar a Alicia Santana a merced de esa mujer despiadada.

Salió de la cocina y se encontró de frente con los cuatro guaruras, que lo miraban fijamente, como aguardando algún movimiento súbito de su parte, para tener la oportunidad de someterlo. Gerardo no hizo nada más que caminar de vuelta al ascensor.

Cuando estaba por abandonar el penthouse, uno de los guardaespaldas le entregó las llaves de un auto y su arma.

—Gracias —Dijo él, con sequedad. El otro no mostró ninguna reacción-.

El Comandante volvió al estacionamiento y encontró un auto lujoso, sin placas, junto al suyo. Sacó la llave electrónica de su bolsillo y presionó el botón para desactivar la alarma. El auto desconocido reaccionó con dos pitazos y flashes de las luces exteriores.

Gutiérrez se acercó a la cajuela y presionó el botón para abrirla. Dentro encontró al hombre que, hasta unas semanas atrás, antes de enterarse de lo que Alberto había hecho, era el último eslabón en su cadena de venganza.

René Valsan estaba atado de pies y manos, amordazado y con los ojos vendados. Gerardo lo dejó ver antes de hablarle.

—¿Qué pasó, René? —Lo saludó con familiaridad- ¿Pensaste que me iba a olvidar de ti?

Valsan parpadeó, tratando de enfocar después de horas de estar a oscuras.

Cuando reconoció el rostro del Comandante, se le fue la sangre del rostro.

Trató de hablar, pero sus palabras eran ininteligibles. Gerardo sonrió con ironía.

—¿Sabes? Se está pagando un precio muy alto por tu cabeza, René. ¿Quién hubiera dicho que un pedazo de mierda como tú saldría tan caro?

René trató de hablar de nuevo, con desesperación. Gerardo se acercó a él, como si tratara de entenderle.

—¿Qué dices? ¿Que trabajas para la Primera Dama?

El Comandante se irguió, riendo.

—Pobre imbécil. ¿Quién crees que te puso aquí?

El coronel se quedó muy quieto, en silencio, al escuchar eso. Sus ojos se abrieron casi hasta salir de sus órbitas, y un momento después comenzó a agitarse con violencia, a gritar y lloriquear.

Gerardo trató de contenerse, pero ver a su enemigo actuar de manera tan patética le llenaba el alma de alegría.

—Cálmate, mi rey; guarda un poquito de energía, que esta noche va a ser muy larga.

René no escuchó eso. Mientras seguía sacudiéndose, Gerardo cerró de nuevo la cajuela, subió al auto y salió del lugar.

Pasaron los quince minutos y el teléfono cobró vida de nuevo. Alberto se apresuró a responder la llamada.

—¿Sí?

—Alberto, se acabó el tiempo. ¿Qué decides?

Las miradas de Lujano y Fernando se cruzaron. Arana estaba expectante, preocupado, mientras que el otro parecía asustado, no por el riesgo que representaba confiar en la palabra de un secuestrador anónimo, sino por las consecuencias que con certeza traería su decisión, que había tomado en lo

profundo de su mente desde el momento en que se hicieron claras las condiciones para liberar a Alicia.

Alberto abrió la boca, no quedaba más esperanza, ni utilidad en postergar las palabras que tenía que decir; sin embargo, su voz se negaba a salir. El secuestrador mostró su impaciencia sin reservas.

—Alberto, por favor, soy una persona muy ocupada y tengo otros negocios que atender, no me faltes al respeto haciéndome esperar. Si te portas bien conmigo, todo va a salir perfecto, así que, ¿qué hacemos?

Con un hilo de voz, con la duda que conllevan las decisiones más graves, Lujano pronunció una sola palabra.

—No.

—¿Qué?

—No puedo... No puedo aceptar esas condiciones. Simplemente no puedo.

—¿Es en serio? ¿Entiendes lo que eso significa para tu novia?

—Esto... —Las palabras se le aglutinaban en la garganta a Alberto, que pasó saliva con urgencia- Estoy seguro de que Alicia querría que así fuera.

Se escucharon ruidos de movimiento en el auricular. La voz que sonó a continuación dejó helado a Lujano.

—¿Alberto, eres tú?

El nudo que tenía en su garganta se apretó tanto que le quemaba, sus ojos se inundaron en ese momento y empezó a llorar, desesperado, escuchando a Alicia.

—¡Alberto! ¡No les des nada! ¡NADA! No importa lo que quieran, yo voy a estar bien, no te preocupes. Tú haz lo que tengas que hacer, ¡pero no te rindas! ¡Te amo, Alberto! ¡No, déjenme! ¡Alberto, no te rindas!

Alicia siguió gritando mientras su voz se perdía en la distancia; de nuevo habló la voz alterada; su sorpresa evidente, incluso detrás de la distorsión.

—Son una verdadera inspiración, jóvenes. Ambos son tan... fuertes, tan comprometidos; ¡pero Alicia! ¿Que tome las cosas de esa forma? Su convicción es más que impresionante, ahora entiendo por qué la quieren tanto. Casi es una lástima tener que matarla cuando podría haber tenido un gran futuro. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

Alberto aún sollozaba; le tomó unos segundos calmarse lo suficiente para responder con voz firme.

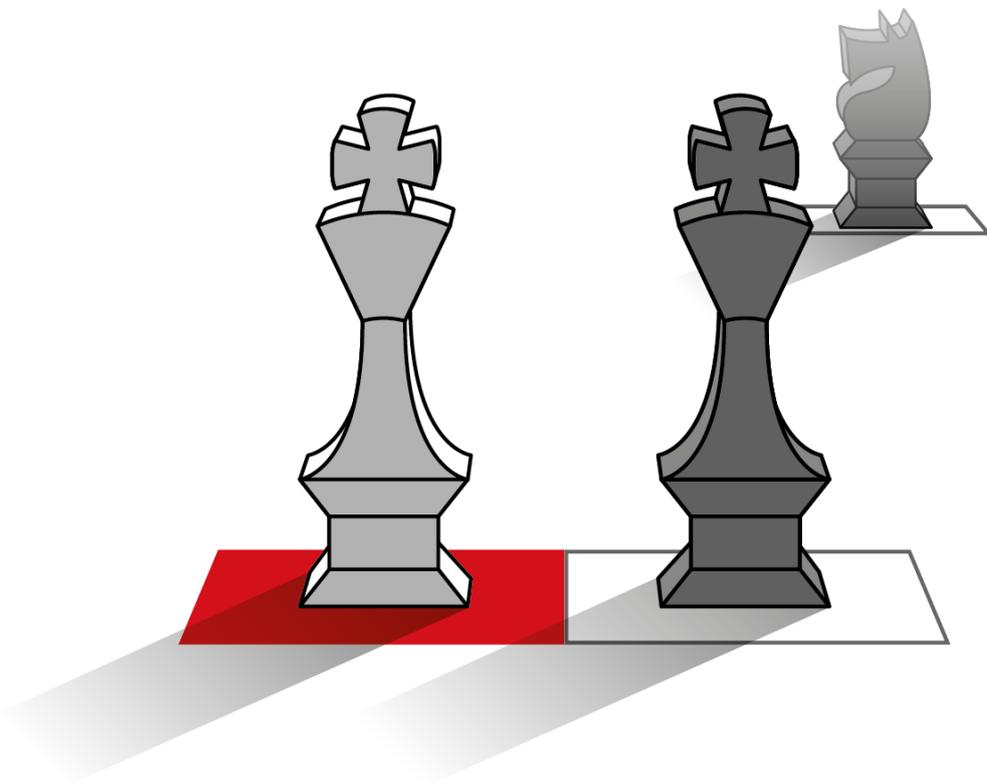
—Nunca se van a librar de nosotros, ¿me oyes? Nunca vamos a dejar de luchar ni van a estar en paz un solo día de sus vidas. ¡Los vamos a encontrar y entonces, van a ver que se metieron con las personas equivocadas!

El secuestrador cortó la llamada en ese momento. Alberto siguió hablando, aumentando de volumen conforme avanzaba, hasta gritar con toda su fuerza.

—¡Cuando los encuentre, cabrón, los voy a destrozar! ¡Los voy a ir rompiendo poquito a poco; voy a hacer que les duela todo el daño que nos están haciendo; me voy a cobrar todo mil veces, hijo de la chingada! ¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar y luego voy a ir por todos los que te conocen!

Lujano gritó, con lágrimas en los ojos, el rostro inyectado de sangre, y se tiró en el sofá, rendido, llorando desconsolado. Fernando lo miraba, luego bajó la cabeza; le pesaba terriblemente la impotencia.

X
Una historia de monstruos



Una historia de monstruos

Después de eliminar a los alfiles y un caballo del Ajedrecista, la reina de Alberto cayó en un descuido, derrotada por un peón que, discreto, había permanecido inmóvil toda la partida, frente al caballo restante, el más cercano al rey.

El viejo miró el tablero, satisfecho por cómo se había desarrollado el juego hasta el momento; era su turno, pero se lo tomaría con calma porque disfrutaba la situación, a diferencia de Lujano, que se veía agitado de nuevo.

Alberto buscó en sus bolsillos, pero su teléfono estaba resguardado en la entrada, por el personal de las instalaciones; miró a su alrededor y, por primera vez, se hizo consciente de que no había ni una sola ventana, ni entrada alguna de luz natural; la única iluminación provenía de las lámparas que colgaban del techo.

Se sintió oprimido, miraba hacia todos lados, sudaba frío. Su oponente lo miró, extrañado.

—¿Estás bien? —Preguntó el anfitrión- ¿Quieres tomar un descanso o que te traigan agua?

—¿Qué? No... Sí, estoy bien, sólo quiero terminar lo más pronto posible.

—Ya falta menos.

—¿Me puede decir qué hora es?

El Ajedrecista levantó ambos brazos y mostró sus muñecas, no llevaba reloj.

—Lo siento, Alberto, yo tampoco tengo mucha idea de la hora. Es difícil advertir el paso del tiempo aquí dentro, ¿no?

Lujano se frotó las manos en el pantalón, lo más discretamente que pudo; se acomodó en la silla y cruzó la pierna. Sintió en la pantorrilla el contorno rígido de un objeto que había olvidado que portaba. Puso los dos pies en el suelo y se irguió, su postura más rígida que antes. Recordar que llevaba una pistola en el tobillo lo tranquilizó, le devolvió la seguridad.

—¿Sabes, Alberto? Esa decisión que tomaste, renunciar a Alicia con tal de mantener vivas tus ambiciones, eso puedo respetarlo.

Las palabras le cayeron como agua fría a Lujano, que no supo qué responder, aunque no fue necesario hacerlo, pues el otro siguió.

—Imagino que muchos de tus colaboradores tienen su propia opinión al respecto, seguramente algunos mostraron su desacuerdo abiertamente, ¿no? Me pregunto qué habrás pensado sobre ellos cuando te retaron por sacrificar a tu pareja, a la que se había convertido en el corazón de la insurgencia.

—No pensé nada —La voz de Alberto era monótona—.

—¿Nada? ¿No se te ocurrió entregarlos o tenderles alguna trampa? Digo, no que hayas pensado en matarlos tú mismo, ni en pagarle a alguien para hacerlo; pero dadas tus decisiones pasadas, no queda mucho espacio para dudar de lo que eres capaz de hacer cuando alguien te presiona.

—Los que no estuvieron de acuerdo con mi decisión tenían la razón al cuestionarme, pero no había nada que pudieran hacer para cambiar los hechos.

—¿Qué sentiste? ¿En qué momento te diste cuenta de que no volverías a ver a Alicia? Al final de cuentas, pudiste vivir con lo que le hiciste a Santiago y aquí estás. ¿Algo fue diferente con ella?

—Se sintió exactamente igual. Fue como traicionar todo lo que le había dicho desde que la conocí; todo lo que sentía por ella y lo que queríamos hacer juntos.

—Y aun así, decidiste soltarla, dejarla a merced de un grupo de desconocidos capaces de hacerle cosas despreciables.

—Era la única opción para mantener vivo el Movimiento; si Alicia y yo desaparecíamos, no sólo nosotros habríamos perdido todo, sino que la Coalición se habría disuelto; los grupos volverían a sus acciones aisladas, de impacto limitado, y pronto la gente se olvidaría de que en algún momento estuvimos así de cerca.

—No sabes eso.

—Sí, lo sé. Estoy seguro.

—¿Por completo? ¿No crees que hay personas con la misma convicción, con la misma capacidad de liderar que tú?

—No. Póngase por un momento en la posición de la gente de la Coalición: después de muchos años de trabajar por una causa, por fin llegan individuos a quien no sólo usted, sino sus compañeros y los de otros grupos, están dispuestos a seguir hasta las últimas consecuencias, y de pronto, por una amenaza, esos individuos se echan para atrás. ¿Qué le quedaría a usted? ¿Crearía en el siguiente sujeto que prometiera llegar hasta la victoria?

Alberto hizo una pausa, tragó saliva y siguió, un poco más asertivo conforme avanzaba en su argumento.

—Usted parece creer que no entiendo lo que he hecho. Se esfuerza mucho por enfrentarme con mis propios pecados y esto lo hace predecible. Yo sé que hay algunas personas que, quizás, podrían haber levantado la antorcha si Alicia y yo desaparecíamos del mapa, pero entonces, ¿qué sucedería con nosotros? Nuestros nombres se borrarían de la memoria de la gente, sabríamos que nos quedamos muy cerca de lograr nuestros objetivos, pero que nos dejamos vencer por el miedo. ¿Con qué preferiría vivir usted?

El Ajedrecista reaccionó con sutileza ante esta pregunta, pero decidió evadirla por el momento.

—Podría apostar a que Alicia no habría desaparecido por completo de la memoria.

—Pero no habría sido lo mismo. Los mártires se convierten en leyenda, los cobardes se olvidan en poco tiempo.

—¿Eso es lo que quieres para ella, que sea una leyenda?

—Es lo que quiero para el Movimiento, lo que quiero para México. Quiero que tengamos héroes en los que podamos creer, pero no los que nos enseñaron en la escuela, que son obsoletos, por no decir más; ellos no pueden mostrarnos el camino hacia la justicia en un país que no se parece en nada a lo que, según nos cuentan, ellos crearon con su sacrificio. Necesitamos rostros y nombres nuevos, y si Alicia Santana puede pasar a la historia como parte del movimiento social que creó una nueva realidad, un país más justo y seguro para vivir, entonces creo que tomé la decisión correcta.

—¿Aun si sufrió cosas terribles?

—Aún más por eso. La gente adora a los personajes que sacrifican todo por una causa, que se entregan en alma y cuerpo por el bienestar de la mayoría.

Vamos, las religiones más populares se basan en este argumento para atraer feligreses.

—Ya veo.

Lujano cruzó los brazos, se recargó en el respaldo de su silla.

—¿Cree que soy cruel?

—Sí, definitivamente.

—Yo creo que soy pragmático.

—¿Por qué?

—En primer lugar, el sufrimiento ajeno no me genera ningún placer; en segundo, busco resolver las cosas de la manera más directa y sencilla posible, sin pensar en sutilezas ni en cuestiones subjetivas. Considero que la mejor forma de lograr una transición es forzarla.

—¿Pero qué pasa después?

El Ajedrecista sacó, de una de las solapas de su saco, un trozo de papel doblado por la mitad; lo puso sobre la mesa y movió el caballo que había permanecido en su sitio inicial hasta ese momento.

—Si te entrego este papel en este momento, si tú vas a la ubicación anotada, a la hora indicada, ¿qué vas a hacer? ¿Jalar el gatillo?

Alberto miró el papel con avaricia, se inclinó hacia adelante. El otro continuó.

—¿Qué sigue después del disparo? ¿Crees que ahí termina el asunto, que se abren las puertas y te introduces a la luz de la gloria, y ya?

El joven respiraba con intensidad, apoyó los codos sobre la mesa y después, muy despacio, bajó el brazo derecho hacia su pierna, acercándose al tobillo con los dedos.

—Es más, ahora mismo, ¿qué crees que suceda si me disparas y tomas el papel por la fuerza?

Lujano se paralizó, sorprendido.

—¿Tú crees que mis hombres te dejarían irte así, como si nada? Tal vez imagines que puedes disparar y de alguna forma ocultar el sonido; que puedes abrir esa puerta para salir; o tal vez piensas que puedes enfrentar a la gente que se interpondría en tu camino. ¿Qué tienes ahí, un revólver con seis balas? No son disparos suficientes para salir con vida de este lugar, incluso si fueras un excelente tirador. Además, yo sé que ninguna de esas balas tiene mi nombre escrito, así que tengo la confianza de que, si llegases a apuntar el cañón hacia mi persona, sólo lo harías con la intención de intimidarme, pero te advierto de una vez que no funcionaría, así que podemos ahorrarnos el drama.

—¿Cómo diablos?

—Alberto, por favor, ¿en serio crees que mi gente es incompetente?

Toda noción que el joven tenía de control sobre la situación terminó por romperse en ese momento; se vio de pronto como una de las piezas en el tablero, como el rey que, a pesar de ser la clave de la victoria o la derrota, es incapaz de decidir por sí mismo lo que hará en cada turno para salvar su vida.

El Ajedrecista le sonrió, compasivo.

—No te culpo por seguir tus convicciones hasta el extremo más peligroso; como te dije antes, eso es lo que respeto de ti. Lo que me disgusta es que seas hipócrita, que pretendas ser algo que no eres.

El joven, paralizado, miraba el papel con los ojos bien abiertos; se le había secado la boca y trataba de tragar saliva, sin éxito. Mantenía su atención en el

objetivo, aunque no supiera cómo obtenerlo. El viejo notó esto y tomó lo que, para Alberto, en ese momento era el santo grial.

—¿Sabes qué voy a hacer? Te voy a quitar la tentación de hacer algo estúpido. Es una distracción y lo que necesitas es enfocarte en lo que está sucediendo aquí, ahora.

El Ajedrecista sacó un encendedor de la solapa y le prendió fuego a la hoja, que se consumió en unos segundos. Lujano se levantó y empujó la silla hacia atrás, gritando.

—¿Pero qué hace? ¡No puede quemar eso! ¡Es mío! ¡Es lo único que me falta para ganar! ¿No entiende lo que está haciendo?

El viejo soltó la esquina que quedaba del papel y dejó que cayera al suelo mientras terminaba de calcinarse; Alberto vio en su mente cómo se borraba todo lo que había hecho durante los últimos años, los desvelos, la traición a Santiago, el abandono de Alicia; todo se quemaba con esa pequeña pieza. Cayó de rodillas, impotente.

Mientras, el otro disfrutaba el espectáculo; no hacía ningún esfuerzo por ocultar su sonrisa ni su mirada llena de emoción; se levantó del asiento y se sirvió una porción más de la licorera de cristal, luego miró a su alrededor, al amplio espacio interior, las mesas y sus respectivos tableros; las piezas vencidas y las sobrevivientes.

Prestó atención, hasta donde su vista se lo permitió, a los caballos más cercanos a su rey, que en ningún caso se habían movido, sin importar el resultado de la partida. Seguía sonriendo, pero su mirada se tornó melancólica en ese momento, hasta que, detrás de él, Alberto se levantó con el arma en la

mano. Era un revólver plateado, sin número de serie ni marcas que lo identificaran.

El joven líder de la Coalición Insurgente de México empuñaba el arma con seguridad, su brazo casi recto, el cañón apuntando al rostro del Ajedrecista. La mirada de Lujano era fría; estaba lívido, pero no mostraba ni un rastro de duda sobre lo que sería capaz de hacer en ese momento, para garantizar el triunfo de sus convicciones.

Pronunció una sola palabra:

—Suficiente.

El viejo giró para verlo y bebió de su vaso; su mirada, serena.

—¿Suficiente? Está bien, Alberto, entiendo.

—¡Usted no entiende nada, viejo miserable! Cree que me conoce, que puede predecir todos mis movimientos por haber leído sobre mí o grabar algunas de mis conversaciones. Sí, conoce mucho sobre mis acciones, la gente a la que he utilizado para llegar a donde me encuentro hoy; incluso lo que he sacrificado para lograrlo, pero no entiende nada de lo que eso ha significado. Para usted no es más que un juego sin importancia, porque al parecer, si yo gano, si la Coalición logra la victoria o no, usted de todos modos sale ganando, ¿no? Siempre va a tener su imperio subterráneo para venderle la información al mejor postor, sin considerar las vidas que puedan arruinarse; para usted no tiene ninguna importancia porque no conoce a nadie, porque no tiene que ver a los ojos a la gente que arruina cuando cierra una transacción. Es todo por el negocio, el poder y el dinero. No hay buenos ni malos, ni problemas éticos, porque para usted no existe nadie más allá de estos muros.

Mientras Alberto hablaba, el Ajedrecista se acercó de nuevo a la mesa, bebió un poco más y posó el vaso con cuidado, junto al tablero. Miró el estado de la partida: quedaban pocas piezas, el caballo adelantado resaltaba en lo que era una defensa sólida de las piezas negras.

—Pero ya fue suficiente, ya no tengo tiempo para esperar a que le den ganas de darme la información por la que vine. Traté de hacerle saber que el precio no era importante, que le pagaría su dinero sin importar la cantidad que pusiera de por medio, pero no aceptó; tenía que hacerse el interesante y tratar de humillarme, una y otra vez.

El viejo sonrió, apoyó una mano en el respaldo de su silla y se movió un poco hacia Alberto, que retrocedió por instinto, girando en torno de la mesa. Al notar esto, el Ajedrecista siguió moviéndose lentamente mientras hablaba.

—Dices eso, te quejas de no tener tiempo, pero sigues desperdiciando el poco que te queda; lo que es peor, aún no piensas en lo que sigue, en las consecuencias de tus acciones.

—¿Cómo voy a salir de aquí, es eso lo que le preocupa? Si me dice lo que necesito, no voy a tener que pensar en ello y usted va a poder seguir con su miserable existencia.

—El problema es que, si te lo digo en este momento, el juego terminaría, pero tendrías que enfrentar las consecuencias. La situación no es tan sencilla como crees.

—Entonces, disparo y acabo con esto de una buena vez.

—Sí, podrías hacer eso, pero no obtendrías lo que quieres.

—¿Porque usted es el único que conoce la información?

—No, hay otra persona que puede darte lo que buscas, pero no está aquí ahora. Tu problema es que no tienes ningún control sobre nada y, aunque lo intentes de mil maneras, es imposible que lo tomes.

—¿Está diciendo que no tengo opciones?

—Tampoco es eso. Puedes dispararme y ver qué pasa después, o sentarte y terminar el juego de forma civilizada.

El Ajedrecista dio un paso largo hacia su oponente, a velocidad suficiente para situarse justo frente al cañón de la pistola sin que el otro pudiera retroceder.

Alberto dudó un momento, su instinto lo obligó a retraer el brazo en el primer instante, pero lo extendió de nuevo, apuntando al pecho del viejo, que siguió hablando.

—¿Qué pasa? Se siente distinto, ¿no? Es muy diferente tratar de matarme a lo que hiciste con Santiago y Alicia, ¿verdad?

Alberto apretó los dientes, su puño se ciñó con fuerza alrededor de la culata del arma, el dedo que tenía en el gatillo tembló con anticipación.

—¿Es esto lo que no entiendo, Alberto? ¿Crees que no he conocido la sensación de impotencia, de pequeñez?

El viejo le dio la espalda y volvió a su silla, tomó el caballo adelantado en su camino; sonreía con pesadez.

—Es lo único que me queda, Alberto; desde hace más de treinta años, eso que sientes ahora es lo último que resta del hombre que solía ser. Creer en algo al grado de sacrificar todo lo que amas por alcanzar tu objetivo, sentir que la gente que te importa se convierte en un obstáculo y darte cuenta de que eres capaz de desecharlos por ello, y ahora, lo que sientes por mí como concepto, como la clave de tu triunfo. No me vas a matar, pero no porque respetes mi

vida ni porque creas que tengo derechos. La única razón por la que no jalas el gatillo es que soy la llave de la última puerta. Sin mí, no puedes consumir tu victoria.

Se sentó de nuevo, señaló la silla de su oponente con la mano libre.

—Siéntate, Alberto. Vamos a terminar la partida.

El joven dudó un momento, pero accedió y se sentó; apoyó las muñecas en la mesa y mantuvo el cañón dirigido al otro; se aferraba al arma como si fuera un talismán que lo hacía sentir seguro, incluso sabiendo que no contenía ningún poder real.

El caballo volvió a su posición adelantada; al soltar la pieza, el rostro del Ajedrecista se oscureció, parecía haber envejecido una década de un momento a otro; se hizo evidente la turbulencia en su mente.

Pregunté a mi invitado si se sentía bien, pues de pronto se había sumergido en un estado de aparente introspección. Las líneas de su rostro se hicieron más profundas; guardaba silencio. Me sentí incómodo, sobre todo después de haber hablado tanto durante las últimas horas. Se acercaba el amanecer y me preguntaba si sería posible poner fin a la visita pronto.

Los ojos del viejo estaban clavados en la mesa, pero su mirada se perdía en la nada; había sucedido de manera súbita, en medio de la descripción de lo que vivió con Alberto Lujano. Le pregunté de nuevo, moviendo las manos frente a su rostro para aumentar la posibilidad de que me prestara atención.

—Oiga, ¡oiga!, ¿está bien? ¿Necesita algo, medicina o ayuda de algún tipo?

El Ajedrecista reaccionó, por fin; me miró y sonrió con cortesía, recuperó su postura de vendedor y habló.

—Ah, disculpa, estaba recordando algo.

Bebió de la taza que tenía en la mano y la puso sobre la mesa; notó los círculos oscuros de otros vasos y tazas en la superficie.

—Realmente deberías usar posavasos.

—¿Qué?

Lo había escuchado, pero la crítica de tirabuzón me sacó de balance. El invitado rectificó, con una actitud paternal.

—No, nada; no es importante ni me incumbe. Esta es tu casa y, a pesar de la incomodidad que ha implicado mi visita, no quiero ofenderte.

—No me sentiría ofendido si no estuviera aquí —Repuse con ironía—, pero es tarde para pensar en eso, creo.

—Sí, tienes razón; aun así, no soy nadie para hablar sobre el cuidado que le des a tus muebles.

El silencio que siguió fue más incómodo que el anterior, porque era distinto.

Antes, las pausas en la conversación se llenaban de tensión y expectativa, me sentía amedrentado por la presencia del extraño y él se ocupaba en intimidarme con su actitud pasivo agresiva. En ese momento, en cambio, la falta de palabras generó una situación más familiar, lo que me hizo sentir mucho peor.

Intenté hablar, pero no sabía qué decir; noté que empezaba a desarrollar una respuesta emocional positiva a la presencia del viejo y pensé en la descripción del Síndrome de Estocolmo. Traté de comportarme con la mayor objetividad posible y recurrí a mi constante aislamiento social para tratar de justificar lo que sentía, la cercanía con alguien que había invadido mi vida sin preguntar. El

ejercicio mental no salió muy bien; por fortuna, el viejo interrumpió mis cavilaciones con sus palabras.

—Hubo una época en la que a mí tampoco me importaba usar posavasos. Fue lo más inesperado que pudo haber dicho para continuar la conversación, al menos para mí, pero guardé silencio para escuchar lo que diría.

—Hubo un tiempo en que trabajaba en una oficina común y corriente, me dedicaba al análisis de información y tendencias en medios, para una empresa que desapareció hace mucho; en parte, por mi intervención, debo admitir. En ese entonces, todavía tenía un nombre, incluso una familia. Podrías preguntarme si era feliz en esa época, y en un primer momento respondería que sí, pero al enfrentarme con lo profundo de mi realidad, tendría que aceptar que me forzaba a estar contento.

Bebió un poco de su café, como si se lavara las palabras de la boca, pero su gesto seguía siendo de inconformidad.

—Era incómodo —Continuó—. Desde el momento en que despertaba hasta que me iba a dormir, sentía una terrible insatisfacción; incluso, en algunas ocasiones, en mis sueños viajaba a mundos donde satisfacía mis ambiciones más oscuras. ¿Cuáles eran? Me cuesta recordar, pero sé que siempre tuvieron alguna relación con saber, con ver y entender todo lo que sucedía a mi alrededor, presa de una curiosidad inmensurable.

Miró hacia la ventana, luego a mí.

—Tenía una casa bastante decente, parecida a esta, con tres recámaras en la planta alta y una ventana grande en la sala, que dejaba ver el interior desde afuera; esto me parecía frívolo y pretencioso, era como presumir al mundo

nuestro exitoso estilo de vida, pero a mi esposa le gustaba, así que valía la pena conservar esa imagen. Tenía dos hijos, Javier y Armando, el menor.

Al pronunciar sus nombres se le quebró la voz; fue algo muy sutil, pero suficiente para obligarlo a hacer una pausa. Carraspeó y siguió.

—Siempre imaginé que Javier iría a la universidad, estudiaría derecho o algo similar, porque su mente era muy ordenada; pensaba siempre con cuidado sobre lo que haría; planeaba y discutía consigo mismo la mejor forma de hacer las cosas. Armando, por el contrario, era una pequeña bestia que corría y saltaba, y se metía en toda clase de problemas. Tenían 12 y 9 años en ese momento.

Se interrumpió y cerró la boca, respiró profundo varias veces. Se veía vulnerable. Me invadió algo que no supe reconocer si era empatía o morbo, pero quería saber lo que seguía en su historia.

—¿Les pasó algo?

Al escucharme, el viejo me miró y rio, la soltura súbita permitió que se le escaparan algunas de las lágrimas que trataba de retener a toda costa.

—Por eso me agradas, Luis. En eso nos parecemos tú y yo. Regálame un pañuelo, por favor.

Me apresuré a encontrar los pañuelos desechables, pero recordé que se habían terminado hace mucho; sin otra opción, algo apenado, pero sin ganas de fingir que tenía más para ofrecer, tomé un rollo de papel higiénico y se lo entregué. El viejo lo miró y rio de nuevo.

—¡Dios santo, Luis!, se nota que no recibes muchos invitados.

Ignoré la queja, él tomó algunas piezas, se limpió las lágrimas y la nariz, y continuó con su relato.

—Como decía, alguna vez me encontré en una situación similar a la tuya, al menos en lo profesional, y no porque no me agradara mi trabajo, sino porque me había topado con un muro infranqueable gracias a la obsesión que me consumía por dentro. No tenía idea de lo que quería hacer de mi vida, pero ya estaba casado y con dos hijos que requerían un guía, pues estaban cerca de la pubertad y tendrían preguntas importantes. Por si fuera poco, los clientes que me asignaban en la oficina eran casos muy simples, figuras públicas que necesitaban mejorar su imagen, ocultar algún suceso vergonzoso o mejorar su narrativa para impulsar su carrera política. Eran cosas cotidianas, poco interesantes; la mayoría de los pecadillos resultaban ser infidelidades sexuales. De vez en cuando, llegaba un caso grande de relaciones públicas, pero los directivos me pasaban por alto porque consideraban que me faltaba tacto para tratar a los clientes, que se comportaban usualmente como niños petulantes, incapaces de aceptar que lo que habían hecho estaba mal.

Hizo otra pausa, inhaló con fuerza varias veces, a punto de estornudar; algo le estorbaba en el interior de la nariz, así que tomó otra pieza de papel y se hurgó con libertad; hizo una bolita con la hoja y la puso sobre la mesa, en una esquina. El gesto me pareció bastante descuidado, sobre todo después de la crítica a la que me había sometido, pero no dije nada; me importaba más la historia.

—La verdad es que no tenía ningún interés en emitir juicios morales sobre las acciones de esos sujetos; me daba lo mismo que fueran buenas o malas personas, lo que quería era enterarme de las cosas, obtener la información, analizarla, relacionarla, conectarla y evaluar las consecuencias de su divulgación, además de idear la estrategia más adecuada para lidiar con ellas.

Eso era lo que amaba de mi trabajo, pero me tenían atado, trabajando proyectos pequeños por los que las comisiones pagadas eran mínimas, lo que también negaba la posibilidad de mejorar el nivel de vida de mi familia. Estaba frustrado y acorralado, pero eso cambió de forma radical cuando apareció el ajedrecista.

Sacudí la cabeza y cerré los ojos un momento, confundido por lo último que acababa de escuchar.

—¿El qué?

—El ajedrecista, un sujeto que llegó a mi oficina una tarde, sin cita ni nada; debía tener una edad similar a la que yo tengo ahora, mientras que yo era un poco mayor que tú, me parece; un par de años, a lo mucho.

—¿Este hombre entró a su oficina después de vigilarlo durante algún tiempo?

—Exacto —La ironía era palpable, pero parecía no molestarle-. De hecho, de acuerdo con mis cálculos, me estuvo observando, a la par de otros tres candidatos, durante cerca de cinco años.

—¿Qué?

—No es tanto tiempo, si lo piensas desde mi punto de vista. En ese momento, apenas llevaba tres años en la agencia y antes me había dedicado a negocios pequeños como traducciones, proyecciones comerciales para empresas muy pequeñas, nada relevante. Cuando apareció este sujeto, con su porte de líder de culto, barba descuidada, ropas a la medida, pero algo avejentadas y, lo más excéntrico, un tablero de ajedrez portátil bajo el brazo, pensé que se trataba de algún narcotraficante o terrorista retirado, que buscaba, quizás, mejorar su perfil para adquirir bienes raíces o evadir la prisión; eso imaginaba. Sin embargo, estaba muy equivocado.

La narración avanzaba mientras que, en mi mente, se formaban y acumulaban múltiples preguntas para las cuales deseaba tener tiempo, pero al Ajedrecista parecía no importarle lo que yo tuviera que decir; él estaba decidido a mantener el ritmo.

—Lo vi tres veces en un periodo de seis meses; la primera ocasión fue ésa, en que llegó a mi oficina sin anunciarse ni hacer cita con nadie. Como un fantasma, pasó por la recepción sin esperar a que lo atendieran y llegó hasta mi escritorio, se sentó frente a mí y, antes de saludarme, hizo espacio para su tablero, lo abrió y sacó lo que había en el interior. Le pregunté si necesitaba ayuda o si estaba perdido; me miró, algo desconcertado, empezó a acomodar las piezas, con las blancas de su lado. Cuando terminó, me invitó a jugar con él. En ese entonces, yo no jugaba mucho; había aprendido de mi padre y conocía algunas jugadas, pero nada cercano a un nivel profesional. La partida duró unos quince minutos, él se tomaba su tiempo para analizar mis movimientos antes de decidir los suyos, mientras que yo trataba de ganar, aunque sin mucha convicción. En algún punto, uno de mis jefes se asomó a la oficina para preguntar lo que sucedía, pero el viejo le ordenó que nos dejara en paz y, para mi sorpresa, en ese momento se reveló uno de los guardaespaldas del anciano, que sacó al inoportuno de mi oficina. Minutos después, me encontraba víctima del jaque mate. Sólo entonces me explicó el ajedrecista lo que hacía ahí. Quería que le ayudara a encontrar información sobre una familia que había desaparecido durante un viaje a la ciudad; le respondí que tendría que hablarlo con el sujeto al que había sacado a fuerza de ahí, pero se negó y puso sobre el escritorio un sobre con mucho dinero. Cerramos el trato con un apretón de manos y comencé a investigar.

El Ajedrecista bebió el último trago de su café con los ojos cerrados y una sonrisa nostálgica; se encontraba perdido en los recuerdos, casi como si estuviera solo en algún lugar lejano.

—Me tomó una semana encontrar que la familia, compuesta por padre, madre, dos hijas y un pequeño, había sido secuestrada y asesinada en la carretera. Se trataba de un suceso terrible, pero lo que en realidad me llamaba la atención era que no parecía tener ninguna relación con el sujeto que me había contratado para el trabajo; sin embargo, la cantidad que había pagado equivalía a tres meses de mi salario, así que no podría ser un simple error.

Algo olía raro, sobre todo porque no logré comunicarme con él tras reunir la información solicitada, porque el número de teléfono que me había dejado para contactarlo, estaba desactivado. Pasaron tres meses en los que me olvidé casi por completo del ajedrecista y, justo entonces, apareció de nuevo en mi oficina, tal como lo había hecho antes: entró, se sentó y dispuso el tablero; me invitó a jugar e ignoró mis preguntas. Quería saber de qué se trataba el caso, qué relación tenía con él y por qué había desaparecido; lo único que dijo era que tendría que ganarle si quería respuestas, así que me esmeré y, después de escapar por los pelos de un jaque, logré acorralar a su rey. Celebré, muy contento y satisfecho conmigo mismo, pero tuve poco tiempo para alegrarme, pues en cuanto comenzó a hablar, me arrepentí de haber ganado.

Yo estaba intrigado, como un niño al que le cuentan una historia de monstruos.

No quería interrumpir, pero tampoco pude evitarlo, así que pregunté:

—¿Se arrepintió? ¿Por qué?

El Ajedrecista me miró fijamente, consciente del efecto dramático que esto tendría en mí, y después continuó.

—Las siguientes palabras del ajedrecista me dejaron paralizado. La precisión de la información que tenía sobre mí, mi familia, mi trabajo; la profundidad de su análisis sobre mi rutina y mi comportamiento, y el de mi esposa. La seguridad con la que hablaba y la certeza con la que aseveró lo que yo haría a continuación, tras su partida. Por primera vez en mi vida sentí miedo. En esa visita, el viejo dejó otro sobre con la misma cantidad de dinero que antes y dijo que haberle ganado era suficiente para obtener una recompensa; sin embargo, me daba la libertad de investigar el caso que se describía en la nota incluida entre los billetes. Se retiró de manera casual, mientras mi mundo se veía amenazado por la mera existencia de ese hombre, sobre quien no sabía nada. Abrí el sobre y saqué los billetes, que revolví hasta encontrar un pequeño trozo de papel con la pregunta “¿Quién soy?”, y un domicilio.

Cautivado aún por la sensación infantil, escuchando esa historia increíble sobre la que deseaba conocer todos los detalles, recordé por qué había elegido dedicarme al periodismo.

—¿Qué pasó entonces? —Lo interrogué con avidez-

—Al principio, me dejé llevar por el miedo, instalé una alarma en mi casa y restringí los permisos de los niños para salir a jugar y visitar a sus amigos; incluso compré un arma, que llevaba conmigo a todas partes. Mientras hacía esto, comencé a investigar con la poca información que tenía sobre el ajedrecista, el teléfono desconectado y la dirección, que resultó ser una pequeña bodega rentada donde había unas veinte cajas repletas de documentos que revelaban los detalles más desagradables de los principales clientes de la agencia. Quise pensar en ello como un regalo, pero el temor me hizo dudar. Tuve que decidir entre utilizar la información para forzar el avance

de mi carrera profesional o destruirla. Antes de elegir, leí con atención cada palabra de todos los documentos, lo que me llevó varias semanas, pero valió la pena cuando encontré un nuevo domicilio que no tenía ninguna relación con los personajes sobre los que trataban los papeles.

—¿La casa del ajedrecista?

El viejo me lanzó una mirada de regaño, por interrumpirlo; me encontraba muy emocionado por el misterio, pero guardé silencio y lo dejé continuar.

—No. Cuando llegué al lugar, descubrí que se trataba de un edificio de departamentos, en la zona centro; entré y me sorprendió ver que todo parecía normal, había vecinos entrando y saliendo, ruido de televisores y música; subí un par de pisos y busqué el número que tenía anotado. La puerta ante la que me encontré, después de varios minutos, era de madera, pintada de blanco y con una chapa común, que abrió con un solo giro; ni siquiera tenía seguro. Sentí un temblor en las piernas, pero me obligué a entrar, a la vez atemorizado y expectante, aunque eso pronto se convirtió en terror, cuando encontré en una de las habitaciones una serie de monitores que reproducían la transmisión de diversas cámaras de seguridad. La sala, la recámara, la cocina, todo parecía muy familiar y yo sabía por qué, aunque traté de negarlo al principio. Era mi casa. ¡El desgraciado no sólo me había estado vigilando, sino que instaló cámaras en mi casa!

Hizo una pausa, noté que empezaba a sumergirse de lleno en su propia narración y dramatizaba con mayor intensidad.

—En ese momento, sonó un teléfono cerca de la consola y las pantallas; miré a mi alrededor y descubrí una cámara en una de las esquinas del cuarto. Levanté el auricular y escuché su voz. Me indicó que esperara cinco minutos mientras él

llegaba; debía sentarme frente a la mesa que había dispuesto, con un tablero de ajedrez, para jugar la siguiente partida. Hasta ese momento, cada quien había ganado una vez, y dado que en el juego anterior lo había vencido sin mucho problema, me sentía confiado; en ningún momento se me ocurrió la posibilidad de que podría haberme dejado ganar sólo para involucrarme de lleno en su juego. Ese fue mi primer error. Me senté detrás de las piezas negras, que había jugado en los encuentros anteriores, y esperé.

Miré un momento el tablero portátil sobre la mesa de la sala, pensé en la partida que había perdido casi una hora atrás. La similitud entre su historia y lo que sucedía en ese momento, en mi propia casa, me causó escalofríos; imaginé que, tal vez, este sujeto que apareció en mi puerta al dar la medianoche, estaría jugando algo macabro conmigo, como alguien más lo hizo con él antes. Sin embargo, mi curiosidad podía más.

—¿Tardó mucho en llegar? —Le pregunté, olvidando todo lo demás—

—Cinco minutos al segundo. La exactitud me pareció sorprendente, pero al mismo tiempo, algo pedante. A mi modo de ver las cosas, el sujeto trataba de intimidarme con múltiples muestras de control, pero había llegado a un extremo risible. Sin embargo, era claro que tenía el juego en mi contra y tendría que seguirlo hasta ver las cartas que tuviera en su mano. Cuando entró en la habitación, se veía muy diferente a las ocasiones anteriores: se había rasurado y cortado el cabello, llevaba en las manos un sombrero y vestía un traje de tres piezas, probablemente nuevo. A diferencia del ermitaño que se había presentado en mi oficina antes, ese hombre imponía respeto; a pesar de su sonrisa y su mirada humilde, su postura mostraba la dignidad y el orgullo de la nobleza; me sentí pequeño, un ciudadano común en la presencia de un Señor,

y por un instante deseé salir de ahí tan rápido como mis pies lo permitieran, pero apreté los puños y me mantuve quieto. Él se acercó a mí y me tendió su mano; me puse de pie y respondí el saludo con firmeza; debía mostrarme fuerte si quería lograr algo. Nos sentamos, se disculpó por la forma tan enredada de llevarme a ese lugar y, sobre todo, a ese punto del juego; se justificó diciendo que debía estar seguro con quién trataba antes de dar el siguiente paso. Le pregunté a qué se refería con eso. “Me estoy muriendo”, dijo sin mayor emoción que una resignación serena; me contó que había pensado retirarse en algún lugar tranquilo, lejos de todo y todos, para vivir los últimos años de su vida.

Dejé de escuchar un momento, pues la similitud entre el sujeto de la historia y el que tenía frente a mí era sorprendente; comencé a dudar si lo que me contaba era verídico, aunque no dije nada mientras él continuaba.

—Sin embargo, ese destino no era para él. Quizás debí sentir empatía por el anciano, pero lo que mostraban las pantallas de la habitación bloqueaba el paso a emociones que no fueran enojo y miedo. Le pedí, de manera enfática, que me explicara lo que estaba sucediendo, pero no estaba preparado para escuchar lo que dijo.

—¿Qué dijo?

—Propuso una apuesta. Miró su reloj y, satisfecho, sacó un control remoto y señaló a las pantallas que tenía a su espalda; presionó un botón y todas cambiaron al mismo tiempo para mostrar una habitación sin muebles, salvo por tres sillas donde se encontraban las tres personas más importantes de mi vida, atadas, amordazadas y con los ojos vendados; detrás de ellos, había tres sujetos cuyo rostro se encontraba fuera de cuadro. El ajedrecista me explicó

que sus hombres esperaban la orden de matar a mi familia, que él daría sin dudar, a menos que siguiera sus instrucciones. Quedé paralizado. Lo que sentí en ese momento fue tan intenso, tan certero, que me aturdió, abriendo el paso a una calma antinatural. Noté entonces que algo en lo profundo de mi mente, se volvió pesado, como una obligación pendiente de cumplimiento, que deseaba olvidar. El viejo sonrió, sentí sudor frío en mis manos, frente y axilas. Lo que él quería era que jugáramos de nuevo, apostando lo que más nos importaba; si él ganaba, todos morirían, excepto yo; si yo vencía, recuperaría a mi familia y me recompensaría por lo que él consideraba un “contratiempo”. Pude haber desenfundado mi arma en ese momento, pude haber disparado y ver qué sucedía, pero entendí que no tenía más opción que aceptar el reto. Por un momento, creí entender lo que le había sucedido; desde ese momento, vi la derrota en sus ojos, en la forma en que se frotaba los párpados antes de continuar.

—Jugamos —Siguió por fin-. La partida duró apenas unos minutos, pero cada turno me pareció eterno. Traté de ser más inteligente que él, de idear una mejor estrategia, pero fue inútil. Cuando acorraló a mi rey, me di cuenta de lo que había estado pasando entre nosotros. Incrédulo, levanté la mirada y mis ojos se encontraron con los suyos; el ajedrecista sonreía, malicioso, como un niño que acaba de salirse con la suya, pero lo que estaba por hacer no era una travesura inocente, sino algo irremediable, impronunciable y carente de razón. Ordenó a sus hombres que se movieran. Los sujetos levantaron a mi familia y los empujaron fuera de cuadro. Escuché una puerta que se abrió en otro lugar del departamento, luego pasos; mi corazón se detuvo, dejé de respirar y sentí mareos, los vasos sanguíneos en mi cabeza pulsaban con fuerza, hasta que

los vi entrar, uno detrás del otro; aún atados y amordazados, pero ya sin las vendas que cubrían sus ojos. Los hombres del ajedrecista los hicieron detenerse detrás de él, que sonreía como un maniático. Me levanté y saqué la pistola que llevaba en la sobaquera; le apunté, con lágrimas en los ojos, y le rogué que no diera la orden, que dejara a mi familia en paz.

Su respiración, como debió haber sido en aquel momento, era rápida e irregular; se notaba la afección emocional que aún le causaba la memoria de ese día.

—El maldito alzó las manos y comenzó a reír, se veía muy divertido; levantó su índice derecho. Le ordené que se detuviera, que no hiciera un solo movimiento, y entonces me dijo algo que no supe, o no quise comprender; no en ese instante: “¿Qué te detiene?”. Bajó el dedo y escuché el primer disparo, seguido de inmediato por otro. Detrás del ajedrecista, uno de sus hombres dejaba caer el cadáver de mi esposa, la mujer a la que había amado durante casi dos décadas, la madre de mis hijos. Frente a mí, el viejo caía hacia atrás, su silla impactaba el suelo y su cuerpo se posaba, inerte, en el suelo. El segundo hombre, que tenía a Javier por el cuello, le disparó en la sien; la bala atravesó su cabeza y su sangre se esparció por el costado de Armando, que gritaba y se sacudía, incapaz de liberarse.

Mi Ajedrecista cerró los ojos mientras hablaba, muy concentrado, sumergido por completo en su memoria. Mi corazón latía con fuerza, se había formado un grueso nudo en mi garganta.

—Recuerdo con claridad lo que sentí en ese momento —Siguió, aún agitado, pero despacio-, detrás del pánico y la inyección de adrenalina; en la parte más clara de mi mente, sabía que matarían a Armando y no podría evitarlo, que ya

había perdido todo antes, siquiera, de entrar al departamento. Entendí que sólo había una cosa que me detenía, que sólo un pensamiento se interponía entre ese momento y la oportunidad de recuperar lo único que no podía perder: yo. “No, no lo diga”, pensé, adelantándome a sus palabras. Mis ojos se abrieron casi hasta saltar de sus órbitas, pero no dije nada; me quedé muy quieto, tenso.

—Miré a mi hijo menor, esa pequeña bestiecilla que luchaba con toda su fuerza por zafarse del asesino que le ponía el cañón del arma contra su cráneo; lamenté saber que su cabecita no tendría oportunidad de desarrollarse por completo, que no lo vería crecer y convertirse en un hombre, y que... —Se interrumpió cuando se le quebraba la voz. Respiró profundo y, como si volviera a experimentar una resignación profunda, concluyó- Que nada. Apreté el gatillo apuntando a su corazón. La bala que apagó su vida también hirió al agresor, lo que aproveché para vaciar el cartucho de la pistola en el cuerpo de los otros dos; retrocedí hasta tener el muro a mi espalda, gritando y maldiciendo. Impacté con la pared, aún disparando, y el silencio llegó de manera súbita. Temblaba, mis piernas se rindieron y caí al suelo; sentado ahí, vomité hasta que me ardieron las entrañas y lloré, indefenso como un infante, hasta quedar inconsciente.

Mi mente se tomó unos segundos antes de volver a la sala de mi casa y tardé en darme cuenta de que tenía la boca abierta, que había dejado de respirar durante su narración; algo en mi interior se rompió en ese momento. Por un segundo me sentí afortunado por estar completamente solo en la vida, pero de inmediato resentí lo miserable y desagradable de ese pensamiento, y lo deseché. Miré al Ajedrecista, quizá esperando que llorara o mostrara alguna

expresión, como antes, pero su rostro estaba en blanco, libre de toda emoción; entendí, por fin, la razón por la que me intimidaba tanto su presencia. Siguió hablando.

—Desperté en una habitación blanca, limpia hasta límites insondables, con vendajes en brazos y abdomen, una herida en la mejilla y media oreja menos. Había sobrevivido al juego de ajedrez, aunque me costó todo lo que alguna vez consideré sagrado, todo lo que amé y todo aquello alrededor de lo cual había construido mi vida; todo lo que pensé que me haría falta para vivir. Sin embargo, lo que más me dolía era haber caído con tal facilidad en el juego del ajedrecista, que me manipuló sin ningún problema, que se aprovechó de mi orgullo, mis sentimientos y mi apego por una familia. Me llevó de la mano hacia la perdición, hasta borrar todo excepto a mí mismo, para convertirme en el sucesor que buscaba.

Fue ahí que mi voluntad, mi curiosidad, el miedo que sentía, la incomodidad por la imposición de la visita de ese sujeto; todo se derrumbó en mi interior y dejó un vacío enorme, una zozobra terrible. Sentí vértigo, mi mente se balanceaba de un lado a otro. Quise decir algo, pero me fue imposible. ¿Qué se podía decir en ese momento? ¿Qué palabras podrían sustituir el silencio con un mensaje significativo? ¿Qué quedaba por expresar después del relato?

Que este Ajedrecista era peligroso había quedado claro muchas horas atrás, pero no me imaginaba que fuera capaz de algo tan frío. Era un sociópata, una persona sin límites, que haría lo necesario con tal de lograr sus objetivos.

Temí que su presencia en mi casa implicara el inicio de un juego como el que él había perdido en su juventud. Traté de dilucidar rápidamente si había presentado alguna pista, algún rastro de intenciones ocultas en sus palabras,

en los hechos de la madrugada, pero la misma urgencia me incapacitaba, nublaban mis pensamientos y me dejaba más vulnerable que antes.

Mi rostro debe haber mostrado una expresión fantasmagórica, porque el viejo me veía fijamente mientras yo daba vueltas en mi interior, hasta que noté su mirada y mi torbellino paró de súbito.

—¿Tienes miedo? —Me preguntó-

Hasta ese momento noté el silencio que permeaba la casa entera, pero en cuanto lo percibí, sentí algo muy distinto a la pesadez inicial, o la incomodidad posterior; la sensación que me invadía era de ligereza, de brevedad ante la imponente y monolítica realidad de la muerte. Pensé antes de responder, para analizar con precisión lo que sentía; observé que no era miedo, sino claridad respecto de la posibilidad de morir, y justo eso fue lo que dije.

—Siento miedo, sí, pero no pienso en eso ahora.

—¿Entonces?

—Estoy impresionado, eso es claro, pero no sé cómo explicar lo que pienso sobre lo que me ha contado; sobre usted.

—Quizá sientes repudio y asco; consideras que soy un sociópata, un monstruo de la peor clase.

Ponderé lo que decía y era cierto, pero no tenía ninguna relevancia porque no cambiaba mi situación en ese momento, y eso era lo que trataba de procesar, en realidad: la posibilidad de llegar a una conclusión, la que fuera, pero hacerlo de una vez.

—Siento... —Rectifiqué- Lo que realmente quiero es saber cómo termina mi historia.

Lo dije con frialdad, tratando de fingir soltura, pero el sonido de mi voz, monótono, privado de toda emoción, me delataba.

—Usted hizo lo que hizo, no me interesa juzgarlo en su pasado. Quizás en este momento estoy en *shock*, o algo parecido, porque estoy consciente de que lo que me acaba de contar es totalmente despreciable. Sin embargo, es su pasado y no me afecta de ninguna forma.

Sentí cómo las emociones volvían a mí, como el oleaje que regresa para empapar la playa de nuevo. El aturdimiento pasaba, pero la certeza se mantenía.

—Mató a su propio hijo —Afirmé sin miedo a su respuesta-, eso es despreciable. ¿Qué clase de bestia es capaz de hacer algo así? ¿Y para qué? ¿Para sobrevivir unos años más? ¿Así de miserable es su ambición, que debe eliminar todo lo demás?

El Ajedrecista sonrió, su expresión traicionaba la ironía que inundaba sus pensamientos, como si hubiese previsto que reaccionaría de la forma en que lo hacía, como si hubiese contado la misma historia muchas veces, antes, y siempre hubiese obtenido la misma respuesta, sin importar la audiencia.

—Sin embargo —Continué-, lo que de verdad ocupa mi mente es lo que quiere o piensa obtener de mí al contarme esa historia. ¿Querría que me dejara llevar por las emociones, que le gritara y le rogara que me dejara en paz? No sé qué busca de mí.

—¿Crees que te conté la historia con un fin específico?

—Me sorprendería que no fuera así, las similitudes entre lo que hablé y la situación actual son innegables. ¡Incluso jugamos una partida de ajedrez!

—Que perdiste sin mucha gracia, cabe mencionar.

Lo miré con reproche, levantó las manos en señal de disculpa. Yo negué con la cabeza.

—Eso, la plática, el juego; con el paso de las horas, yo...

Guardé silencio de pronto. Él me miró con atención, tratando de adivinar lo que diría a continuación.

—¿Tú, qué?

—No sé... —Me dio algo de pena aceptar lo que estaba a punto de decir- Empezaba a pensar diferente, como si me estuviera cayendo bien.

—¿Ya no?

—¡Mató a su propio hijo!

—Sí, eso está claro; no tengo manera de negarlo.

—¿No se arrepiente?

Pensó unos segundos, mientras yo me revolvía en la tormenta de mis pensamientos. Necesitaba cerrar la plática pronto, ver lo que había detrás de las horas transcurridas, antes de que la ansiedad terminara por invadirme por completo.

—No estoy seguro —Concluyó con ligereza-. Nunca he pensado en términos de arrepentimiento. Se me ocurre que, si hubiera podido evitarlo, sería mejor. Amaba a mi familia, en particular había puesto gran parte de mi esperanza en ver crecer a Armando; recuerdo que solía acariciarle la cabeza, tomarle la mano para ayudarlo a caminar, cuando aún era muy pequeño. Me divertía muchísimo verlo jugar, correr de un lado al otro de la casa; su madre le tenía poca paciencia, se identificaba más con Javier porque era más mesurado en su conducta, pero a mí me encantaba la energía de Armando, era como presenciar un huracán todos los días, hasta que caía rendido, por la noche.

Su rostro se iluminó mientras hablaba de su hijo, lo cual me pareció más aberrante todavía, que el solo hecho de conocer la historia. ¿Cómo puede alguien destruir, conscientemente, lo que ama? Si lo que decía podía cobrar alguna clase de sentido en mi vida, si se suponía que debía extraer algún significado relevante, que pudiera aplicar a mi presente y futuro, se escapaba por completo de mi visión.

Lo único que lograba capturar de la escena que estaba viviendo era la urgencia por saber cómo terminaría la noche, si llegaría a ver el sol del nuevo día. El Ajedrecista se acercó al tablero y lo observó con atención unos segundos, después quitó, una a una, las piezas que quedaban sobre él; lo giró y empezó a guardarlas en orden.

—¿Qué te detiene, Luis?

Su pregunta me llenó de miedo. Recordé lo que le había dicho el ajedrecista de su historia y traté de dilucidar lo que quería decirme en ese momento. A diferencia de él, yo no tenía un arma ni una familia propia, ni nada que quisiera conservar a toda costa. El desempleo, la soledad y la depresión eran lo más cercano a una rutina para mí, la única a la que me había apegado en ese periodo, así que no había nada que me detuviera.

Nada, excepto la duda.

—¿Qué me detiene?

—Sí, ¿qué te mantiene aquí, en esta casa, cuando podrías ir a donde quisieras y hacer lo que te diera la gana?

Siguió guardando las piezas mientras yo lo miraba. Sus movimientos eran pausados, con un énfasis particular en la posición en que dejaba cada objeto;

los colocaba como si tuvieran nombre propio, corregía su orientación, los giraba un poco y procuraba que todos quedaran paralelos entre sí.

Por primera vez, me hice consciente de lo deliberado de sus movimientos, desde el arco que trazaban sus brazos al trasladarse de un lado a otro, hasta los dedos con los que tomaba cada pieza y el ángulo en que reposaban los que no utilizaba durante la operación.

Me comparé sin querer, aceptando que me movía con torpeza, inseguro de lograr el objetivo de mis movimientos. Dudaba en todo, sin excepción; podría decirse que era mi estado constante y sólo lo superaba cuando sentía que debía escapar de algo.

De pronto sentí rabia y vergüenza, ¿cómo podía reflexionar sobre mi vida a causa de las palabras de un asesino de su clase? Debía llamar a la policía o pedir ayuda de alguna forma; al menos, intentar una huida. Tenía que hacer algo, no sólo quedarme ahí, observando al viejo mientras acomodaba su juego y cerraba el tablero.

—¿Qué sigue? —Escuché mi propia voz, sorprendido-

El Ajedrecista me miró, se llevó el tablero a las piernas y acarició la madera con familiaridad, casi nostálgico.

—Depende de ti, Luis. ¿Quieres salir corriendo o llamar a la policía? ¿Quieres volver a dormir? Yo ya terminé de hablar, el sol está por salir y mi tiempo se acaba.

—Pero...

—¿Qué?

Señalé el tablero con mano temblorosa, sentía la adrenalina que corría por todo mi cuerpo, o tal vez era el frío que me había invadido de pronto.

—Perdí.

Me vio, acarició un poco más la madera y chasqueó los labios; puso el tablero de nuevo sobre la mesa y se levantó.

—No importa, no eres muy bueno y no me gusta aprovecharme de la gente que no puede montar una defensiva aceptable.

—No estoy asustado —Me justifiqué, con la esperanza de que entendiera-, sólo quiero saber.

El viejo se cerró el saco y abrochó uno de los botones.

—Lo sé, Luis. Sé que no te asusta perder, sino todo lo contrario. No sabes ganar. Eres como un gato que caza una lagartija y, cuando la tiene entre sus colmillos, no sabe qué hacer con ella. No tiene hambre, no atrapó a su presa para alimentarse, pero tampoco podía dejarla vivir en paz. Así estás en este momento, sin saber qué pasará, pero tampoco te decides a tomar la iniciativa. Estás aquí, atrapado, sin atreverte a soltar lo poco que tienes ni averiguar lo que puedes hacer con ello.

—Tal vez, sería más fácil decidir qué hacer si fuera un asesino.

Mi reproche era petulante, pero el Ajedrecista no se inmutó.

—¿Un asesino como yo?

—O como Alberto Lujano.

Rio con fuerza, negó con la cabeza y dio media vuelta, pero antes de avanzar, volteó a verme de nuevo.

—No quieres ser como él, créeme.

—¿Pero sí como usted?

—No, definitivamente no —Por un momento, su mirada y su voz adquirieron un carácter distinto; casi podría jurar que lo que dijo después, desvelaba alguna esperanza-. Estoy seguro de que puedes ser mejor que yo, Luis.

Guardé silencio unos segundos, tratando de digerir lo que acababa de escuchar, pero de nuevo me ganó la impaciencia.

—¿Y cómo se supone que haga eso?

—No sé, debes decidirlo por ti mismo; es tu derecho y, más que eso, tu obligación; pero no trates de achacármelo a mí, ni a nadie más.

Hizo una breve pausa, se acercó a mí y me puso una mano en el hombro.

—Creo que estás confundiendo un poco las cosas, muchacho. No soy tu padre, no vine para darte mi consejo ni enseñarte a vivir tu vida. La única razón por la que estoy aquí es porque creo que eres la persona correcta para recibir la oportunidad que ofrezco.

Señaló la tarjeta y la hoja doblada, que seguían en la mesa, junto a la taza de la que había bebido toda la noche, ahora vacía.

—A eso vine y ahora está hecho. Lo que sigue te toca a ti, es tu decisión y de nadie más; métete eso en la cabeza de una buena vez.

Guardé silencio. A pesar de sus palabras, no podía evitar sentirme como un hijo regañado por su padre; incluso se había borrado de mi mente el pánico generado por la historia que me había contado. Dio media vuelta y fue hacia la puerta. Aposté conmigo mismo a que regresaría a la sala.

Perdí.

Cuando la puerta se cerró, me quedé muy quieto, miré el tablero de ajedrez que había dejado atrás; quise convencerme de que volvería por él, de que se llevaría también la tarjeta y todo lo hablado, o que continuaría por mucho

tiempo más. Parte de mí deseaba que así fuera, que la cosa no terminara con un regaño y un silencio incómodo para mí solo.

Había imaginado que la conclusión sería explosiva, que habría amenazas y llanto, y un arma de por medio, apuntando a mi cabeza; que escucharía un disparo y vería la luz al final del túnel, que me guiaría a una realidad desconocida para mí. Pensé que tendría una experiencia más visceral, que me cambiaría la vida con un impacto indeleble. En lugar de eso, me encontraba de nuevo solo, de pie en la sala de mi casa, junto a una mesa de centro con dos tazas vacías, un tablero de ajedrez portátil, una llave y una tarjeta negra, que abrirían la puerta a una realidad desconocida.

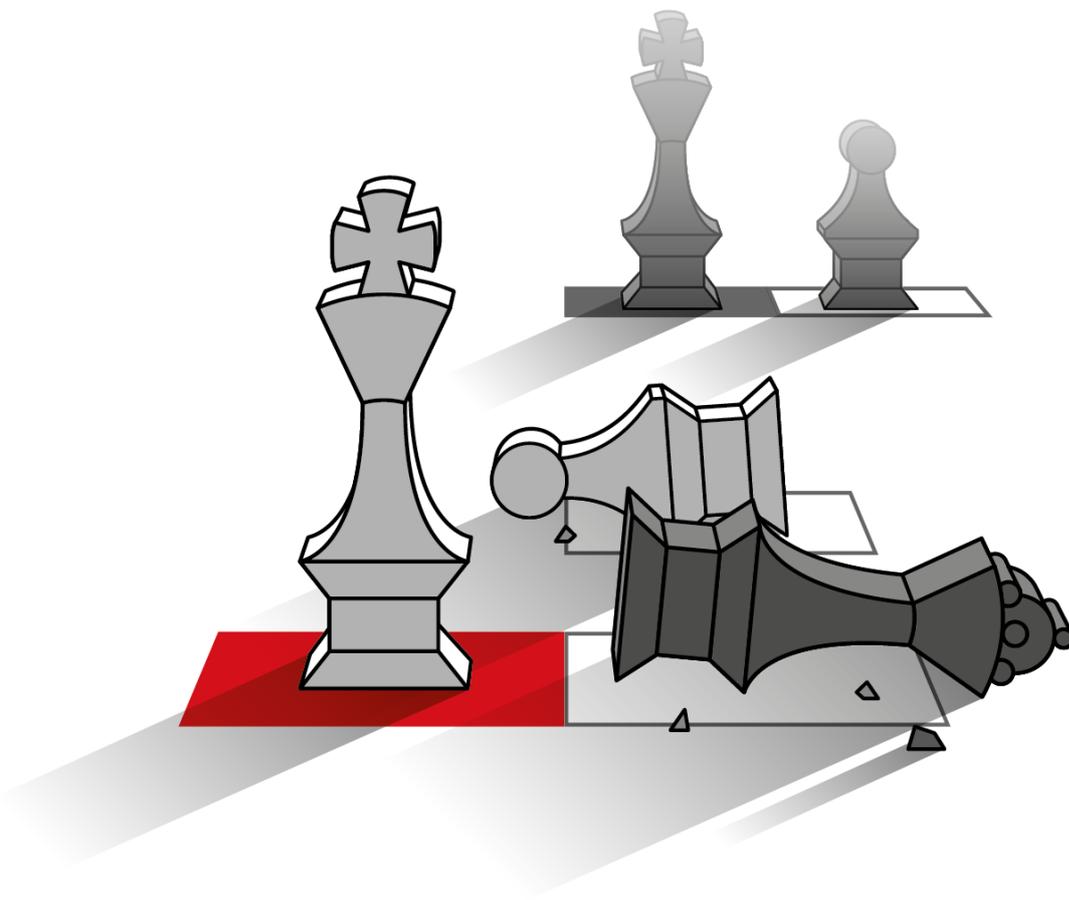
El clímax de mi propia historia me había pasado por alto y no tenía forma de recuperarlo, ni volver atrás.

Me moví por fin, después de unos minutos; me apresuré a alcanzar la puerta de la casa, la abrí y busqué en la calle algún rastro de lo que acababa de suceder, pero sólo encontré el tráfico de la mañana, algunas personas corriendo en ropa deportiva, y pajarillos que se daban los buenos días. Era un día como cualquier otro, uno más en la serie interminable de ciclos vitales en la ciudad.

Volví adentro cuando sentí el frío matutino. Confundido, aún aturdido por las horas que había pasado con el viejo, por toda la información que mi cerebro había recibido durante la vigilia, fui a mi cama e intenté dormir.

Me tomó cerca de una hora poder siquiera cerrar los ojos, y cuando por fin lo logré, me invadieron sueños extraños, mezcla de lo sucedido los días anteriores, las historias que el Ajedrecista me había contado y premoniciones de lo que el mundo tendría para mí al despertar.

XI
Detrás de la cortina



Detrás de la cortina

El Ajedrecista adelantó su caballo una vez más y lo envió hasta un costado del tablero; Alberto observaba las pocas piezas que le quedaban, en su opinión la partida estaba bastante equilibrada y tenía las mismas probabilidades de ganar o perder, por eso debía ser más cuidadoso en esos últimos movimientos, pensar con mayor calma.

Bajó la mano que tenía el arma y la posó sobre su muslo, alejarla de su vista le ayudaba a concentrarse en el juego, le permitía no pensar en lo que sucedería si fallaba; también evitaba preocuparse por lo que tendría que hacer al lograr el jaque mate, incluso por las cosas que realmente le afectaban, como el futuro del país y su posición como líder de la Coalición.

—¿Estás nervioso?

Cuando las palabras del viejo llegaron a sus oídos, le causaron una ligera molestia, pero no lograron distraerlo de sus ponderaciones prácticas. Debía mantenerse bien enfocado para lograr sus objetivos, ahora que por fin había aceptado tomarse el asunto en serio. Sin embargo, para su oponente el tiempo de juegos se había terminado, era hora de hablar como adultos o, en el extremo más severo, como negociantes.

—Es momento de pensar en lo que harás cuando salgas de aquí, Alberto.

—El juego aún no termina.

—Eso no importa, te voy a dar la información y tendrás tiempo suficiente para hacer lo que tengas que hacer. Puedes contar con eso.

La declaración provocó una pausa súbita en los procesos mentales de Lujano, que miró a su oponente con expresión hueca.

—Entonces, ¿para qué estamos jugando?

—Aún está por decidirse si pagarás el precio más caro, eso es lo más importante en este momento; podría decirse que es lo único que tiene importancia ahora mismo.

Al joven le pareció cansado escuchar una amenaza más del otro, que no estaba dispuesto a dejar el asunto en paz.

—¿Por qué está tan empeñado en asustarme con eso?

—¿Asustarte? Si eso puede definir tu futuro no sólo en lo personal, sino como líder de la Coalición.

—Creo que eso ha quedado muy claro, es tarde para detener el curso de las cosas.

—Claro —Tal vez el viejo no tenía intención de sonar irónico, pero no pudo evitarlo-, porque no hay nadie mejor capacitado que tú para tomar la silla.

—Al menos, soy el único que tiene la convicción de lograr lo que se ha propuesto; nadie más ha llegado tan lejos.

—Pero no lo has hecho solo, Alberto; debes reconocer que has tenido bastante ayuda todo este tiempo.

—Sí, no niego el papel que Santiago y Alicia jugaron para formar la Coalición e impulsarla hasta el punto en que se encuentra ahora, pero soy el último que queda. Lamento mucho lo que les tocó sufrir, pero si todo ha sido por el bienestar de la mayoría, insisto en que ha valido la pena.

—¿Alicia y Santiago? No, Alberto, no estoy hablando de ellos dos. Es cierto que fueron muy importantes, incluso lo siguen siendo en este mismo momento, como parte de la memoria colectiva, pero yo me refería más bien a las personas que te ayudaron a espaldas, precisamente, de ellos dos, y del resto de la gente que dices representar.

Lujano se frotó el rostro con la mano libre; estaba frustrado, pero no sorprendido. De toda la información que el Ajedrecista había asegurado que tenía, él esperaba que esa parte se le hubiese escapado, aunque al mismo tiempo le parecía extraño que no lo mencionara antes. La pregunta que se formaba en su mente era: ¿por qué en ese momento? ¿Por qué tan cerca de terminar? Pensó en quedarse callado, pero estaba harto y decidió confrontarlo.

—Entiendo que conoce todos mis secretos, lo que no logro dilucidar es por qué se empeña tanto en echarme en cara que soy una terrible persona. Sí, entregué a mi único amigo al ejército y soy responsable de que haya sufrido torturas inimaginables durante semanas; su esposa sufrió lo mismo, o mucho más; lo sé, estoy consciente de ello y no hay un solo día que no lidie con esa realidad, pero no puedo cambiar el pasado ni estoy dispuesto a arrepentirme de mis acciones por una razón muy sencilla: lo hice por el bien de la Coalición, por mantener el rumbo hacia el futuro de la causa.

Lujano respiró, la mano libre le temblaba; sobre el muslo, la otra se apretaba alrededor de la culata del arma. Continuó.

—También sé que no hice todo lo posible por encontrar a Ali... —Tragó saliva para reducir el nudo que se le hizo en la garganta- Alicia. Sé que pude haber buscado con mayor empeño, pude haber pedido ayuda y ser más paciente antes de declarar su desaparición. Pude... quizás debí hacer las cosas de otra

forma, pero una vez más le aclaro que fue por mantener el rumbo hacia la victoria, la que nos garantice un mejor futuro para todos. Eso es lo que usted se niega a ver, que ese dolor, esas muertes y desapariciones han servido para cimentar el porvenir que la gente de México desea con tanta efervescencia.

—¿La gente de México lo desea? ¿Por qué estás tan seguro?

—¿Es en serio? ¿Acaso no vio la cantidad de personas que asistieron a nuestras manifestaciones, una y otra vez? ¿No sigue ninguna red social?

Se hizo un silencio, los contrincantes se miraron unos segundos; el Ajedrecista encontraba divertidos los intentos de Alberto por subestimarlo.

—Sin duda, mucha gente se dio cita en sus eventos y los siguió, pero ¿qué pasa con la democracia?

—¿Qué pasa con ella?

—Es un argumento que utilizas en tus discursos, normalmente. ¿No es importante?

—¡Claro que es importante! Es la piedra angular del cambio.

—¿Entonces por qué haces las cosas de esta forma? ¿Por qué fuerzas tu entrada al Palacio de Gobierno?

—Porque es la voluntad del pueblo, aunque haya quienes se resistan a aceptarlo; lo que todos quieren es que el sistema cambie de manera radical, y para lograrlo no hay otro camino.

—¿Las instituciones, el gobierno actual y sus sistemas, son inútiles?

—Son nulos. Más allá de representar al enemigo, no juegan ningún papel en este momento. Lo que estamos haciendo es cambiar todo, comenzar a partir de cero.

—Quieres decir “a partir de uno”.

Alberto sonrió, su orgullo resintió la pedrada, pero apreciaba la ironía del comentario. Miró el tablero, de pronto vio con claridad un camino y movió; el Ajedrecista mostró sorpresa, pero se compuso un instante después. Lujano siguió con la conversación.

—¿Por qué repudia tanto la idea de que alguien como yo pueda gobernar?

El viejo movió y le sonrió a su oponente.

—No se trata de “alguien como tú”, Alberto, sino de ti. Tú, específicamente, no debes sentarte en la silla presidencial ni tomar decisiones sobre el futuro de un país entero.

Lujano tomó su turno y así siguieron, intercambiando movidas mientras hablaban; el ritmo de la partida reflejaba el de su diálogo.

—¿Acaso considera malo que gobierne alguien que tiene por objetivo lograr el bienestar de la gente?

—No, imagino que eso debe ser algo positivo, al menos para la mayoría, pero ahí radica el problema contigo, de hecho.

—¿No cree que yo tenga en mente el interés de la gente?

—No es que no lo crea. Sé que no es así.

—¿Porque traicioné a Santiago?

—Lo dices como si fuera poca cosa.

—Está en el pasado. Me duele, me acompaña todos los días, pero está hecho. Lo que realmente importa se encuentra hacia adelante.

—En eso tienes razón, estoy totalmente de acuerdo.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué oponerse a mí con tanta insistencia? No sé qué habrá hecho usted para llegar a donde se encuentra en este momento, pero imagino que tampoco tuvo mucho qué ver con ayudar a otros a mejorar su

nivel de vida. Por lo que veo, esto es un negocio duro, donde no caben emociones ni bandos. ¿Por qué no darme lo que busco y ya?

—Porque hoy, Alberto, es un día especial también para mí. Yo también termino una etapa, mi tiempo llega a su final.

—¿Se retira?

—Es momento de descansar.

—Eso no explica nada, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Podríamos pensar que es casualidad, que te tocó ser mi último cliente y tuviste mala suerte; también podríamos imaginar que esto es lo que siempre he hecho: poner a la gente que me busca en una posición incómoda, por el simple hecho de que desprecio la hipocresía y pienso que el mundo sería un lugar mejor si tan solo aceptáramos lo que somos en realidad, sin justificar ni racionalizar.

—Soy un monstruo. ¿De eso se trata? ¿Es lo que quiere que acepte? Soy un monstruo, soy un desgraciado y un traicionero; un ser que sólo busca satisfacer sus propios deseos a expensas de quien sea. Soy un maldito que ha involucrado a cientos de miles de personas en su búsqueda personal por obtener poder. Esa es la realidad, ¿no?

El Ajedrecista miró a su oponente con expresión parca. Alberto continuó, sentía que aventajaba al otro con cada palabra que salía de su boca.

—Pero esa verdad es sólo conveniente para usted, no tiene ninguna relevancia para nadie más. Quizás lo que sucede es que se refleja en mí, se ve como era en su juventud y desea salvarme de los errores que voy a cometer en el futuro. Tal vez tiene una fijación paternal conmigo, para sustituir al hijo que nunca tuvo o que perdió en algún dramático accidente automovilístico. ¿Esa es su excusa?

¿Era un hombre de familia, felizmente casado y con hijos hermosos? ¿Tenía la vida perfecta hasta que la tragedia le arrebató todo lo que amaba? ¿Por eso hoy está tratando de salvarme de algún destino fatal? ¿Quiere que lo llame “papá”?

El viejo se echó hacia atrás en su silla, encogido y con el vaso en la mano, medio lleno; lo vació de un solo trago y bajó la mirada. Alberto puso al rey negro en jaque, cruzó los brazos y se irguió en su asiento, hinchado de soberbia.

El Ajedrecista negó con la cabeza, miró hacia arriba, a la oscuridad, suspirando. Su voz sonó profunda, casi espectral.

—Eres...

Lujano lo miraba, sentía la victoria en las yemas de sus dedos. El otro bajó la mirada a su vaso vacío, lo acarició con el índice; el tacto del cristal contra su piel no sólo le era familiar, sino cotidiano, como la conversación que tenía con ese joven ambicioso y descarado; como los reclamos y las quejas que había escuchado cientos de veces antes, que no quería volver a escuchar nunca más.

—Eres una decepción, Alberto.

El joven frunció los labios, su expresión se deformó por la arrogancia, sus facciones mostraban su ruindad. Se levantó y gritó:

—¿Así es como reacciona cuando pierde? ¡No es más que un viejo miserable, que no sabe hacer otra cosa que tratar de intimidar a los demás! ¡Ahora ve que conmigo no puede y ya es momento de que lo acepte! ¡No puede ganarme!

El brazo del Ajedrecista se movió tan rápido que Alberto no tuvo oportunidad de reaccionar; se escuchó el choque de cristal contra cristal, y líquido que se

derramaba. En el carrito de las bebidas, dos licoreras se habían roto por el impacto del vaso lanzado por el viejo. De súbito paró la risa de Lujano, que se quedó con la boca abierta, paralizado. Apretó la culata de la pistola.

El viejo se movió hacia adelante, analizó la posición de las piezas y luego, miró a su oponente, inclinando la cabeza ligeramente a un lado, como si resintiera el hecho de que el joven lo subestimara tanto.

En un solo movimiento invirtió el jaque y dejó abierta una vía para salvar al rey blanco. Con un gesto le indicó a Lujano que era su turno. El otro se acercó a la mesa, pero no se sentó; vio el espacio seguro y tomó la opción que su oponente le había dado. El Ajedrecista sonrió, movió un peón y puso los codos sobre la mesa.

—Jaque mate.

Alberto, confundido, miró el tablero y por fin relacionó el caballo que se había escondido a la vista durante los últimos turnos, esperando a que el rey estuviera a su alcance para derribarlo. Comenzó a temblar de rabia y frustración; estaba aturdido y desesperado, acorralado y vencido.

El viejo se quitó los anteojos y los guardó en una de las solapas del saco; resopló y negó con la cabeza.

—Eres una pérdida de tiempo, Alberto —Dijo con desprecio-. Me encantaría explicarte a detalle por qué perdiste; por qué, a pesar de todo lo que has sacrificado, de las reformas que prometiste, los permisos para construir nuevos desarrollos, para arrasar zonas protegidas; las exenciones de impuestos y todo lo demás, tu fantasía no va a durar más de unos días, si te va bien. Sin embargo...

El teléfono comenzó a sonar en ese momento, cada timbrado parecía más fuerte e insistente que el anterior. Lujano seguía paralizado, impotente ante la indecisión.

—Sin embargo, has venido aquí por información y siempre me he sentido orgulloso por ser un proveedor que cumple.

El Ajedrecista se levantó y tomó el auricular; volteó a ver al joven, que le apuntaba con el cañón de la pistola, empuñada en una mano temblorosa, pálida y tensa. Al viejo le pareció simpática la imagen, como si lo amenazara un cachorro peludo, de ojos grandes e inofensivos.

—¿Es hora?

Respondió a la llamada con un tono neutro, que cambió de pronto por sorpresa.

—¿Cómo? Mh. Ya veo, está bien. Ya estamos listos, gracias.

Colocó la bocina sobre el aparato y se cortó la llamada. El viejo se quedó quieto, pensando; metió ambas manos en los bolsillos del pantalón y adquirió una postura más casual; después del momento de reflexión, su expresión había vuelto a la de una cotidianidad sin sobresaltos. Sonrió y miró al joven, que aún trataba de amedrentarlo.

—Alberto, si te dijera que te tengo una sorpresa me quedaría corto.

En ese momento, detrás de Lujano, que aún temblaba, esforzándose por mantener una firmeza aceptable en la mano que empuñaba la pistola, se abrió la puerta por la que él mismo había entrado, horas atrás.

Por una carretera libre, en el mismo automóvil donde Silvia Linera le entregara al Comandante al coronel Salvan, y acompañado por una precaria escolta

integrada por el mismo Gutiérrez, además de dos de sus hombres, viajaba el Presidente Jesús Martino, intrigado por conocer el destino al que se dirigían, así como el objetivo final del viaje.

Gutiérrez le había dicho que tenía atrapado al líder de la Coalición, el último de los tres pilares de la organización que atentaba contra su investidura presidencial. A Jesús esto le pareció una gran noticia, y aunque había accedido a trasladarse para confrontar a su enemigo en la mayor privacidad posible, no entendía por qué el Comandante insistía en que su presencia era absolutamente necesaria.

—Gerardo —Le habló desde el asiento trasero, Gutiérrez viajaba como copiloto-, recuérdame por favor, ¿por qué tengo que ir yo? ¿Por qué no puedes nada más matarlo y ya, como con el otro?

El Comandante giró en su asiento para mirar de frente a Martino, deslizó hacia abajo las gafas oscuras que llevaba puestas, aunque apenas lo suficiente para descubrir sus ojos.

—Ya te dije tres veces: Lujano dice que va a confesar todo lo que ha hecho y quiénes le ayudaron, pero exige que estés ahí; de otra forma, no va a hablar.

—¿Y por qué no le sacas la confesión a golpes? Eso es más normal, ¿no?

Gutiérrez se acomodó las gafas, volvió a la postura normal y negó con la cabeza.

—Eso no funcionaría, Jesús. Lo que queremos es que nos entregue a los líderes grupales, a toda la gente de la Coalición y, lo que es todavía más importante, a los empresarios que lo apoyaron. Si estuviera todo golpeado y no sabe ni cómo se llama, la información que nos diera no sería confiable. Lo mejor es agarrarlo enterito, sobre todo si ya acordó hablar.

—Pero esto —Movi6 un brazo a su alrededor, se~alando el interior del veh6culo-, hacer esto no es digno de un presidente, Gerardo. ¿C6mo crees que me voy a rebajar a su nivel?

—Nadie te est1a pidiendo que te hagas su amigo, nada m1s queremos que te vea un momento, sacarle la confesi6n y listo. Te vas a tu casa, nosotros lo mandamos procesar y todos contentos.

—Pues pienso que no es lo correcto. No me voy a reunir con un criminal com6n y corriente.

—Alberto Lujano no tiene nada de com6n. Adem1s, ya es tarde para retractarse, Jes6s, ya estamos cerca.

—Pues s6, pero no sab6a que iba a estar encerrado en este carro tanto tiempo.

—Ya falta poco.

Mientras los dos discut6an, el conductor y el agente que viajaba junto al Presidente trataban de ocultar su incomodidad por la actitud de sus dos jefes. Ambos pensaban, a su ritmo y en su propio contexto intelectual, que no sab6an a qui6n apoyar si hubiera un conflicto entre ellos, pues Martino ten6a una mayor autoridad por su t6tulo, pero el Comandante les impon6a un respeto inquebrantable.

Guti6rrez abri6 la guantera y sac6 un rev6lver plateado, enfundado en una tobillera; lo extrajo de su funda, revis6 que estuviera cargado y limpio. Cuando estuvo satisfecho con su inspecci6n, le ofreci6 el arma a Jes6s.

—Aqu6 tiene, se~or Presidente, ¿sabe c6mo usarla?

Martino mir6 el arma con desprecio, como si le ofrecieran un objeto desagradable a la vista y m1s, al tacto.

—S6, pero no la voy a tomar.

—¿Por qué no?

—Porque para eso están ustedes, para protegerme con sus armas. Yo no necesito cargar una. ¿Tengo que explicarte cuál es tu trabajo?

—No, señor Presidente, todo lo contrario; es lo que más presente tengo en la cabeza, pero prefiero estar bien seguro de que se puede cuidar en todo momento.

—Pues no, guárdala; no la voy a usar.

Gerardo se quitó las gafas y giró de nuevo sobre su asiento, su gesto endurecido; sus palabras siguientes fueron una orden.

—Toma la pistola, Jesús, no te voy a preguntar otra vez.

Se retaron con la mirada los dos hombres, pero Martino cedió unos segundos después; tomó el arma y la miró con atención. Estaba furioso, se sentía humillado frente a hombres de menor rango.

Su relación con el Comandante siempre había sido de resistencia; eran hombres muy distintos, pues mientras que Gutiérrez cargaba consigo el bagaje emocional de lo vivido en Flores Magón, Martino había tenido una vida relativamente cómoda; a pesar de ser un sujeto más bien ingenuo e idealista, por herencia e influencia se había adentrado en un mundo donde las intrigas, los dobles sentidos y las traiciones eran el pan de todos los días.

Ninguno de ellos confiaba en el otro, pero ambos se trataban con el respeto que sus cargos requerían, o al menos eso le parecía a Jesús, y era lo que el Comandante dejaba ver en público. Sin embargo, en privado, como en ese viaje, se desvelaba lo que sucedía en realidad.

En lo personal, para el Presidente, Gerardo no era más que un ranchero problemático al que había que soportar para mantenerlo bajo control, pero no dudaría en deshacerse de él en cuanto tuviera la oportunidad.

En la cara opuesta, para el Comandante, la casta de la que descendía Jesús era de lo peor que las tierras mexicanas habían visto nacer. Sabía que el cargo que le habían dado era poco más que un soborno y que los políticos tratarían de desecharlo tan pronto como fuera posible, pero les daría la vuelta, golpearía primero.

Al menos, eso planeaba hacer en cuanto llegara a la oficina del Ajedrecista, pero hay ocasiones en que los planes no salen como uno desea.

Una camioneta blanca, que Gerardo reconoció muy tarde, emparejó al auto donde viajaban y, sin mayor advertencia, los golpeó de costado y los sacó del camino.

El vehículo de Gutiérrez descendió violentamente hacia el terreno irregular que flanqueaba la carretera, con fuerza suficiente para dar un par de volteretas, tras lo cual se detuvo, llantas arriba.

La camioneta se alejó a toda velocidad de la escena, seguida por un automóvil del mismo color. Detrás de ellos, otra camioneta que completaba la escolta se detuvo y regresó al lugar del siniestro.

Cuando Gerardo recobró la conciencia, aún se encontraba en su asiento, de cabeza, sostenido por el cinturón de seguridad. Se liberó y cayó sobre uno de sus hombros; se retorció y movió para poner las rodillas en el toldo del auto, y recuperar el control de su cuerpo. Sus hombres estaban inconscientes o

muertos, era difícil determinarlo en ese momento, en gran parte por el aturdimiento que lo abrumaba.

Salió del automóvil por la ventanilla más cercana y se arrastró unos metros, despacio, muy concentrado en resistir el impulso de vomitar, que le asaltaba con cada movimiento. Entonces escuchó dos disparos cercanos, del otro lado del vehículo.

Se levantó tan rápido como pudo y vio a dos hombres que se alejaban hacia una camioneta blanca, idéntica a la que los había atajado.

—¡Ey! ¡Oigan!

Gritó, usando todo el aliento del que disponía, y corrió, maltrecho, para tratar de alcanzar a los sujetos. Dio vuelta al auto y vio en el suelo un cuerpo que no podía reconocer; sus ojos lo traicionaban, o era su cerebro; como fuera, cayó de rodillas y vomitó.

Los extraños lo miraron, murmuraron entre ellos; uno desenfundó una pistola de una sobaquera, pero el otro lo detuvo. Hablaron un poco más, el primero dudó, pero accedió a lo que decía su compañero. Se fueron sin decir nada, ni ofrecer ayuda.

Gerardo se movió sobre manos y rodillas hasta alcanzar el cuerpo, que sólo entonces reconoció como el de Jesús Martino. Apretó los párpados con fuerza, varias veces, para convencerse de que en realidad veía lo que sus ojos le indicaban.

—Jesús, ¿estás bien?

El otro sangraba por dos agujeros de bala en el pecho, sus ojos abiertos y fijos parecían mirarlo.

—Vamos a... vamos a sacar a los muchachos del coche y... y esperamos.

El Comandante señaló al auto y volteó a verlo, luego miró hacia la carretera, tratando de ubicarse. Caía la tarde. La camioneta blanca arrancó y pronto desapareció de su vista. Pasaban otros vehículos por ahí, pero ninguno se detuvo a ayudarles, ni siquiera bajaron la velocidad.

—Déjame llamar al... a este Fermín, que nos mande una ambulancia.

Gerardo tomó a Jesús y apoyó su cabeza en sus piernas, le dio algunas palmadas en la mejilla para hacerlo reaccionar. Su situación le había robado la sensibilidad suficiente para notar que el cuerpo se enfriaba sin remedio, que la vida se le había escapado al Presidente ahí mismo, casi de forma instantánea, y no había nada que pudiera hacer por él.

—Jesús, necesito... necesito tu teléfono. Hay que llam... ar a la ambu... ambul... bulancia.

Poco a poco, Gutiérrez se fue inclinando a un lado, acercándose al suelo lentamente, conforme la conciencia lo abandonaba, hasta quedar recostado. Le sangraba la cabeza y tenía rasguños en las extremidades, pero podría sobrevivir, con algo de suerte.

La vida del Presidente Jesús Martino, en cambio, se había apagado ya, sin ceremonia ninguna, en una zanja de una carretera federal.

La puerta se abrió detrás de Alberto, que giró en un movimiento rápido y disparó, sin mirar quién se encontraba del otro lado.

Cuando reaccionó, la sangre abandonó su rostro y sintió una oleada fría recorrer su columna vertebral. Se quedó paralizado, aún apuntando el arma hacia la entrada de la sala, donde se encontraba Alicia Santana, mirándolo y

asustada por el disparo, igual de pálida que él; también petrificada en una postura incómoda.

El mundo entero pareció detenerse en ese momento preciso, cuando la bala se clavaba en la pared, a casi treinta centímetros de la entrada. El entrenamiento de Lujano con armas de fuego había sido muy limitado, para fortuna de todos los presentes, al grado que era su primera vez disparando.

La vida volvió a la escena cuando, detrás de Santana, apareció Silvia Linera, esposa del Presidente Martino, la única persona que no parecía sorprendida en el lugar; incluso, el Ajedrecista sonreía ante lo inesperado de su llegada.

—¡Señora Linera! —Dijo, claramente contento- No esperaba verla por aquí.

Alberto seguía pasmado, por sus mejillas corrían lágrimas, pero no quitaba los ojos de Alicia, a quien había creído perdida para siempre; ella, por su parte, bajó la mirada. Silvia se dirigió al viejo, sin preocuparse por Lujano ni el arma que llevaba en la mano.

—Buenas tardes, espero no interrumpir nada.

—No se preocupe, señora, usted siempre es bienvenida en esta, su casa.

La cortesía del Ajedrecista sonaba artificial, ensayada, pero al mismo tiempo, se notaba una familiaridad entre él y Linera, como si se conocieran de mucho tiempo atrás.

—Dígame, ¿qué la trae por aquí?

—Pues nada, escuché por ahí que mi marido tenía una cita hoy y quise enterarme de qué se trataba.

—Claro, es comprensible.

—Ahora veo que estaba jugando con los niños.

Linera se refirió a Lujano con tono despectivo, pero el insulto no encontró reacción, pues para él todo era silencio, un vacío absoluto que se le había creado en la boca del estómago y le impedía percibir el mundo, salvo por Alicia, que sentía algo muy similar, pero por razones distintas.

—Y, al parecer, no soy el único, señora.

El Ajedrecista señaló a Santana. Silvia volteó a verla también, sonrió.

—Ella... Bueno, tiene mucho qué aprender, pero le veo potencial; al menos, más que a él.

—Ali... —por fin habló Alberto- Alicia. ¿Estás bien?

Aunque la voz sonó muy bajo, ella logró escucharlo; levantó la mirada un momento y luego miró hacia un lado, evitando los ojos de él. Silvia intervino.

—Está excelente, querido; nunca había estado tan segura en su vida.

—Alicia, perdón por... no sabía que eras tú, pensé que...

Alberto trataba de hilar sus palabras para lograr un argumento convincente, o al menos inteligible, pero le costaba siquiera imaginar una justificación suficiente para lo que acababa de suceder. Ella lo interrumpió.

—Estoy bien, no te preocupes.

Por fin, Lujano bajó el arma; quería ir hacia ella, que se tocaba el brazo, sintiendo bajo la blusa que llevaba puesta la cicatriz que le dejó el petardo; le recordaba lo vivido durante los últimos dos meses, las amenazas, la mordaza y las ataduras; la falta de sueño, el hambre; después, el rescate, las revelaciones sobre Alberto y su hospedaje en secreto, en el penthouse de Silvia; sobre todo, le recordaba lo que durante semanas ensayó en su mente, todo lo que diría cuando viera a Alberto de nuevo, cuando por fin recuperara la libertad.

—Lamento haber llegado sin anunciarme —dijo Silvia, más interesada en su conversación con el viejo que en la reunión de los jóvenes—.

—Señora, no tiene nada qué lamentar, siempre es un placer recibirla; sin embargo, su marido no se encuentra con nosotros y debo admitir, no sin algo de vergüenza, que no sé dónde está. Lo esperábamos justo en el momento que llegó usted.

—Mi marido está... —Linera se tomó un momento para elegir las palabras correctas—indispuesto, por el momento; precisamente por eso decidí acudir en su lugar.

Volvió la vista a Alicia un momento, y agregó.

—Bueno, decidimos. Esta niña estaba ansiosa por ver a su novio, aún no entiendo bien por qué.

—Los jóvenes son un misterio —Afirmó el Ajedrecista—. A veces, lo mejor es dejarlos descubrir las cosas por sí mismos.

—Algunas veces, sí; otras, es más conveniente decirles la verdad. ¿O tú qué opinas, Alberto?

Sólo entonces notó Lujano la presencia de la Primera Dama, sólo entonces se le ocurrió imaginar lo que pensaría Alicia si se enterase de lo que había hecho en nombre de la Coalición. Le rompería el corazón, seguramente; no sólo eso, perdería todo su respeto. Incluso si era capaz de perdonarlo, él sabía que nada podría ser lo mismo, porque el sacrificio de su amigo significaba también la muerte de su amor.

—Alicia, ¿qué... qué te ha dicho esta mujer?

Ella guardó silencio, seguía con la cabeza baja; cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza, tratando de contener el llanto. Lujano se acercó a ella despacio, pero se detuvo dos pasos más adelante, el miedo lo inundaba.

—¿Qué le he dicho? —intervino Silvia- Pues exactamente lo que necesitaba saber sobre su noviecito.

—Alicia, yo... Te juro que...

Lujano rio con descaro, disfrutaba la escena con un sadismo deliberado, premeditado incluso.

— “Te juro, te juro” —Lo imitó, burlándose-. Pobre Alberto miserable, tratando de justificarse siempre.

Lujano estalló en ese momento y levantó el arma contra Silvia, que lo miraba sin un ápice de miedo; por el contrario, lo retaba con la mirada, con la barbilla alzada, como responde un depredador a las amenazas de su presa. El joven le gritó, harto de escucharla.

—¡Cállese! Usted no sabe nada. Ninguno de ustedes tiene idea —Agregó, apuntando alternativamente al Ajedrecista también; luego se dirigió de nuevo a Santana-. Alicia, sé que tú entiendes; tú estuviste ahí, viste lo difícil que era... trabajar con tanta gente, decidir el destino del país. Tú entiendes, ¿verdad? Alicia se negaba a mirarlo, giró hacia la pared, casi hasta darle la espalda a Lujano, que se acercó un poco más, pero aún se encontraba a una distancia considerable. Silvia, impaciente, intervino una vez más.

—¿Qué debe entender? ¿Que eres un traidor y un asesino?

—¡Que se calle! —replicó Alberto, apuntándole- ¿Qué no entiende? Esto no le incumbe de ninguna manera. Esto es entre Alicia y yo.

El Ajedrecista miraba la escena desde una distancia más o menos segura, mientras sonreía; se le notaba emocionado, casi como un niño que descubre un regalo inesperado bajo el árbol de navidad. Alberto avanzó con pasos largos hacia Linera, le puso el arma frente a la cara.

—No sé qué le habrá dicho para ponerla en mi contra, ni me interesa; lo único que quiero es que se calle, vieja desgraciada.

—¿O qué? —Respondió Silvia-

Lujano jaló el percutor del revólver y le puso el cañón en la frente.

—¿Le queda claro o se lo deletreo?

—¿En serio te crees capaz de disparar?

Él apretó los labios con fuerza, su dedo se cerró sobre el gatillo; los dos se miraban a los ojos, sus voluntades en contienda, hasta que un grito rompió el hechizo.

—¡Alberto, ya!

La voz de Alicia atravesó el corazón de Lujano como una flecha; él volteó a verla y Silvia aprovechó la distracción para desviar el arma de un manotazo.

El golpe causó un espasmo en la mano de Alberto y disparó el arma. La bala se perdió en el fondo de la sala; el joven volvió su mirada a Silvia, que lo abofeteó con una fuerza sorprendente y lo hizo retroceder algunos pasos.

Dolorido y humillado, Lujano apuntó de nuevo a la señora Linera, que lo señaló con un dedo, altanera.

—Me vuelves a poner un dedo encima y te quedas sin manos, estúpido.

Alberto rechinó los dientes, preparó de nuevo el percutor y dio un paso hacia ella, pero la mano de Alicia se posó sobre el brazo que tenía el arma y lo detuvo. Él la miró, asustado, sin saber lo que sucedería a continuación.

—Alberto, no.

Él se resistió un momento, pero bajo la pistola; estaba confundido, frustrado y harto. Miró a Alicia, su rostro expresaba una tristeza profunda, que lo llevó de nuevo al llanto.

La voluntad le falló entonces, de forma absoluta. Alberto Lujano cayó de rodillas frente a la mujer que amaba con desesperación; le abrazó las piernas con fuerza, como quien se aferra a la vida cuando se ha perdido la esperanza. El Ajedrecista y Silvia miraban a distancia, ella con desprecio; él, incrédulo.

—Perdón —Rogó Alberto-, perdóname, mi amor; no quería dejarte, pero no sabía qué hacer.

Alicia lo escuchaba en silencio, su mano en la cabeza de él; su mirada opaca, carente de expresión. Él seguía disculpándose. Silvia no aguantó más y acusó.

—Así me gusta, Alberto. Arrástrate como la basura que eres. Ruega que Alicia te perdone, pero no va a suceder.

Para Lujano, esa voz no existía, lo único que quedaba en su mundo, en ese momento, era la mujer a la que se abrazaba, a la que deseaba recuperar a toda costa. Siguió con sus disculpas hasta que Alicia habló.

—Alberto, levántate. Ya, por favor, déjame que me lastimas.

Le tomó algo de insistencia, pero por fin, Lujano le hizo caso y se puso de pie, lentamente; trató de abrazarla, pero ella dio un paso hacia atrás y lo detuvo con una mano.

En ese momento, él sintió el peso del mundo caer sobre su cuerpo; lo poco que quedaba de su voluntad se derrumbó, junto con su dignidad. Silvia soltó una risa cruel, carente de empatía. El Ajedrecista cruzó los brazos, la vulgaridad de la risa le producía repugnancia.

—¿Cuál es el plan, señora Linera?

—¿Plan? —Silvia fingió ingenuidad—.

—Sí, señora, estoy seguro que ha estado planeando esto durante un buen tiempo. ¿Qué sigue?

—Eso depende de Alicia. Confío en que ella sabe lo que es mejor para todos, ¿verdad?

La joven miraba a Alberto, que lloraba todavía, desconsolado. Volteó a ver a Silvia, su “salvadora”, la que la había acogido y le había explicado la realidad de las cosas; confiaba en ella como en algún momento lo había hecho con él, y esto le generaba dudas. Temía haber cambiado a un ególatra por otra.

El Ajedrecista negó con la cabeza, decidió que no habría momento más oportuno que ése para decir la verdad.

—¿Por eso la secuestró, señora?

Silvia lo miró, furiosa; Alicia, sorprendida, notó muy tarde que Alberto había levantado de nuevo el arma y disparaba contra la Primera Dama.

—¡Alberto!

El grito de la joven se confundió con los disparos. Las cuatro balas que restaban en el barril del arma, impactaron el cuerpo de Silvia Linera, la hicieron retroceder hasta tropezar con una de las mesas. Cayó al suelo, aún con vida, su respiración irregular, agitada; su corazón se aferraba a la vida mientras sus ojos buscaban, frenéticos, alguna forma de salvarse.

Conforme las pausas en la respiración de Silvia se hacían más prolongadas, Alberto bajó el brazo y soltó la pistola. Alicia, indecisa, miraba la escena; ¿a quién debía acercarse en ese momento?

Se vio sola, por primera vez en mucho tiempo no tenía a nadie en quién confiar, pero tampoco estaba atada por ningún compromiso. El Ajedrecista, que estaba más que satisfecho con el desarrollo de la situación, miraba a la joven con atención.

—Alicia —le dijo-, Silvia tenía razón, todo depende de ti.

Ella lo miró un momento, luego a Linera y, por último, a Lujano, que permanecía de pie, inmóvil. El viejo siguió.

—Sé que ahora mismo es difícil pensar siquiera en tomar una decisión sobre tu vida, ni hablar de lo que sigue en el juego grande. Sólo espero que aproveches la oportunidad que tienes, ahora que sabes la verdad sobre Alberto y sobre tu secuestro.

Alicia se tocó de nuevo el brazo, el recuerdo de los estallidos durante la manifestación, el petardo que la hirió; los rostros de sus captores, y el de Silvia, cuando la vio por primera vez. Eso y mil pensamientos más la asaltaron en un instante. Sintió un fuerte mareo, que la llevó a dudar si soñaba.

Se hizo un silencio profundo, que se prolongó hasta que el timbre del teléfono lo rompió súbitamente. Molesto por el sobresalto, el Ajedrecista se acercó al aparato y levantó el auricular.

—¿Sí? Ah, bien. Voy para allá.

Colgó y se arregló las mangas, la corbata y el cuello de la camisa, más como forma de sacudirse la intensidad de lo sucedido que por necesidad material; luego se disculpó.

—Amigos, lamento hacer esto, pero tengo una cita en la que mi presencia es imprescindible, confío en que sabrán perdonarme la descortesía.

Pasó entre Alberto y Alicia con desenfado, se detuvo unos pasos más adelante, volteó a verlos y agregó.

—Ha sido un placer, en verdad. Alberto, confío en que, al menos por esta vez, harás lo correcto. Alicia, sé que será difícil, pero mucha gente depende de ti; trata de hacerlo mejor que los que pasaron por aquí antes que tú.

Dicho eso, el Ajedrecista dio media vuelta y salió de la sala.

Los jóvenes se quedaron solos, a unos pasos el uno del otro, pero separados por una frontera infranqueable; ambos estaban perdidos en sus pensamientos, sumergidos en la quietud entre la tormenta del pasado y la del futuro.

Pasó un tiempo, un periodo de duración indeterminada, hasta que por fin, Alicia se movió; miró a su alrededor, al cadáver de Silvia; luego, con la más profunda tristeza, sin romper el silencio, se despidió de Alberto y salió de la sala. Cerró la puerta tras de sí.

Una a una, las luces que alumbraban las mesas y sus tableros se fueron apagando. Una a una, las posibilidades se agotaron, colapsaron en la realidad como la conocemos hoy, gracias a la decisión de Alicia Santana, que volvió de la muerte para cumplir la promesa que le hizo a la gente.

---FIN---